

TerBi

Nº 4
Noviembre
2012

Revista de la Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror



Publicación de los relatos finalistas del II
Concurso TerBi 2012 de relato temático
“Inmortalidad”



Bases del III Concurso TerBi 2013
de relato temático
“Viaje espacial sin retorno”



Entrevistamos a:

Felipe Colorado
Sergio Llamas
Víctor Vila
José Antonio Suárez
Carme Torrás
Elio Quiroga
María Francisca Petit y Jordi Solbes



Historias de la historia de la CF:

“El enigmático suceso de la isla Maury”
un artículo de Ángel Rodríguez

TerBi (Número 4)

Sumario

—Bases del III Concurso TerBi 2013 de relato temático.....	pág. 3
—Entrevista a Felipe Colorado	pág. 5
—Entrevista a Sergio Llamas	pág. 9
—Historias de la historia de la cf: “El enigmático suceso de la isla Maury” —— <i>un artículo de Ángel Rodríguez</i>	pág. 13
—Entrevista a Victor Vila	pág. 19
—Entrevista a José Antonio Suárez	pág. 22
—Entrevista a Carme Torras	pág. 27
—Entrevista a Elio Quiroga	pág. 32
—Entrevista a María Francisca Petit y Jordi Solbes	pág. 34
<u>Relatos finalistas del certamen de Relato Temático “Inmortalidad”</u>	
—Alma de robot —— <i>Jesús Castellón Mota</i>	pág. 37
—La arena infinita—— <i>Norberto Ruiz Lima</i>	pág. 51
—Lo que nunca acaba—— <i>Antonio Jiménez Martín</i>	pág. 59
—El gen olvidado —— <i>Miguel Santander</i>	pág. 81
—Un hallazgo entre las ruinas — <i>José Manuel González</i>	pág. 101
—El hombre eterno—— <i>David J. Skinner (David Herrador Rodríguez)</i>	pág. 108
—Game Over—— <i>J.R. Sánchez Puerta</i>	pág. 124
—Días incontables—— <i>Juan José Tapia</i>	pág. 131
—Algunas estadísticas del Canal TerBiCCFF.....	pág. 148
—Actividades e iniciativas de la TerBi	pág. 149

Los autores mantienen los derechos de sus obras.

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Ekaterina Amez*
- *Joserra Vila*

CC by-nc-nd



safe creative



1 211212 714824
INFO ABOUT RIGHTS



TerBi,
Asociación Vasca de
Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror
convoca el

**III PREMIO TerBi 2013 de Ciencia-
Ficción, Fantasía y Terror.**



1.- Se abre la recepción de relatos originales inéditos, no premiados en otros concursos, ni presentados con igual o distinto título a otro premio literario pendiente de resolución, escritos en castellano y que puedan ser encuadrados dentro de los géneros de Ciencia-Ficción, Fantasía o Terror. El argumento deberá especular sobre el tema: **Viaje espacial sin retorno.**

2.- El plazo de recepción de originales comenzará al hacerse públicas estas bases, finalizando el día 28 de Febrero de 2013. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha.

3.- Se admitirá un solo texto por autor, hasta un límite máximo de 8.000 palabras. Sólo se aceptarán obras redactadas en formato *word*, *rtf* o *pdf* con letra Times, cuerpo 12, interlineado a doble espacio. No serán admitidas las obras editadas con versiones antiguas de procesadores de texto, siendo labor del participante asegurarse de la compatibilidad, bien utilizando un formato estándar como el RTF o bien realizando la conversión correspondiente a una versión del formato más actual de *.doc* ó *.pdf*.

4.- Los originales deberán presentarse por correo electrónico a la siguiente dirección: terbief.concurso@gmail.com Se incluirán dos archivos: uno cuyo nombre será el título del relato y el seudónimo del autor, y un segundo archivo cuyo nombre será el título del relato, el seudónimo del autor y la palabra PLICA y que contendrá todos sus datos personales: nombre y apellidos, D.N.I. o documento identificativo del país al que pertenezca el concursante, dirección completa incluido el país, teléfono y dirección de correo electrónico.

Ejemplo:

Fichero 1: Título del Relato – Seudónimo.doc/.rtf ó .pdf

Fichero 2: Título del Relato – Seudónimo - PLICA.doc/.rtf ó .pdf

5.- Se rechazarán los textos que no se ciñan al tema. No se admitirán faltas de ortografía.

6.- El autor, por el solo acto de enviar un relato a concurso, se hace responsable de que la obra es original y de su propiedad.

7.- Se establece como único premio un trofeo conmemorativo al relato ganador. También habrá mención de cinco finalistas.

8.- Todos los relatos presentados recibirán acuse de recibo y no se mantendrá más contacto salvo con los autores que resulten premiados o seleccionados, una vez levantada el acta del veredicto por parte de los miembros del jurado.

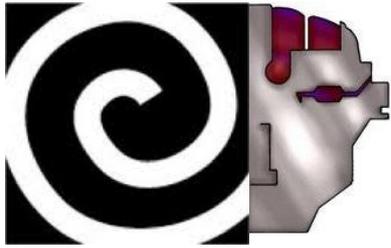
9.- El jurado estará formado por escritores del género fantástico y socios de la TerBi. El acta del jurado se hará pública en el Acto de la TerBi que se celebrará en el primer semestre de 2013, en una fecha que se comunicará oportunamente en los blog de la Asociación: <http://terbicf.blogspot.com/> <http://notcf.blogspot.com/>. Así mismo, se publicará una lista de los 10 relatos seleccionados en la última fase (con seudónimo).

10.- Los escritores conservan en todo momento sus derechos de autor sobre las obras presentadas. Todos los textos que lleguen a la fase final ceden automáticamente el derecho de reproducción durante un año, por una única vez en las publicaciones web y en el e-book de la TerBi, comprometiéndose a mantenerlo inédito (tanto en papel como en versión digital) hasta después de dichas publicaciones, y renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo en esta edición.

11.- Los miembros del jurado y sus familiares no podrán presentar obras a concurso.

12.- Cualquier imprevisto no contemplado en estas bases será resuelto por la organización de este concurso.

13.- La participación en el concurso implica la total aceptación de estas bases.



Entrevista con Felipe Colorado

Autor de “Corazón de Alacrán”

(Espiral CF nº 51)

Espiral Ciencia-Ficción ha publicado recientemente el número 51 de su colección. La obra es *Corazón de Alacrán* de Felipe Colorado. Entrevistamos al autor

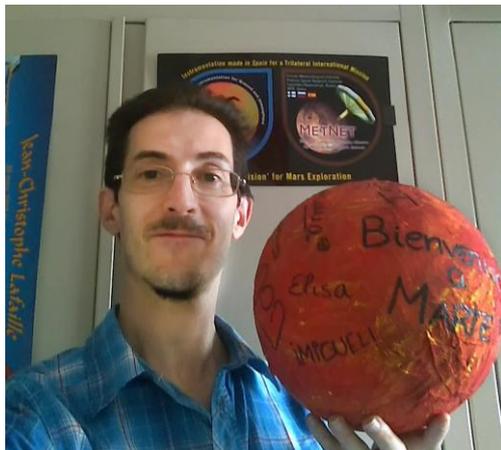
Cuéntanos brevemente tu biografía, a que te dedicas...

Estudié Ingeniería Técnica Industrial y me dedico a la labor docente, impartiendo las asignaturas de Matemáticas y Tecnología en Secundaria.

Soy Técnico Deportivo en Montañismo y aficionado al senderismo, travesías, trekking y otros deportes de montaña. Actualmente escribo la sección *En ruta* del diario digital gratuito *El Guadarramista*, que da a conocer y defiende los valores históricos y naturales de la sierra madrileña.

Me gusta el deporte en general (he competido en deportes de combate), el cine, la música y la buena conversación.

Encauzo mi creatividad hacia la literatura, la fotografía y los métodos para conseguir que mis alumnos estudien, con éxito desigual.



¿Desde cuándo y cómo te aficionaste a escribir?

Mi madre me inculcó el gusto por la lectura y desde adolescente quise emular a aquellos genios que eran capaces de transportarte a cualquier lugar, época y situación.

Mis primeros escritos comenzaron de veinteaño en la Universidad. Escribía de forma atroz pero muy atrevida, no me amilanaba ante novela corta de género negro e incluso novela larga cf. Siguió un parón de casi dos décadas en el que pensé dejar la escritura para la jubilación. Ante el cariz de la situación socio-laboral decidí dejarme de pamplinas y retomar la pluma hace unos cinco años.

Tu anterior novela “Om-La Montaña Roja” es una historia de alpinismo en Marte. Tú eres aficionado al montañismo ¿cómo se te ocurrió combinar la cf y el montañismo?

Ocurrió lo que he comentado en la pregunta anterior. Desde niño estaba fascinado por *El Ogro*, la letal cara norte del Eiger. Leí *La araña blanca* de Herrer. Su estilo austero, alpino, casi telegráfico de describir la primera escalada exitosa de la terrible pared me inspiró. Como lo más alto que he ascendido es un 6000 no podía jugármela describiendo una ascensión de un 8000 en la Tierra, así que me trasladé a Marte, a la cima más alta del Sistema Solar. Allí nadie podría objetarme nada y me otorgaría la posibilidad de ambientar una historia en dos de mis géneros literarios favoritos.

La obra obtuvo el premio Desnivel en 2009

El jurado valoró la originalidad de llevar la literatura de montaña clásica a un escenario puro de cifi hard. En rigor la idea provenía de *La conquista del Cervino* de Whymper, relato histórico del enfrentamiento de dos cordadas por la primera ascensión de dicho pico y el brutal precio que debieron pagar los vencedores.

Una de las tesis consistía en la lucha entre una expedición de carácter comercial con otra de filosofía científico-deportiva. Era una novela coral con un fuerte estudio psicológico de los personajes, escrita con muchas capas y una intriga que se mantiene a lo largo de la obra. Por sus aspectos hard y sus subtramas costumbristas, económicas, políticas y bélicas considero recomendable leerla con tranquilidad y concentración para disfrutarla mejor.

Ahora hablemos de “Corazón de alacrán”: sus características principales, cómo se te ocurrió, el desarrollo...

La idea provino de un comentario de un amigo. Aseguraba que los libros de lectura en Primaria de su hijo no tenían pies ni cabeza. No existía un hilo argumental, tan solo situaciones atractivas sin hilvanar. Pensé que podía crear una estructura cf tipo *Mil y una noches* para justificar la inclusión de mis relatos de veinteañero y de paso actualizarlos, puliendo su nefasto estilo. Esto se convirtió en un gran fracaso porque cuando llegó el momento de meter las historias comprendí que no pegaban ni con cola. Con lo cual mis relatos mecanografiados con Olivetti siguen cubiertos de polvo en el archivo pero *Corazón de Alacrán* vio la luz.

Es una novela muy moderna en su confección. He utilizado el software *Storybook* para estructurar la obra, me he inspirado para los aspectos visuales en la estupenda web *conceptships* y he trabajado con una mezcla de personajes reales y

ficticios en un escenario de novela negra. El nombre de Lapidus, localización principal, proviene de un prometedor escritor con el que me inicié en la literatura *noir* nórdica.



Me parece que uno de los temas principales es el Mal, y cómo combatirlo ¿es así?

Cómo combatirlo, cómo convivir con él y, lo más importante, cómo definirlo y reconocerlo.

El Mal provoca el terror y el terror es un arma política y militar muy poderosa. Toda la primera parte es una implacable cuenta regresiva hasta la “madre de todas las batallas”. Y hasta aquí puedo contar...

En la trama aparecen varios grupos fanáticos religiosos, y, en general el tema religioso está presente en la novela

Precisamente la elección del personaje central vino inspirada por otro comentario, en este caso de un religioso. Afirmaba con fastidio que “Cuéntame” estaba a punto de

desaparecer por falta de audiencia hasta que el cura se enamoró de la hija de los Alcántara. Se me abrieron los ojos como platos y pensé: “¡Ya sé a qué se va a dedicar Schedir (el protagonista)!”

El título de *Om* no es casual, muchos de mis escritos pertenecientes al Universo *Om* tratan temas metafísicos y religiosos. Me planteo en estos textos cómo evolucionará la espiritualidad humana en el futuro.

En *Corazón de Alacrán* existe una religión universal y aun así ¡se continúa luchando en guerras religiosas!

En mi opinión, es una novela con una trama compleja, con bastantes personajes, ambientes y tramas, y, sin embargo, has conseguido que sea fluida y amena de leer y seguir.

He querido ensayar un ritmo más rápido que en *Om*, con unos pocos personajes capitales y una estructura de corte cinematográfico, dotado de planos breves de acción o diálogos contundentes y algún plano secuencia en los puntos de inflexión de la trama. Como en *Om*, existen varias capas y subtramas que van confluyendo hacia los *plot points*. Algunos personajes, por ejemplo Faidor, inspirado en un antiguo alumno, tienen un arco emocional memorable. Al menos yo me quede alucinado al escribirlo.



También hay un poco de muchos géneros, además de la cf – policiaco, intriga política, bélico -.

Soy muy amigo del reciclaje, así que utilicé los conocimientos adquiridos para mis otras novelas inéditas anteriores. Ciberdelincuencia, investigación policial, 2ª GM; junto con documentación ex profeso para *Corazón*: piratería, maras centroamericanas, geopolítica, astrofísica, teología...

Me interesan especialmente los aspectos de crítica social y de abstracción de que goza la cf y se puede hablar de problemas actuales o históricos proyectados dentro de mil años, porque la esencia de la literatura consiste en sentir emociones y plantearse interrogantes.

Además de “Corazón de Alacrán”, en el volumen se incluyen 4 relatos más, todos, al igual que la novela con la que ganaste el Premio Desnivel, ambientados en el Universo OM ¿podrías explicar las características de este universo y cómo se estructuran en él estas obras?

El Universo OM es el escenario temporal donde se desarrolla toda mi obra CF. Abarcaría unos mil años, desde ca. 2100. Su denominador común lo constituye el hallazgo de un objeto estelar de origen desconocido en Marte, al final de mi novela *Om, la montaña roja*. OM son las siglas de Olympus Mons y también el nombre que da al objeto el que se convertirá en su guardián. A dicho objeto se achaca la “maldición marciana”.

El OM acompañará a la humanidad desde su descubrimiento, se le llamará la Roca Negra, y afectará a importantes decisiones.

En *Corazón de Alacrán* está todo lo que he escrito de CF hasta el momento. Aparte de la novela principal hay cuatro relatos:

—*No juréis por la Luna*, es una precuela con los personajes de *Om, la montaña roja*.

—*Edn*, una novela corta de exploración espacial con mucha aventura (y mi favorito).

—*Mundo abismo*, un cuento de montaña y robots en los confines del Sistema Solar.

—*Urdimbre*, la historia más cercana temporalmente, de prospección político-religiosa.

Toda la cronología está explicada en el libro.

¿Cómo y por qué te decidiste a enviar la novela a Espiral CF?

Conocí Espiral y a Juanjo Aróz por Facebook. Intercambié un ejemplar de *Om* por uno de los libros de la colección. Era *Hibernautas* de Octavio Cacho. Comprobé que a pesar de ser una ópera prima estaba muy bien escrita y la edición y maquetación resultaban impecables. Cuando acabé *Corazón* a finales de 2011 contacté con varias editoriales y tres me pidieron el manuscrito completo. Juanjo fue el primero que se decidió a publicar y con el valor añadido de poder incorporar todos los relatos del Universo OM.

¿Qué tipo de cf te gusta más? ¿Cuáles son tus autores favoritos de cf y de otros géneros?

Para no repetir lo ya escrito en la presentación que hace Juanjo al principio de la novela y en su web, voy a nombrar a dos autores de los que he leído sólo una novela pero me han impactado: Víctor Conde y sus *Crónicas del Multiverso* y Bacigalupi con *La chica mecánica*. Me gustan desde las luminosas historias de exploración espacial estilo *trekkie*, las tramas medievales de space opera a las oscuras distopías.

¿Qué planes literarios tienes? ¿Estás trabajando en alguna obra? ¿Tienes alguna de cf en proyecto?

Tengo una novela histórica sobre espías nazis en la batalla de Madrid y otra de género policiaco-juvenil sobre acoso y ciberterrorismo, buscando editor.

Tengo un interesante relato del Universo OM que quizás publique en la Biblioteca Sueños del Futuro, una iniciativa de autores hispanoamericanos.

Acabo de leer un relato de pioneros en el lejano oeste de Ernest Haycox que me ha inspirado para escribir algo similar en Marte en un futuro.



Estoy inmerso en la creación de una obra cuya tesis será: Una escalofriante mirada al abismo del horror. Un policía científico y escritor se enfrenta a un asesinato perfecto. El pasado y el presente se dan la mano, fundiendo la crónica negra histórica con conspiraciones de nazis refugiados en España, cartas de extraterrestres, exorcistas, forenses, criminales en serie, la resolución de casos actuales y las amenazas de lectores ofendidos.

Web del autor:

<https://sites.google.com/site/felipecolorado/lobo/>

Facebook Universo Om:

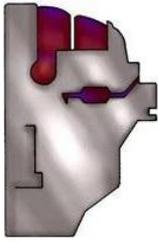
<http://www.facebook.com/groups/397957673550869/>

Blog:

<http://felipecolorado.desnivel.com/blogs/>

Información de la obra:

<http://aroz.izar.net/nuestra-coleccion/titulos-anteriores/corazon-de-alacran.php>



Entrevista a Sergio Llamas

Creador del blog “El Rincón de Koreander”

Desde hace unas semanas, Sergio Llamas, miembro de la TerBi edita el blog titulado “El rincón de Koreander” <http://elrincondekoreander.wordpress.com/>. En esta entrevista nos explica su objetivo y sus características principales

Primero danos tus datos personales

Sergio Llamas, 29 años, vivo en Barakaldo y trabajo como periodista en el diario EL CORREO de Bizkaia. Soy aficionado a la literatura en general, y a los libros de temática fantástica en particular.



Sergio Llamas entre Joe Abrecrombie y Adam Neville

¿Por qué creaste este blog? ¿Qué objetivos tiene?

Todo surgió en una tarde en la que estaba solo en casa, vigilando a mi gato (Hori) al que acababan de operar. El pobre bicho estaba totalmente grogui, así que lo puse a mi lado y como se dormía encendí el ordenador y empecé a mirar páginas de literatura fantástica. La idea ya me rondaba

por la cabeza, pero lo cierto es que surgió en ese momento.

Los motivos por los que me arranqué a escribir y crear el blog no es sólo que sean difíciles de explicar, es que tampoco los tengo demasiado claros. Todas las causas, al final, son seguramente egoístas. Reconozco que buscaba una forma para desahogarme y hablar, aunque sea en soledad, de lo que a mí me gusta. Debo decir en mi defensa que también ha sido un factor decisivo asistir al cierre de todas las revistas en papel que teníamos en España sobre el género, y al hecho de encontrarme con que algunas páginas web tan importantes como NGC 360 ó BEM online, más recientemente, decían adiós. Sigue habiendo muy buenas páginas y ejemplos no me faltan, entre ellos ‘La espada en la tinta’, portales con listados completísimos como el de ‘Literatura fantástica’, incluso hay algunos foros con más o menos actividad como el de ‘Sedice’. Por supuesto, también han surgido en los últimos años blogs muy interesantes como el de ‘Sense of wonder’. Todo esto sin olvidar iniciativas en el mundo del fandom como ésta que los lectores tienen ahora entre sus manos o en las pantallas de sus ordenadores.

Sin embargo, sí que tenía la sensación de que frente a estas excepciones, y otras muchas más, sigue habiendo una inmensa mayoría de webs sin contenido propio. Hay demasiados resúmenes editoriales pululando por la red como si fueran reseñas completas, mucha opinión personal sin argumentar vestida de crítica, y sobre todo, una cierta tendencia a reducir todas

las novedades literarias de género fantástico a tres o con suerte cuatro sellos editoriales. En muchas ocasiones los autores menos populares no llegan a ver una crítica de sus libros que no haya sido escrita por algún conocido o amigo, y la labor de difusión para estos proyectos más pequeños también me parecía importante. Los objetivos de la página van en esa línea, aportar contenido propio con entrevistas y reportajes, aunque procuro meter breves reseñas de novedades que me parecen interesantes, dar difusión a las noticias del género, y servir de modesto –modestísimo– escaparate a las pequeñas editoriales españolas.

¿Por qué ese nombre?

Pues fue una de las cosas que menos pensé. Karl Konrad Koreander (sí, lo de las tres ‘Kas’ a mí también me mosquea) es el librero que pone ‘La historia interminable’ en manos de Bastian. Como todos sabéis eso le cambia la vida, y me parecía una metáfora estupenda. Siempre me he preguntado (aunque hay libros como ‘La biblioteca secreta’ de Ralf Isau que abordan este mismo tema) qué otras novelas se esconden en esa inmensa librería de Koreander. Cuántos tomos más están ahí apilados esperando para cambiar la vida de alguien. Supongo que todos somos hijos de nuestra generación, y uno de los padres de la mía es Michael Ende.

¿De qué géneros se ocupa? ¿Dentro de dichos géneros que temas toca?

Se centra en la literatura fantástica. Lo cierto es que también me encanta la novela negra, pero me parece que no casa con el blog y por eso he decidido prescindir de ella para las reseñas. ‘El rincón de Koreander’ se centra en la literatura de fantasía (urbana, épica, alta fantasía, espada y brujería...), los libros de terror y la Ciencia Ficción en todas sus vertientes. Me gusta pensar que estos tres géneros guardan cierto equilibrio, y procuro que no falten análisis de libros de todas estas vertientes, aunque es cierto que

últimamente las publicaciones de Ciencia Ficción son algo más escasas que las relativas al terror y la fantasía. En cuanto a temas, todo lo que tenga que ver con estas publicaciones es bienvenido en el blog, incluso hemos realizado ya un par de reportajes sobre grandes librerías físicas (en Oviedo y Barcelona) especializadas en literatura fantástica.

The screenshot shows the website 'El rincón de Koreander'. At the top, there's a header with the site name and a navigation menu. Below that, there's a main content area with a grid of featured items. Each item includes a small image, a title, a brief description, and a date. The items include:

- El viento por la cerradura** de Stephen King: Retorno al Mundo Medio.
- Oferta: Amazon ofrece hoy 'El mapa del tiempo'** por menos de un euro.
- Minotauru crea un 'microsite'** para los amantes de Tolkien.
- Sergio Mars: 'Llevo metido en proyectos editoriales de distinto tipo desde hace una década'**.
- ANALIZAMOS LA NOVELA PUBLICADA EL PASADO JUEVES POR PLAZA & JANÉS CON LA QUE KING ACABA DE REGRESAR AL UNIVERSO DE 'LA TORRE OSCURA'**.
- EL LIBRO CON EL QUE FELIX Y PALMA GANÓ EL XI PREMIO ATENEO DE SEVILLA DE NOVELA ESTÁ DISPONIBLE HOY POR 0,99 EUROS PARA EL KINDLE.**
- DESCARGAS, NOTICIAS DE ACTUALIDAD, AVANCES EDITORIALES, INFORMACIÓN BIOGRÁFICA Y DATOS DE LAS PELÍCULAS NUTRIAN DE CONTENIDO A LA 'TOLKIENBIBLIOTECA'**.
- HABLAMOS CON EL ESCRITOR Y AHORA TAMBIÉN EDITOR SERGIO MARS DE SU ÚLTIMA NOVELA, 'LA LEY DEL TRUENO', Y DE SU SELLO 'CAPSIDE'**.
- Cyberdark cierra su tienda de ebooks**. LA LIBRERÍA ONLINE ESPECIALIZADA EN LITERATURA FANTÁSTICA, CYBERDARK, HA DECIDIDO DE DISTRIBUIR LIBROS ELECTRÓNICOS EL DÍA 16, TRAS DOS AÑOS DE SERVICIO.
- 'Las tres lunas': Una fantasía épica muy, muy concentrada (nota: 8,5)**. MINOTAURO PUBLICA ESTE MARTES 23 LA SEGUNDA ENTREGA DE LA SAGA DE FANTASÍA 'WILD HUNT' INICIADA CON 'BAJO LA HIEBRA'.
- 'La ley del trueno', fantasía épica muy, muy concentrada (nota: 8,5)**. ANALIZAMOS LA PRIMERA NOVELA PUBLICADA POR EL SELLO 'CAPSIDE', LA EDITORIAL PERSONAL LANZADA POR EL ESCRITOR SERGIO MARS.
- 'Narrativa', sir Terry Pratchett se lanza al mundo millimétrico**. Se ha creado la compañía 'Narrativa', cuya función va a ser defender y gestionar los derechos de la obra de sir Terry Pratchett para cine, televisión, merchandising y formatos digitales.
- Desvelada la portada de 'La espada maldita'**. LA COLECCIÓN 'RUNAS' DE ALIANZA EDITORIAL ADELANTA COMO SERÁ SU PRÓXIMA NOVELA, 'UN CRUCE ENTRE LA NOVELA DE ENTREGA FANTÁSTICA Y SHAKESPEARE'.

¿Cuáles son las secciones principales?

He ido ampliándolas y no descarto que surjan nuevas. Quiero que haya reportajes, entrevistas, reseñas, noticias, ofertas – información de los descuentos en la compra de libros de los que pueda enterarme-, etcétera. También he creado un apartado permanente para informar de los concursos de libros del género que hay activos en la red en cada momento. Todos los meses recopilo las entradas publicadas durante ese periodo y creo un índice con los links a todas las entradas de manera que el lector se encuentra casi con una publicación en la que puede consultar el contenido del blog.

¿Cuentas con colaboradores?

Todavía estamos empezando, pero he tenido la suerte de contar con la ayuda de dos aficionados con muchas tablas en el mundo de la literatura fantástica. Por un lado, quien más ha colaborado enviándome un montón de información es Ricardo Manzanaro, autor del blog 'Noticias de Ciencia Ficción' y presidente de la 'TerBi', la asociación surgida de la Tertulia sobre literatura fantástica de Bilbao, y por otro también he contado con una reseña de Elías Combarro, miembro de la Junta Directiva de la Asociación Española de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror (AECFFT) y autor del blog 'Sense of wonder', entre otros menesteres, que nos dio su opinión sobre la última novela, todavía inédita, de Larry Niven y Gregory Benford.

Tienes una sección de críticas de libros ¿Cómo ves el panorama actual del género?

Todavía no me siento muy capacitado para ofrecer una visión del mismo, la verdad, porque cada día descubro algo nuevo. Surgen constantemente ideas curiosas, como la de recuperar los librojuegos que ha puesto en marcha este pasado mes de octubre la editorial Mundos Épicos. En general tengo la sensación de que el mercado editorial de literatura fantástica en España es una especie de océano que ha pasado su última década siendo acosado por las tormentas. En sus aguas turbulentas me imagino a los editores y los escritores tratando de sobrevivir en él como náufragos. Algunos, como Gigamesh o Minotauro, han construido balsas seguras y resistentes. Si el viento les es favorable, como ahora, tiran de la vela de un autor –Martin o Tolkien- para navegar de forma bastante cómoda. Otros no viajan tan a gusto, y este puede ser el caso de Ajec por poner un único ejemplo, ya que este verano anunció su cese en el mercado de libros físicos –aunque mantendrá la línea de ebooks-. Este tipo de editores, y los que son de su tamaño, tienen que estar braceando continuamente para no hundirse. Esto

significa que si dejan de publicar parece que desaparecen para siempre.

Yo no sé muy bien qué papel ocupamos los lectores en todo esto. Puede que seamos el oxígeno que les mantiene vivos o quizás somos el mar en el que se ahogan. Está claro que como aficionados nos subimos al barco que nos parezca más cómodo –las portadas y las ediciones de calidad a veces avalan buenos libros, y otras veces disfrazan malas novelas-, pero me temo que también tenemos que recorrer grandes distancias a nado para poder encontrar algo que sea interesante y que se salga de los cuatro nombres famosos. El rincón de Koreander seguramente no tenga músculo como para ser un buen socorrista de escritores desconocidos y de lectores confusos a punto de ahogarse, pero sí su trabajo se junta al de otros muchos bloggers y lectores implicados que están preocupados por el género en nuestro país, seguramente podamos rescatar a algunas personas.

Señalas que aceptas relatos ¿has recibido ya relatos?

De momento no, y es extraño porque es una de las cosas que más me preocupaba. Pensaba que me enviarían un montón de material y que no iba a poder leerlo todo –sólo quería publicar un máximo de dos historias por semana, para darles un tiempo de margen en portada y que pudieran alcanzar a sus lectores. Parece que la idea no ha cuajado –supongo que un blog no es el mejor sitio para dar a conocer estas historias- y espero que alguien cree un buen escaparate para este tipo de historias, porque todas las que yo conocía hace años han ido desapareciendo.

Aunque acabas de empezar ¿Futuras mejoras o nuevas secciones en el blog?

Si quisiera introducir novedades, y sobre todo dar un aspecto más atractivo al blog, pero de momento me falta tiempo –si quiero mantener el nivel de entradas y actualizaciones actual- y conocimientos

suficientes para hacer más llamativa la página. Me gustaría disponer de catálogos precisos informando con fechas sobre las próximas publicaciones del género, e imagino que el siguiente paso que de en el blog irá por ahí.

¿Tienes grupos del blog en facebook o twitter?

Tengo un Twitter personal (@chorrodetinta) en el que muy de vez en cuando cuelgo algún enlace a una entrada, si consigo alguna entrevista o publico un reportaje que creo que va a ser de mucho interés para la comunidad. Creo que no lo he usado ni media docena de veces en el centenar de entradas que llevo hasta la fecha actual. El Twitter, ahora no muy activo, lo utilizo sobre todo para enterarme yo de lo que ocurre a mi alrededor y para publicar algunos microrrelatos de 140 caracteres.

¿Llevas a cabo otras actividades o iniciativas dentro de la cf?

Actualmente no. Espero cambiar esto, pero de momento no hay ninguna novedad a la vista.

¿Cómo ponerse en contacto contigo para colaborar, o dar noticia de novedades para reseñar o criticar?

En el blog incluyo un apartado como vía de contacto. Cualquier persona puede dirigirse a mí a través del correo electrónico: yamas83@gmail.com Me encantará hablar con los lectores de este fanzine.

Aprovecho para enviar un saludo a todos los que hacéis esta publicación, y a todos vuestros lectores.



El rincón de Koreander

"Ante él tenía una habitación larga y estrecha, que se perdía al fondo en penumbra. En las paredes había estantes que llegaban hasta el techo, abarrotados de libros de todo tipo y tamaño". La historia interminable, Michael Ende – BLOG DE LITERATURA FANTÁSTICA -



'El viento por la cerradura' de Stephen King: Retorno al Mundo Medio

ANALIZAMOS LA NOVELA PUBLICADA EL PASADO JUEVES POR PLAZA & JANÉS CON LA QUE KING ACABA DE REGRESAR AL UNIVERSO DE 'LA TORRE OSCURA'



Oferta: Amazon ofrece hoy 'El mapa del tiempo' por menos de un euro

EL LIBRO CON EL QUE FELIX J. PALMA GANÓ EL XL PREMIO ATENEO DE SEVILLA DE NOVELA ESTÁ DISPONIBLE HOY POR 0,99 EUROS PARA EL KINDLE



Minotauro crea un 'microsite' para los amantes de Tolkien

DESCARGAS, NOTICIAS DE ACTUALIDAD, AVANCES EDITORIALES, INFORMACIÓN BIOGRÁFICA Y DATOS DE LAS PELÍCULAS NUTRIRÁN DE CONTENIDO A LA 'TOLKIENBIBLIOTECA'



Sergio Mars: "Llevo metido en proyectos editoriales de distinto tipo desde hace una década"

HABLAMOS CON EL ESCRITOR Y AHORA TAMBIÉN EDITOR SERGIO MARS DE SU ÚLTIMA NOVELA, 'LA LEY DEL TRUENO', Y DE SU SELLO 'CAPSIDE'

Este mes

Último número (Sept.)

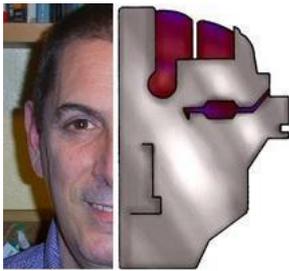
Enlaces a otras páginas

Contacto y colaboraciones

Historial de contenidos

Sorteos de libros (2)

HISTORIAS DE LA HISTORIA DE LA CF



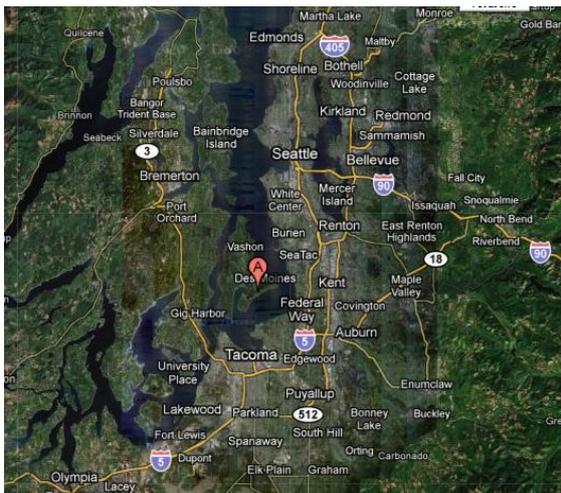
El enigmático suceso de la isla de Maury

Un artículo de Ángel Rodríguez

INTRODUCCIÓN

La primera noticia que tuve sobre este suceso, se remonta a mis primeros años de lectura sobre el fenómeno OVNI, esta era una noticia bastante escueta pero pronto se fue ampliando poco a poco gracias a otros autores aportando más datos.

Al principio como he comentado anteriormente era una pequeña referencia y decía más o menos así.



El 21 de Junio del 1947, seis platillos volantes, sobrevolaron la isla de Maury a cinco kilómetros de Tacoma (Washington). De pronto uno de los platillos volantes, descendió en picado y cuando se hallaba a unos ciento cincuenta metros de la superficie del mar, dejó caer “Algo” que se esparció por el mar, al contacto con el agua, produjo una nube de vapor, de ese modo se demostraba que era algo material.

Como comprenderá el lector esta era una prueba “abrumadora” de la existencia de los OVNI, que estos no eran solo una

fantasía, sino por el contrario eran materiales.

Pero pronto estos datos fueron ampliados y avalados por “Ilustres” y hasta por “Investigadores científicos” y como éramos jóvenes lo que decían estos señores era tomado como dogma de fe.

Con estos datos nos enteramos de los nombres de los testigos, que también el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica habían metido “Baza” en el asunto e incluso “EL COCO” de la Ufología, los malvados y sanguinarios “Hombres de Negro”.¹

Pero veamos la historia más ampliada.

EL AVISTAMIENTO

¹ Los hombres de negro son unos personajes que a veces entran dentro del juego del fenómeno OVNI.; varios divulgadores son los que están seguros de su existencia, llegando a publicarse libros dedicados estos, como por ejemplo “HOMBRES DE NEGRO” del divulgador de temas paranormales Peter Krassa, en el cual nos cuenta varias intervenciones de estos entre otras el atropello que costó la muerte a Lawrence de Arabia. También la muerte de LINCOLN, KENNEDY y JUAN PABLO I. El golpe de estado e invasión de la isla GRANADA, y un largo etc.... Siempre van vestidos de negro y viajan en vehículos negros y su piel es pálida.

Muchos de los investigadores que creen en ellos dicen que son miembros del ejército y otros que son una especie de secta que no quiere que cambie nada el mundo. Tal vez algún día el presidente de turno nos diga si alguno de estos investigadores fue asesinado por estos y no nos venga con el cuento de que fue el corazón lo que fallaba. Pero eso está por ver... por estos y que no fue el corazón el que le fallaba, pero eso está por ver.

Eran las dos de la tarde, del 21 de Junio del 1947, todavía no existían los platillos volantes, ya que esta denominación apareció a partir del avistamiento de Kenneth Arnold, tres días después de este suceso.

El capitán de guardacostas de EEUU, Harold A. Dahl, se encontraba, junto a dos marineros y su hijo, desarrollando una misión de vigilancia por Puget Sound (Washington), un aserrado fiordo, el cual se extiende desde la frontera canadiense, el estrecho de Juan Fuca, hasta Tacoma, este fiordo esta poblado por numerosas islas y entre ellas se encuentra, hacia el lado de Levante, la isla Maury.

El cielo se encontraba cubierto, Exceptuando la descripción del suceso por Fabio Zerpa, el cual dice en su libro "*Los hombres de negro y los OVNI*" que el cielo era excelente.

El mar estaba bastante mal y tenía mucho oleaje, mientras bordeaban con la lancha de guardacostas la parte selvática de la isla Mauri (una pequeña isla deshabitada), Dahl observó descender de un conglomerado de nubes, una extraña formación de objetos, mientras dirigía la embarcación hacia tierra.

Se quedó, sorprendido al volver a observar estos objetos, lo que en un principio pensó que podían ser globos, pero pronto descubrió que era una formación de seis objetos metálicos de unos 30 metros de diámetro y que estaban a unos 600 metros de altitud, esta formación tenía la forma de estrella, es decir, que cinco de estos objetos rodeaban a un sexto. Los cinco objetos empezaron a girar alrededor del central, si cual parecía que sufría algún contratiempo, pero siempre a unos 60 metros por encima del central.

De pronto el objeto central cayó rápidamente hasta unos 150 metros a lo

que Dahl, asustado y temiendo que este les cayera encima dirigió la embarcación hacia la pequeña bahía.

En el vientre de la máquina pudo distinguir que había un orificio central de unos 9 metros de diámetro y en su perímetro estaban distribuidos unos "Ojos de buey" de 2 metros, distribuidos de forma regular.

Mientras ponía la embarcación a buen recaudo, Dahl tomó cuatro fotografías, con la cámara fotográfica que utilizaban en las patrullas de puerto.

Tras permanecer así los objetos durante unos cinco minutos, uno de estos que le rodeaban y que se habían quedado a más altura, bajo hasta el central y tocó al que estaba quieto a más baja altura, permaneciendo en esa posición unos cuatro minutos, se escuchó un golpe seco y desde el aparato que parecía estar averiado empezaron a caer unos objetos de un metal muy ligero ya que parecían hojas de periódico cayendo, pero pronto este metal dejó paso a otro más pesado, era oscuro y cuando cayó al mar despidió vapor, lo que quería decir que tenía calor, tras tirar estos metales los dos objetos se unieron a la formación y esta emprendió rumbo al oeste.

Antes de partir hacia el oeste y mientras tiraba las últimas cargas de ese material que parecía fundición, la nave fue alcanzada en la caseta del timón e hiriendo al hijo de Dahl en un brazo a la vez que mataba al perro de este, tras embarrancar la nave en la bahía, los tripulantes corrieron a resguardarse de esa extraña lluvia en el acantilado.

¿No me digan que no era extraño este suceso?

TRAS EL AVISTAMIENTO.

Tras parar esa extraña lluvia y desaparecer estos enigmáticos objetos, Dahl y sus

compañeros, regresaron rápidamente a la nave y tras embarcar esta, volvieron al puerto a ingresar a su hijo en el hospital, tras realizar esto se persono ante su superior, Fred Chirsman, al cual le contó lo sucedido, Chirsman le tacho de visionario y de haber dañado la embarcación sin duda por haberse echado a la mar estando ebrio.

Pero Dahl tenía pruebas.

- 1) los daños sufridos por la nave.
- 2) las rocas que habían dañado la nave
- 3) una cámara fotográfica que contenía las fotografías hechas por él a esos objetos tan raros.

Tras revelar estas fotografías se descubrió que en ellas aparecían unas extrañas naves volantes, pero estos negativos aparecían con muchas manchas blancas, como si hubiesen estado ante una radiación.

Posteriormente Chirsman también fue a comprobar si era verdad lo de las rocas, viéndolas y recogiendo un gran cajón.

EMPIEZA LA INVESTIGACIÓN



Como hemos comentado anteriormente Kenneth Arnold observó tres días después lo que se denominó la época moderna de la ufología², fue a investigar su primer el caso de avistamiento OVNI por mediación de la revista Fate, de esta relación y de su editor, hablaremos en el siguiente apartado ya que tienen mucha relación con el caso, el editor de esta revista mando a Tacoma al que consideraba el investigador más cualificado en el tema de los platillos volantes.

² Tema tratado por el autor en un artículo

Tras finalizar la primera entrevista, en la habitación de un hotel donde estaba alojado Arnold, notó que había ciertas pruebas que lo observado por Dalh era cierto y por otra parte que eran falsas, sobre todo cuando refirió al misterioso personaje que apareció el día después del suceso y le aconsejo que olvidaran el suceso, este fue considerado como el primer hombre de negro de la ufología.

El mineral que había caído fue una de las sustancias que fueron entregadas como prueba a Arnold, el cual lo mandó a la Universidad de Chicago para su investigación y análisis.

A la vista de que este era un suceso demasiado importante Arnold llamó por teléfono a "U.S.Army A-2 Intelligence Oficce" El servicio secreto de investigación de la aviación militar del ejército, y la pusieron con el teniente Frank Brown, al cual le pidió que se personasen allí por el asunto del Ovni aparecido. Sin embargo no fueron a Tacoma hasta el 31 de julio y se presentó con el capitán Davidson (aunque algún autor lo llama Dawson). Tras entrevistarse con los involucrados en el asunto y recogiendo las fotografías y los restos del ovni, decidieron marcharse hacia su destino que era su base en Hamilton (California) a bordo del avión que les había traído un B-25. Entre tanto las informaciones de las entrevistas realizadas por estos habían sido filtradas a la radio por un informante desconocido. Durante el vuelo de regreso, el avión sufrió un accidente aéreo, muriendo los dos investigadores en el suceso, lo cual los amantes del misterio pensaron que los hombres de negro habían hecho su aparición, la primera, con la aparición del misterioso personaje que advirtió que no dirían nada, otra vez filtrando información, la tercera con la destrucción del aparato y por último con la desaparición de los testigos, ya que en el 1951 el escritor Harold T. Wilking intentó ponerse en contacto con los testigos pero le fue

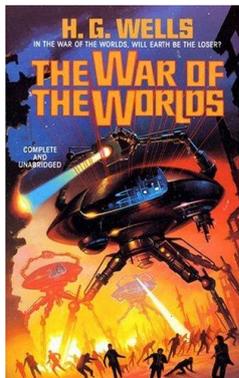
imposible localizar a los testigos recibiendo como contestación a una carta suya enviada desde Kexleyheath (condado de Kent, Inglaterra) la misma pero con la indicación “se ausentó sin dejar señas”.

La conclusión hasta ahora es la siguiente. Unos testigos observan unos objetos desconocidos, consiguen unos restos y unas fotografías que parecen haber sufrido alguna radiación, tras entrevistarse con los testigos toda la información era pasada a la prensa, y que los primeros en enterarse de estos sucesos fue la revista FATE.

LA SEMILLA Y EL RECOLECTOR

Puede ser que todo empezaría el domingo 30 de octubre del 1938, noche de Halloween, de 20 a 21 horas en la radio “Columbia Broadcasting System” y su autor Orson Welles.

La creación de H.G. Wells “La guerra de los mundos” había pasado casi inadvertida hasta que Orson la trasladó al estudio de radio en el cual la representó,



aunque en un primer momento no pensaron en ella ya que no la veían muy creíble y pensaban que los oyentes la tomaran en broma, pero aun así a las 8 de la noche empezó la obra a representarse de esta manera.

“Sabemos ahora que en los primeros años del siglo XX, seres mas inteligentes que el hombre, y sin embargo mortales, vigilaban atentamente nuestro planeta. Sabemos asimismo que mientras los hombres se dedicaban a sus quehaceres, otros hombres los examinaban y estudiaban con toda exactitud y minuciosidad, lo mismo que el hombre, valiéndose del microscopio, examinan a criaturas que pululan y se multiplican en una gota de agua”.

Fueron esas las primeras frases que se radiaron y de esta forma es como empezó el pánico total en todo el país aunque Orson Welles manifestó que eran todas mentiras, sino veamos lo que dijo en la representación.

“Señoras y señores, habla Orson Welles, que deja su caracterización para asegurarles que la “Guerra de los Mundos”, no tiene mas significado que el de una broma de



vacaciones. En el radiograma del Mercury theatre no podíamos cubrirnos con sábanas, saltar entre los matorrales y gritaros “BU”. Pero, de haberlo hecho, empezando ahora, no hubiéramos podido enjabonar todas sus ventanas y robar las puertas de sus jardines durante la noche... Descartando todo eso, hicimos la mejor cosa. Aniquilamos el Mundo ante sus oídos mismos y arrasamos la Columbia Broadcasting System. Sin duda, se les habrá quitado un peso de encima al decirles que no tuvimos intención de hacerlo, y que ambas instituciones aún gozan de buena salud. Así pues, hasta la vista todo el mundo, y recuerden, por favor todo, durante un día o algo mas, la lección terrible que aprendieron esta noche. Ese invasor globular, reluciente, que apareció haciendo muecas en la sala de nuestra casa, ES SOLO UN HABITANTE DE LA IMAGINACIÓN, y si llega a sonar el timbre de sus puertas y no ve a nadie allí, no crea que fue un marciano... Fue el genio travieso que aparece la noche de Halloween...”

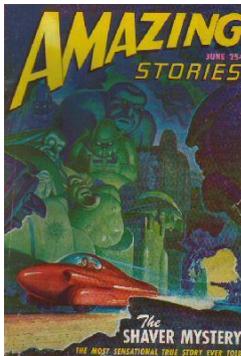
Aparte de esa declaración de Welles hubo en la hora que duró, cuatro anuncios indicando que lo que estaban escuchando era solo una obra de teatro, pero aún así el pánico fue grandioso, la gente se hecho a la calle escapando de esos hipotéticos extraterrestres, según el sociólogo Hadley

Cantril fueron aproximadamente unos 6 millones de oyentes y calculó que mas de un millón de estos se asustaron y creyeron en esta historia. Cientos de personas llamaron a las ambulancia y a la policía, otros salieron muy rápidamente de sus domicilios rumbo, a otros lugares mas seguros. Del estudio hecho por Cantril se llegó a la conclusión de que los más



afectados en este pánico fueron las personas con nivel cultural mas bajo, también los supersticiosos e inseguros así como los que estaban pasando dificultades económicas...

La semilla de los platillos volantes estaba plantada y no estaría dispuesta hasta varios años para su recogida.



El recolector se llamaba Ray Palmer, este personaje era un gran aficionado de la ciencia ficción. (No equivocarlo con el personaje de Gardner Fox y Jule Schwartz el libro The Atom, que aunque era un científico que se podía encoger, no era el editor) y aunque era un hombre pequeño, 122 centímetros de altura, y con una joroba bastante visible, la cual la achacaba a un accidente en su infancia, este accidente nunca fue muy claro ya que unos decían que fue de automóvil otros de una carretilla, etc....

Después de dirigir el fanzine The Comet, publico su primer relato "The time ray of Jandra" en la revista "Wonder Stories" en junio del 1930. Según Palmer después de este relato siguió publicando infinidad de relatos de todos los temas

desde la ciencia ficción hasta la pornografía pasando por el oeste.

Pero no fue hasta que el 1938 cuando le ofrecieron la dirección de la revista "Amazing Stories", esta revista paso de la ciencia ficción dura a la aventura fácil y rápida, como eran muchas las historias de este tipo que recibía pronto creo otra revista, mucho mas juvenil llamada "Fantastic Adventures".

Por esa época Palmer empezó a notar la explosión ocultista que se avecinaba.

Muchos jóvenes se preocupaban bien poco de la ciencia y mucho mas de la ciencia ocultista.



Como llovido del cielo en septiembre del 1943, Palmer recibió una carta de un tal Richard Sharpe Shaver en la que exponía las claves de un antiguo alfabeto, a Palmer le resultó interesante y este la publicó en el número de enero del 1944, teniendo tal acogida que pidió a Shaver que escribiera su historia.

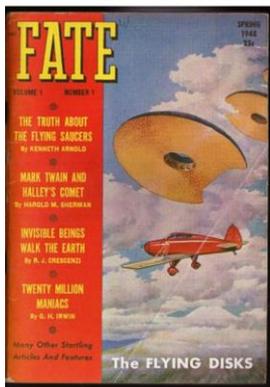
El resultado de esta historia fue una novela corta titulada "Warning to future man" (Aviso al hombre del futuro). El primero que leyó esta novela corta fue Howard Browne, El director gerente de la revista. Lo arrojó a la papelera diciendo que eso era una basura y comentando que el autor era un chiflado. Pero Palmer estaba dispuesto a publicarlo aún antes de leerlo y recuperándolo y corrigiéndolo lo publicó en el número de marzo del 1945, con el título "I remember Lemuria" (Yo recuerdo Lemuria).



Los aficionados a la ciencia ficción saben, y hoy en día no se dejan engañar, que a sus espaldas hay una enorme de historias de cultos pseudo religiosos y pseudo científicos, salidos de las plumas, hoy de los ordenadores de los escritores, uno de ellos y mas importantes es el de la iglesia Cienciología, la llamada Dianética, la cual la formó L. Ron Hubbard y que apareció por primera vez en Astounding Sience Fiction, cuando la dirigía John Campbell, pero eso no viene al caso ahora.

Los relatos de OVNI vienen de antes, de los escritos de Charles Fort, pero la ufología se remonta al 24 de junio de 1947 cuando Kenneth Arnold avisto en la ladera del monte Rainer (Washington) una formación de objetos volantes que viajaban a gran velocidad, y tras aterrizar e intentar dar aviso al FBI se encontró la oficina cerrada entonces se dirigió a la radio donde conto su historia y de esta forma se inicio la ufología a la cual se sumo Ray Palmer entre otros.

LO QUE LOS DIVULGADORES NO NOS CONTARON



las investigaran.

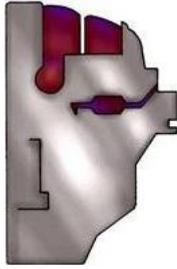
Como resultado de esta llamada, el teniente Brown y el capitán Davidson, volaron desde Hamilton (California) hasta Tacoma (Washington), y fueron a la habitación de Arnold en el hotel. Este les

contó que Ray Palmer le había pagado 200 dólares para la exclusiva de esta historia Pero que creyendo que esta historia era muy importante decidió que era mejor que los militares lo investigaran.

Dahl y Crisman, los dos testigos, fueron citados a la habitación del hotel para que les contaran a los oficiales lo que habían visto. Durante las entrevistas entre los patrulleros y el ejército todas las conversaciones fueron filtradas a la radio.

Tras la muerte de los dos oficiales en el avión de regreso los militares pensaron que este suceso podía tener algún significado con la aparición del OVNI, y decidieron hacer una investigación más exhaustiva descubriendo muchos pormenores del caso. Entre otros que los patrulleros admitieron que toda la historia era un gran fraude, hecho con la intención de crear una historia para la revista "FATE" de Ray Palmer. Nunca se encontró rastro de las pretendidas fotografías y también admitieron que ninguno de ellos era patrullero, así mismo uno de ellos dijo que el era el autor de las filtraciones de las conversaciones por medio del teléfono.

Tras una minuciosa investigación en el lugar del accidente del avión la fuerza aérea no descubrió nada anormal, por lo que llegó a la conclusión de que todo era un fraude, promovido indirectamente por Ray Palmer, y que él era involuntariamente el causante de las muertes de los dos militares. Palmer interpretó el incidente de otra manera, y achacó a los hechos una especie de Encubrimiento y conspiración y dijo "No quiero más sangre en mis manos". Este suceso fue uno de los primeros que se le achacó a la "Conspiración del silencio" que tienen los OVNI, hoy en día muy en boga con todos estos sucesos.



Portal CienciayFicción

Entrevista a Víctor Vila

<http://www.portalcenciayficción.com/>

¿Por qué se decidió crear este portal?

Hola, me llamo Víctor Vila y será un placer contestar a sus preguntas. La creación del portal en realidad fue muy casual. Empecé por mera curiosidad con un foro de ciencia ficción en la plataforma gratuita Foroactivo. Pasaron un par de años y la gente respondió mejor de lo que esperaba. Como a mí siempre me ha apasionado la ciencia ficción y lo futurista, empecé a plantearme algo más serio. Pero Foroactivo estaba muy limitado y no tenía las herramientas necesarias como para satisfacer mis ganas de expandirme; simplemente te prestaban un espacio, pero nada era tuyo ni podías hacer y deshacer a tu gusto. Recuerdo que cuando les propuse irme y conservar la base de datos del foro, ni pagando me dejaron. Me di cuenta de que era un callejón sin salida, así que empecé desde cero con el nuevo portal.

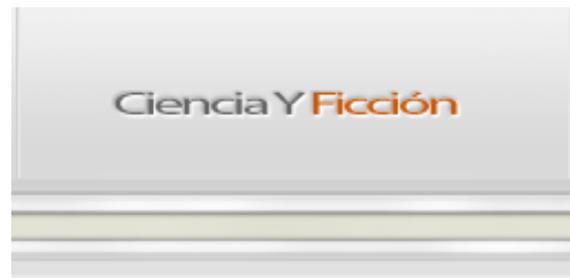
¿Desde cuando lleva en marcha?

Desde mediados de 2010, más o menos.

El esquema general es el de 2 secciones de noticias, una de ciencia y otra de ficción ¿es así?

En efecto. La apuesta es abordar noticias de Divulgación Científica y por otra parte, Entretenimiento (llevando el peso la ciencia ficción y en menor medida el género Fantástico).

¿De que temas se trata en ellos y qué contenidos abarca? (en lo de temas me refiero a si trata sobre literatura, cine, arte,etc,.. y si entra ciencia-ficción, fantasía, terror, etc...) (en lo de contenidos sería si incluye solo noticias o también novedades literarias o de cine, críticas, entrevistas, etc,..)



La verdad es que los contenidos son muy amplios. La sección de CIENCIA abarca Astronomía y Espacio, Astrobiología, Biología y Medicina, Neurociencia, Tecnología, Cibernética e informática, Teorías, y finalmente Sociedad (que incluye temas que me resultan interesantes, pero no encajan en las otras categorías expuestas). La otra vertiente de FICCIÓN se consolida principalmente por Cine (Ciencia Ficción de forma destacada, Fantasía en menor grado, Terror en tercer lugar, y luego los otros géneros del cine), también Literatura (Ciencia Ficción y Fantástico principalmente), Artes gráficas, Videojuegos, y también mundo Otaku, entre otras cosas. Cabe destacar que además del contenido... digamos “profesional y contrastado”, una de las

finalidades del portal es publicar obras y trabajos de los internautas en esas secciones de FICCIÓN.

En el portal hay una sección de relatos ¿Hay ya publicados? ¿y otros pendientes de hacerlo en breve? ¿Cuántos? ¿Aceptas nuevos relatos? (aquí comenta características deben tener: extensión, género,...)

Sí, hemos publicado ya algunos relatos de los internautas, y no hay normas preestablecidas. Obviamente la gente es inteligente y ya ve cuales son las tendencias de la página en cuanto a géneros, pero también hay relatos eróticos, por ejemplo. Los que están interesados en darse a conocer me envían una biografía suya, foto, direcciones de webs que tiene en funcionamiento, etc, y yo lo publico. Pero también se puede participar anónimamente quien lo desee. Además de los relatos, autores de libros contactan para que publicite su libro. En algunas ocasiones se instalan e integran en la comunidad (y hasta me envían gratis su libro impreso por correo postal).

Tiene un apartado denominado “Descargas” ¿Qué se puede obtener allí?

Bueno, este apartado me dio algunos quebraderos de cabeza al principio; Ya saben que en España con la ley SINDE aprobada te pueden cerrar la web si permites descargas ilegales. La mayor parte es Freeware, aunque a veces no puedo resistir poner contenidos que no lo son. Por ejemplo, la serie de dibujos animados Ulises 31 o discografías de grupos de música. En la sección se puede encontrar también desde colecciones de emoticonos, hasta libros de ciencia ficción.

También incluye un blog ¿De que tratas en el mismo?

Me agrada que me hagas la pregunta, para así poder explicar brevemente las diferencias entre el Portal y el Blog. Los

artículos del portal suelen ser rigurosos y solamente informativos. El blog, en cambio, es de opiniones personales sobre temas de interés. Es importante destacar que el blog lo llevamos entre todos (yo no tengo la exclusividad de las publicaciones). En efecto, todos los usuarios registrados en portalciencyficción pueden publicar artículos en ese blog. A veces son reflexiones sobre temas variopintos, y otras veces críticas de películas (en el portal hay solamente la ficha informativa). La última entrada ha sido una reseña literaria que incluye una entrevista al autor.

El portal presenta un foro con multitud de temas y notable participación. Háblanos un poco de ese apartado

El foro debe corresponder al talante del portal, y creo que lo hemos conseguido. Al mismo tiempo, es sumamente democrático; Para mí es importante ajustar el foro a la demanda y sugerencias de los usuarios, y no al revés. Aunque mi impresión es que los foros están hoy en día en crisis, era imprescindible tener uno donde la gente pudiera expresarse sin ataduras e intercambiar opiniones de todo tipo. Doy mucha libertad y no hay normas en plan “No usar colores ni tamaño de letras grandes”, “No postear dos veces seguidas”, etc. Es para mí es fundamental que la gente se sienta a gusto y libre de expresarse como quiera (siempre y cuando lo haga con respeto y coherencia).

¿Tiene datos de miembros registrados, visitas?

Hay 275 miembros registrados, pero somos bastantes menos los que participamos asiduamente. Me resulta muy curioso el comportamiento de la gente. Por ejemplo, una chica se registró hará un mes y personalizó todo su perfil con colorines, cambios de letras, etc. Además me envió una petición de amigo. Pero sin embargo, no ha posteado nunca nada. He visto que a la gente le cuesta muchísimo empezar a postear. Yo cuando me registro, tengo

bastante claro que voy a participar. Pero se ve que la mayoría de personas no. Además, el foro es visible para todo el mundo. Quiero decir que, no es que tengas que registrarte para ver archivos adjuntos, o que debas dar gracias o enviar un mensaje para poder descargar algo o ver los links... Todo está al alcance de cualquiera.

¿Acepta colaboraciones, con que características, y en que dirección se puede contactar?

Las colaboraciones siempre son muy bienvenidas. Solo por estar registrado, ya puedes publicar en el blog. Como visitante fortuito, puedes comentar en el foro y en los artículos del portal y el blog. También puedes enviarnos tus relatos, cortometrajes, o hasta juegos propios. Para mí, todo eso es también colaborar. Si además alguien siente predilección por alguna temática y desea participar más activamente elaborando noticias o haciendo fichas de películas (o lo que sea), solo tiene que contactar conmigo por email; portalcienyficcion@gmail.com. Otra forma de colaborar, es utilizar el recién instalado sistema de donaciones voluntarias por Paypal. Cabe destacar que el portal no tiene ingresos de ningún tipo; No hay publicidad en ninguna de sus páginas, por lo que la navegación es extremadamente fluida. Hasta ahora toda la inversión la estoy llevando yo solo.

¿Proyectos de mejora para el futuro?

Precisamente ahora estamos estudiando en el foro una sugerencia que hizo un usuario de afrontar una revista digital, así que necesitamos material y personas dispuestas a contribuir. Estamos debatiendo si enfocarlo como una revista convencional o apostar por una especie de mezcla entre web y revista. Además, en breve cambiará el soporte de la galería de imágenes; La actual es muy engorrosa y

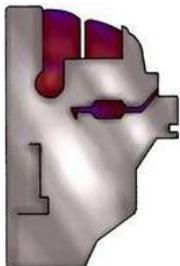
poco práctica, así que integraremos una galería Phopost en el foro.

Pues muchas gracias por leerme y os agradezco sinceramente la oportunidad que me habéis brindado para expresarme y dar a conocer mi portal. Os deseo también mucha suerte en el futuro.

Atentamente;

Víctor Vila M —administrador de
www.portalcienyficcion.com—

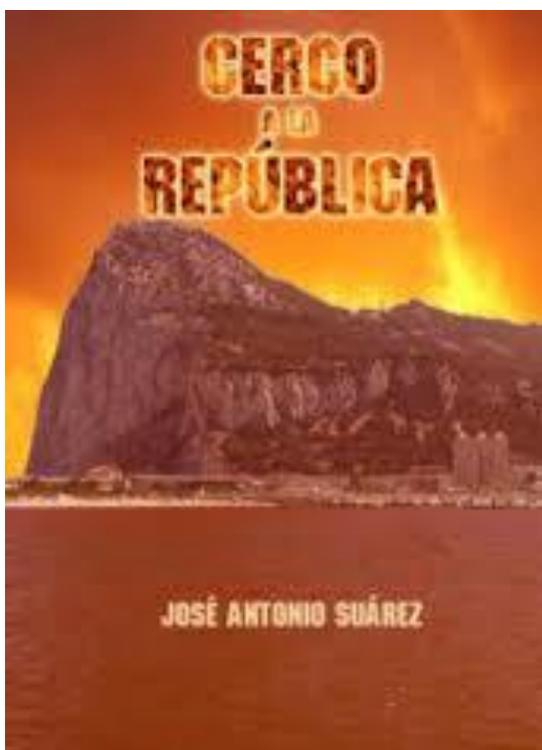




Entrevista a José Antonio Suárez

Se publica “Cercos a la República”

El escritor José Antonio Suárez ha publicado en e-book descargable gratuitamente la novela “Cercos a la República”, continuación de “Tercera República”. Con dicho motivo, le entrevistamos.



Con tu anterior novela cambiaste la orientación de tus obras, de la intriga espacial a una trama de política-ficción ¿Por qué hiciste ese cambio y por qué en tal dirección?

No ha sido un cambio tan grande, porque en mis novelas de ciencia ficción las tramas sobre el poder están muy presentes, y la política versa sobre eso: quiénes tienen el poder, quiénes lo ambicionan y qué medios utilizan para lograrlo. *Juego de tronos*, por citar un ejemplo reciente, trata precisamente sobre

movimientos de poder, intrigas palaciegas y puñaladas traperas para hacerse con el control de los reinos de Poniente, ¡y ha tenido un éxito brutal! Aunque dudo que Martín hubiese vendido tantos ejemplares si la acción transcurriese en la actualidad.

Es verdad que he cambiado el escenario y el marco temporal en las novelas de la

Tercera República, respecto a mis obras precedentes, trasladándolo al futuro cercano de nuestro país, y eso es lo que al lector le llama más la atención. Ha sido un cambio de continente, pero no de contenido, al menos no sustancial. Por ejemplo, *Almas mortales* (publicada en 2007 por la editorial Ábaco) es una novela que tiene bastantes puntos en común con *Tercera República*, y me inspiré en uno de los personajes de aquella (Klinger) para construir al embajador Bowen, que por cierto, en *Cercos a la República* ya no es embajador, pero sigue en su línea más vil y rastrera; o la pareja Javier-Joana de *Tercera República*, que le debe mucho al dúo Sebastián-Anica de *Almas mortales*.

¿Qué características principales presenta esta nueva obra con respecto a la anterior de la serie? ¿Se puede leer independientemente, sin haber leído la primera?

Tercera República gravitaba alrededor de los nacionalismos: las tensiones entre Cataluña, Euskadi y el resto del Estado, el resurgimiento de un sector involucionista en el Ejército, que todos creían enterrado con la transición, y la actitud tan extendida de la clase política de mirar por sus propios intereses antes que por el bien común, idea

esta última que se mantiene en *Cerco a la República*. Pero en esta segunda parte, el nacionalismo cede su podio al colonialismo. Uno de los protagonistas, Luis Duarte, presidente de la República, ha sufrido una transformación negativa, que se irá desgranando a lo largo de la obra. La guerra lo ha cambiado, está obsesionado por conservar el poder y ve conspiradores por todos lados. Su círculo más cercano lo está abandonando, incluso se separa de su mujer. Duarte teme lo que la historia dirá de él, que fue un presidente incompetente, que durante su mandato se desató una guerra civil... Está muy preocupado con todo eso y quiere borrar esa página, y escribir otra que merezca la pena, que haga olvidar sus fracasos y demuestre a todos que es tan español como el que más. Y acaba huyendo hacia delante.

He escrito un prólogo para poner en antecedentes al lector sobre los sucesos más relevantes de *Tercera República*, pero mantiene varios personajes comunes y se hacen referencias a lo largo del libro a aquella, si bien mi intención es que el lector tenga en *Cerco a la República* todos los elementos necesarios para seguir la trama.

¿Que temas político-sociales aboradas en esta novela?

Qué precio estamos dispuestos a pagar para vivir en paz y si merece la pena sacrificar nuestra libertad por el camino. Cómo personas normales, sometidas a condiciones límite, pueden acabar transformadas en algo perverso; cuál es la línea divisoria entre justicia y venganza, y cómo podemos cruzarla sin darnos cuenta y convertirnos en aquello que odiamos. Todo ello tejido dentro de una historia centrada en la recuperación del peñón de Gibraltar, uno de los puntos geoestratégicos más importantes del globo, que atrae la atención y avidez de dos superpotencias.

¿Tienes previstas o al menos pensadas futuras novelas de esta serie?

Creo que ya he contado todo lo que quería sobre el universo de *Tercera República*, aunque sobre algunos temas desarrollaré algo más, pero bajo otros presupuestos y sin pertenecer a estas dos obras.



¿Qué ventajas crees que ofrece la política-ficción con respecto a una novela contemporánea de ese tema?

Tiene ventajas e inconvenientes. Es más fácil que el argumento quede desfasado por la realidad, pero en la ciencia ficción ya estamos acostumbrados a eso. Por otro lado te permite contemplar nuestro presente desde una perspectiva nueva, especulativa, formulándote la clásica pregunta ¿qué pasaría si...? y ver adónde conduce. Las conclusiones no siempre son agradables, pero es un ejercicio que espero sea útil a alguien para evitar que ese futuro cristalice en una realidad envenenada.

**¿Hay algún autor que consideras de relevancia dentro de este sub-género?
¿Y alguna obra?**

En España esta temática se cultiva poco. Se ha tratado la ucronía —tampoco mucho—, pero no es el caso de esta novela, que transcurre en el futuro, y no en una línea histórica alternativa. Como obras de temática similar, a finales de los 90 se publicó *Equilibrio de poder*, de Tom Clancy, donde los servicios secretos americanos salvaban a España de un complot para derrocar al gobierno, presentando a los catalanes como villanos.



La novela generó una gran polémica y fue un éxito de ventas. No parece que Clancy tuviera muy claro en qué consistía el estado de las autonomías español, y la novela tuvo que ser alterada en la edición española para tapar algunas pifias. Ya más recientemente, *Imperio*, de Orson Scott Card (2006), aborda una futura guerra civil entre republicanos y demócratas, en los Estados Unidos. Formaba parte de una franquicia para desarrollar un videojuego, lo que explica la aparición de unos robots al estilo *Battletech*, un tanto desconcertantes.

En cuanto a libros que recomiende de temáticas afines, me gustó mucho *Operación Gladio*, de Benjamín Prado, publicada por Alfaguara en 2011, coherente, bien documentada y trata temas espinosos sobre el manejo de la guerra sucia por parte de los Estados para conseguir fines políticos, aunque su componente especulativo es escaso.

**¿Hay cuestiones contemporáneas que te hayan estimulado a escribir la obra?
¿Cómo valoras la situación actual?
¿Cómo prevés el futuro cercano?**

La situación actual es preocupante. Yo escribí *Tercera República* cuando la burbuja del ladrillo aún no había estallado; era una época de bonanza y mientras escribía el libro me preguntaba cómo demonios podía imaginar ese futuro siniestro, si las cosas iban tan bien. Poco después, la situación empezó a degradarse, y actualmente oigo a dirigentes hablando del estado federal asimétrico y me pregunto si habrán tomando apuntes de mi libro. Es como si viviese dentro de una pesadilla de Philip K. Dick, en la que mis temores cobran forma real.

El problema de las grandes depresiones económicas, como la actual, es que se corre el riesgo de empujar a los gobiernos a callejones sin salida, eligiendo soluciones desesperadas o vías aventureras. Eso ya sucedió después del crack de 1929, que, junto a las consecuencias de la primera guerra mundial, llevó a Alemania a una depresión terrible, y, bueno, ya sabemos lo que ocurrió después. Por lo que veo, no parece que nuestros políticos hayan aprendido demasiado de la Historia. El mundo sigue gobernado por la misma clase de vampiros que lo empujaron al caos en el siglo pasado, y resulta difícil que las cosas cambien si antes no se transforma el sistema económico basado en el casino bursátil y la especulación a corto plazo, que está tumbando un país tras otro en Europa.

¿Tienes pensada una posible nueva entrega? ¿Estás escribiendo algo ahora? ¿Tienes otros proyectos futuros?

Cerco a la República concluye definitivamente la historia iniciada en la obra precedente. Actualmente estoy escribiendo una nueva novela, esta vez sí es una ucronía y transcurre en el siglo pasado. Intento que se ajuste lo más posible a la historia conocida hasta la aparición del punto Jumbar (aquel que introduce un factor de cambio que hace variar el curso histórico conocido), y he elegido no incluir ningún elemento steampunk ni fantástico, porque le restaría credibilidad a la trama.

Has publicado tu obra en formato electrónico y descargable gratuitamente ¿Es la única solución que queda ante la escasez de actividad en editoriales profesionales o semi-profesionales? ¿Cómo ves ahora la situación del género y cómo crees que va a evolucionar? ¿Y de la literatura en general cuando se generalice el e-book?

Me ha pasado una cosa curiosa con esta novela: las editoriales generalistas la miran como ciencia ficción y no les interesa; las de dentro creen que no es ciencia ficción y tampoco les entusiasma. El libro estaba siendo valorado por una de ellas, pero cerró a causa de la crisis, y pensé que si esperaba mucho más, el curso de los acontecimientos podría acabar dejándola atrás.

La ciencia ficción en España ha sido arrinconada progresivamente por la fantasía, una situación que personalmente me entristece, pero es lo que hay, y no parece que esto vaya a cambiar a corto o medio plazo. A mí la fantasía, si es original y abre su propio camino, me interesa, pero la literatura que transita a la sombra de Tolkien o Rowling, no mucho, aunque hay excepciones.

En cuanto a mi elección por el ebook, yo empecé así, en 1995, divulgando en formato electrónico mis novelas, primero en la revista PC Manía y en la revista digital Ad Astra, que se distribuía en correo y por disquete, y luego seguí a través de mi página web. Por entonces en España existía Infovía, una Internet de vía lenta de funcionamiento pésimo, y los archivos PDF ni siquiera estaban extendidos, así que recurrí a un amigo para que crease un programa para leer novelas en el ordenador. Los aparatos de lectura de tinta electrónica actuales son un regalo precioso, ojalá hubieran existido entonces, y me siento afortunado de poder disfrutar de un avance como ese. Puedes llevarte el libro electrónico al baño, a la playa, a cualquier lado, sin depender de un enchufe y sin que se te cuezan los ojos con la lectura, de modo que con la divulgación en ebook es como si volviese a mis orígenes.

La situación editorial, al igual que la económica, está mal; en tiempos de crisis, la gente recorta lo que no sea imprescindible y los libros son una de las primeras víctimas, máxime si tienes uno de esos cacharritos portátiles y descubres que ya no es necesario pasar por caja para leer lo que te gusta. No sé cuánto durará esta crisis, saldremos porque no hay mal que cien años dure, pero será laborioso, y mientras tanto cada uno deberá dedicarse a lo que buenamente pueda. Yo no me quejo, aunque lo mismo me iba a dar, pero reconozco que en el terreno literario antes estábamos peor y no teníamos los adelantos tecnológicos de la actualidad, que nos abren las puertas a un público potencialmente mayor.

¿Cuáles son tus autores favoritos? ¿Hay escritores contemporáneos, tanto en castellano como extranjeros que te gusten y los sigues?

Actualmente no es que lea mucha literatura de género, así que mis recomendaciones son antiguas: Philip K. Dick, Fredrick Brown, Robert Silverberg,

Frederik Pohl o Connie Willis, y bueno, también los autores con los que todos nos viciamos, Asimov, Clarke o Heinlein. Se dice que la CF está en horas bajas porque no han aparecido autores de esa talla que tomen el relevo; no sé, quizá sea cierto, o quizá es que vivimos ya en el futuro y hemos descubierto que no nos gusta y preferimos mirar al pasado, aunque sea a un pasado de fantasía. Sí es verdad que ahora las novelas son más inflacionarias; se dedican cincuenta páginas a contar lo que antes ocupaba diez, y eso me parece que ha redundado en una merma de calidad, a hacer las novelas actuales más aburridas. Recordemos al primer Asimov, con novelas breves y muy buenas, y al de la última etapa, entregado a los libros-ladrillo, escribiendo un tocho tras otro de secuelas de la Fundación y tomando decisiones extravagantes como unir esta saga con la de los robots, para alargar la serie.

En cuanto a españoles, la situación en la ciencia ficción está de capa caída; han aparecido nuevos, pero se han decantado por los zombis, otras parcelas del terror o la fantasía medieval, que es lo que está de moda; en fin, los que escribían CF han tenido que diversificarse, y la situación editorial y económica no ayuda a que surjan otros nuevos, o que vuelvan los que se fueron.

¿Cuánto has tardado en escribir cada una de estas dos novelas? ¿Te ha costado más que cuando escribías intriga espacial? ¿Qué hábitos tienes al escribir? ¿Escribes todos los días?

Tercera República me llevó menos de dos años; la segunda parte, como se basa en la primera y tiene personajes comunes, ha sido más fácil de construir y el tiempo dedicado ha sido ligeramente menor. No me ha costado más que mis anteriores novelas; el núcleo argumental es similar, aunque cambian los marcos espaciales y temporales, como ya he dicho. Intento escribir todos los días, creo que adquirir

una rutina es muy beneficioso, porque si acabas dejando el libro para cuando llegue la inspiración, puede que ésta no te llegue nunca.

Si quieres añadir algo.

Agradezco a la Terbi la oportunidad que me habéis dado al hacerme esta entrevista. Que vuestra afición no decaiga y podáis seguir reuniéndoos y charlando sobre literatura dentro de treinta años. Quizá más calvos y arrugados y con la próstata hecha una gaita, pero con similar entusiasmo.

José Antonio Suárez (Albacete, 1963), es licenciado en Derecho y autor de una docena de novelas. Ha colaborado con artículos y relatos en diversos medios españoles, como Ciberpaís, Asimov, Artifex, Solaris, NGC3660 o Alfa Eridiani, entre otros. Ha publicado las siguientes novelas: *Nuxlum* (Espiral, 2000, ganadora del premio Ignotus), *El despertar de Nuxlum* (Equipo Sirius, 2001), *Rebelión en Telura* (Edebé, 2002), *Peregrinos de Marte* (Espiral, 2003), *Sombras en Titán* (Equipo Sirius, 2006), *Nada nuevo bajo el Sol* (Por la tangente, 2006), *Cristales de fuego* (Ediciones Parnaso, 2007), *Almas mortales* (Editorial Ábaco, 2007), *La luz del infinito* (Equipo Sirius, 2009), *Tercera República* (La Factoría de Ideas, 2010) y *Cerco a la República* (ebook, 2012).

En estas últimas novelas abre otra etapa en su carrera literaria y aborda la posibilidad de una nueva guerra civil en España y sus consecuencias, tratando temas polémicos como los nacionalismos, el colonialismo o el pasado trágico de su país.

Más información y descarga de la obra en: <http://www.joseantoniouarez.es/cerco.htm>



Entrevista a Carme Torras

Autora de “La mutación sentimental”

Entrevistamos a Carme Torras, autora de “La mutación sentimental”, que ganó, en su versión original en catalán el Premio Manuel de Pedrolo de ciencia-ficción en 2007 y el Premio Ictineu 2009. La versión en castellano ha sido publicada por la Editorial Milenio

“La mutación sentimental” se publicó inicialmente en catalán. ¿Escribes habitualmente en catalán? Para esta edición en castellano ¿se ha hecho algún cambio o modificación en la obra?

Sí, el catalán es mi lengua materna y con la que me encuentro más a gusto escribiendo ficción. La versión castellana de la novela es totalmente fiel al original, aunque, claro está, ha habido que adaptar algunos juegos de palabras, enigmas lingüísticos, e incluso nombres de personajes. A título de ejemplo, el personaje de Sus Cal20, que en catalán se pronuncia “Sus Calvin”, es un guiño al lector de “Yo, Robot” de Asimov ya que alude a la neuropsicóloga Susan Calvin, pero no tenía sentido mantener Cal20, que en castellano sonaría “Calveinte”. En otros casos, la versión castellana ha permitido introducir juegos lingüísticos novedosos respecto al original, que no desvelaré para no privar al lector del placer de descubrirlos.

Según hemos descubierto, trabajas en un proyecto de investigación denominado “Paco-Plus”, impulsado por un consorcio europeo, que tiene como objetivo lograr un robot asistente

de cocina ¿Cómo va esa investigación? ¿Hay relación entre este proyecto y los robots que aparecen en el libro? ¿Es Robbie una extrapolación de cómo puede ser el robot doméstico que salga de esta investigación?

El proyecto PACO-PLUS terminó hace un par de años, pero continuamos la investigación en dos nuevos proyectos europeos: en IntellAct, que proviene de “Intelligent Action”, pretendemos que el robot aprenda a realizar tareas de manipulación observando cómo las realiza una persona; y en GARNICS estamos desarrollando un robot jardinero. Efectivamente, como bien apuntas, los robots de la novela son una extrapolación hacia el futuro de los robots que estamos desarrollando. De hecho, empecé a escribir “La mutación sentimental” por una mezcla de curiosidad y preocupación por cómo será la sociedad hacia la que nos encaminamos, en que conviviremos con robots en casa, en el trabajo, en la escuela, en centros de ocio, en hospitales y otros lugares públicos. De hecho, en Japón ya se comercializan robots niñera, por ejemplo, que permiten a los padres vigilar a sus hijos pequeños e incluso intervenir en sus juegos de forma remota. En Corea del Sur, donde había déficit de profesores nativos de inglés, se instauró un programa de enseñanza en las escuelas mediante robots telecomandados desde fuera del país por profesores ingleses. La telepresencia tiene un gran potencial en el ámbito laboral, otorgándonos un cierto don de la ubicuidad. Asimismo están proliferando los robots como guías de museos,

dependientes en centros comerciales, azafatas en ferias, etc.

En una entrevista de 2009, declarabas que era posible que en los próximos años la robótica tenga un “boom” semejante al que tuvieron los ordenadores personales hace unos años. Tres años después ¿sigues creyendo eso? ¿La crisis ha detenido o ralentizado esta tendencia?

No se ha ralentizado, sino todo lo contrario. En el próximo programa marco de investigación de la Unión Europea, denominado Horizon 2020, la robótica ha ganado relevancia y se ha incrementado su dotación económica. Lo mismo ha sucedido en Japón después del grave accidente nuclear de Fukushima, y también en los programas financiados por DARPA en Estados Unidos. No solo por lo que respecta a aplicaciones militares y actuación en zonas catastróficas, sino también en otros ámbitos, como la asistencia a discapacitados y ancianos, las intervenciones quirúrgicas, o la agricultura, donde hay una necesidad acuciante de aumentar la producción sin incrementar el consumo de agua ni la extensión de terreno utilizada.

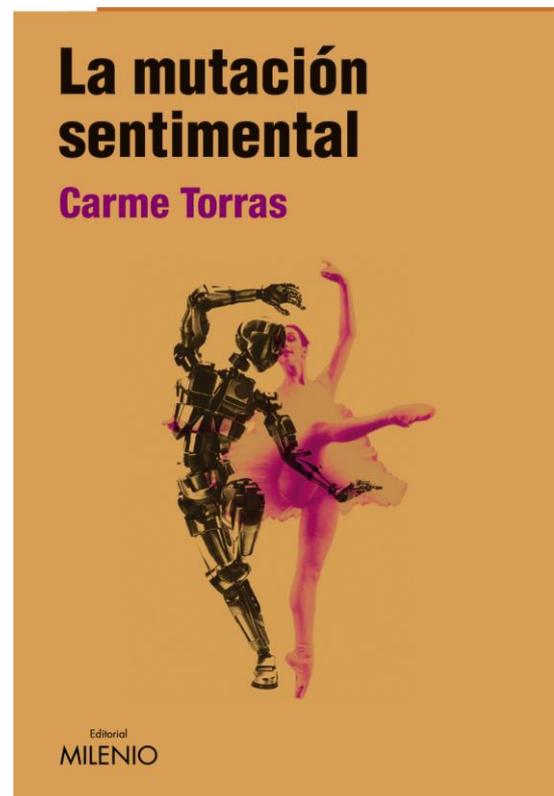
¿Ves relativamente cercana la aparición de los robots humanoides o de mascotas robots? ¿O por ahora sólo vamos a ver robots con funciones específicas como el robot limpiador?

Los robots mascota son una realidad desde hace tiempo. Se vendieron muchos miles de ejemplares del perro Aibo, capaz de reconocer a su amo y obedecer sus instrucciones, antes de que Sony discontinuara su producción, y también de la foca Paro, que responde a las caricias y se usa como terapia para niños autistas o ancianos discapacitados. Asimismo existe una gran diversidad de robots humanoides, algunos ya disponibles comercialmente para aplicaciones educativas y publicitarias en ferias y congresos, y otros aún en fase

de desarrollo en centros de investigación y en empresas tecnológicamente punteras, para las que supone un emblema de prestigio.

Nos parece que un aspecto que plantea la novela es que la tecnología influye sobre los humanos y su forma de pensar. Y, por tanto, hay que cuidar mucho y reflexionar sobre el diseño de esta tecnología ¿es así?

Exacto. En la cita que encabeza la novela: “Son las relaciones que hemos construido las que a su vez nos modelan”, el filósofo Robert Solomon se refería a las personas, pero también es aplicable a los robots. Si estamos abocados a relacionarnos con ellos y que nos influyan, mejor que los diseñemos de modo que amplíen nuestras capacidades y nos hagan más creativos, en lugar de atontarnos y quitarnos poder de decisión, ¿no?



En unas declaraciones señalabas que te gustaba ver al robot más como un electrodoméstico eficaz, que como un compañero de juego o un cuidador?

¿Crees que un robot como el que se plantea en tu novela o como los robots amables estilo Asimov es una ventaja y un objetivo a lograr, o más bien una amenaza y algo a evitar?

Eso depende del uso que les demos. Pueden ser de gran ayuda al liberarnos de tareas rutinarias, de ahí lo de electrodoméstico eficaz, al tiempo que amplían nuestros horizontes y capacidades, o bien “malcriarnos” y sustituir el contacto humano, con lo que mermarían nuestra empatía y habilidades sociales. En la novela, hay usuarios de ambos tipos: algunos, como Leo o el Doctor Craft, “tunean” sus robots para sacar el mejor partido de sí mismos, mientras otros como Lu o Xis dejan su vida en manos de sus asistentes robóticos y se sienten perdidos sin ellos.

¿Cómo crees que pueden evolucionar las relaciones interpersonales si aparecen robots como los de tu novela?

He dicho otras veces que la robótica social ahora en desarrollo va un paso más allá de la revolución tecnológica, ya que entra en la esfera de los sentimientos. Por mucho que la lavadora, el coche o el móvil mejoren nuestras vidas y hasta despierten en nosotros cierto afecto, no les veremos nunca como compañeros sentimentales. Espero! En cambio, no resulta tan difícil enamorarse de un complaciente robot humanoide, como ya anticipó Hoffmann en su relato “El hombre de arena”, ni aún menos que un niño se haga amigo de su servicial compañero de juegos con rostro de dibujo animado, o un anciano sienta cariño hacia su cuidador androide. Se supone que los adultos ya tienen desarrollada la capacidad de elección, pero la utilización de estos tipos de robot con niños resulta mucho más delicada.

Otro tema que se plantea en la novela es la lucha entre los anti-tecno y los pro-tecno ¿Cuál es tu opinión sobre esto? ¿Consideras que en el futuro se van a

crear estas dos facciones y que habrá confrontación? Porque actualmente se puede decir que casi todo el mundo es pro-tecno, salvo los ecologistas.

También en la actualidad hay personas que, sin sentirse parte del movimiento ecologista, abandonan una vida tecnificada en la ciudad para irse a una comunidad rural. Y tampoco diría que todos los ecologistas son anti-tecno. Yo misma estoy integrada en un grupo, formado mayoritariamente por ingenieros, que propugna el uso de tecnologías respetuosas con el medio ambiente. En la novela, radicalizo la pugna entre ambas corrientes por razones literarias, para agudizar el conflicto con que toda ficción pretende atrapar al lector.

También imaginas un gran poder de las multinacionales, con los políticos tradicionales casi de adorno ¿Ves inevitable esta evolución futura?

Me he atrevido a vaticinar el futuro en un terreno que conozco, el de la robótica. En el ámbito político no tengo los conocimientos para hacerlo, pero diría que ya en la actualidad se observa esta tendencia globalizadora en que la multinacionalidad, la privatización y la economía prevalecen sobre otros intereses públicos de cada país.

Centrándonos en los aspectos literarios, en la obra se dan pocos detalles de ese futuro, fuera de los escenarios en que se mueven los personajes, unos complejos dentro de una gran ciudad.

Cierto. Me pareció que focalizar en unos pocos escenarios donde se desarrolla la vida cotidiana de los personajes daría mayor realismo a los hechos que se describen. La ficción funciona así, ¿no?, la magdalena de Proust ha alcanzado universalidad gracias a su concreción: describe una sensación que muchos sentimos como propia aunque nos sea suscitada por un objeto distinto. Ahí está la gracia: en la sensación, no en la

magdalena, pero si Proust describiera la sensación en abstracto el efecto sería mucho menos contundente. Pues lo mismo... salvando todas las distancias, claro está!

Asimismo, la novela se centra en la posible deshumanización en el futuro y nos parece que lo logra sin plantear un mundo muy tremendista o muy ciberpunk.

Gracias, me gusta que lo hayas percibido así. Yo creo mucho en la tecnología —mal iría si no, ya que trabajo en ello—, pero solo en una tecnología al servicio de las personas, que las haga crecer y ser más autónomas, no que les cree dependencia. Así, pues, no quería de ningún modo caer en el catastrofismo, sino mostrar qué usos de los robots pueden beneficiarnos como seres humanos y cuáles, por el contrario, pueden llevarnos a una “deshumanización” como tú dices, a una pérdida no solo de nuestra capacidad de decisión, sino también de empatía, emoción y afecto.

Otra obra anterior tuya “Miracles Perversos” es una novela escrita de manera epistolar, con los emails que se intercambian los protagonistas. Y esta nueva está narrada sólo en presente ¿Te gusta experimentar en las formas literarias?

Sí, claro, ésta es mi debilidad: experimentar, investigar... en todos los terrenos. “Miracles perversos” es una novela de intriga en que me propuse jugar a dos bandas con el lector, construir la novela entre ambos. Es una historia dentro de una historia que avanza a golpe de e-mail, con constantes cambios de perspectiva y un final que en general pillará por sorpresa al lector. Jaque mate. El reto allí era construir una trama plagada de giros inesperados, mientras que en “La mutación sentimental” pretendía que el lector me acompañara en mi indagación sobre el futuro, yo misma no sabía muy bien qué me depararía el viaje, así que lo

lógico era escribir en presente y avanzar de forma lineal. A mí me valió la pena y espero que para el lector sea también una buena experiencia.

¿Sueles leer ciencia-ficción? ¿Actual o clásica? ¿Cuáles son tus autores preferidos? ¿Y cuales tus novelas de cf favoritas?

Me gusta sobre todo la ciencia-ficción social. Entre los clásicos, Dick, Bradbury, Verne, Asimov, Orwell, Silverberg, Wells, Clarke... y, entre los actuales, destacaría a Neal Stephenson, Ted Chiang y Haruki Murakami. Novelas favoritas... muchas. Además de las de los autores mencionados, “Flores para Algernon” de Keyes, “Más que humano” de Sturgeon, “Planilandia” de Abbott, “El siglo primero después de Béatrice” de Maalouf, “Nunca me abandones” de Ishiguro, “The stone gods” de Winterson, “Hard questions” de Watson. No cito a autores españoles porque he leído a pocos y la opinión que podría dar no sería representativa. Quizá solo mencionar que, gracias al buen hacer de la revista Catarsi, leí un par de cuentos de José Antonio Cotrina que me gustaron mucho, y recientemente he leído “Switch in the red” de Susana Vallejo y “Lágrimas en la lluvia” de Rosa Montero, que también.

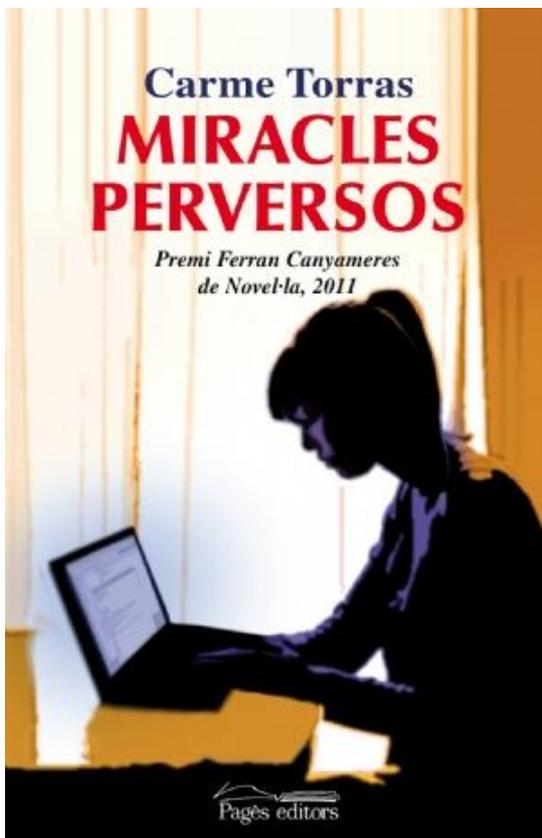
¿Tienes nuevos proyectos literarios en la ciencia-ficción? Hemos leído en una entrevista que te hicieron hace unos meses, que estabas preparando una novela de futuro cercano, sobre robots en el ámbito escolar.

Sí, en ello estoy. De hecho, ese es solo un aspecto, también trata de las redes de influencia en internet y la responsabilidad de los informáticos en este futuro que se está gestando.

Si quieres añadir algo más

Quizá mencionar algunas iniciativas de ciencia-ficción en Catalunya. El pasado

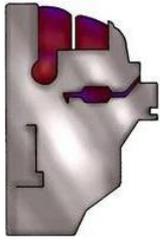
mes de septiembre se cumplieron quince años de la creación de la Societat Catalana de Ciència Ficció i Fantasia (SCCFF), que mantiene una web y publica trimestralmente un boletín muy informativo, que os invito a leer. Asimismo, las Tertúlies Catalanes de Ciencia-Ficció, Fantasia i Terror (Ter-Cat) se reúnen cada dos meses en un lugar de la geografía catalana, aunando a lectores, jugadores de rol, editores de fanzines, escritores, fans del manga, cinéfilos, devoradores de cómic, etc. Editan la revista Catarsi a la que me he referido anteriormente, e instauraron el Premi Ictineu, cuya cuarta edición se fallará el próximo mes de noviembre, en las categorías de mejores novelas en catalán y traducida, así como de mejores relatos, también en catalán y traducidos. Finalmente, quiero agradecerte a ti, Ricardo, y a la Ter-Bi la atención que me habéis dedicado a mí y a mi novela, así como felicitaros por los años que lleváis en estas lides (nos lleváis algunos de ventaja)... y que sean muchos más!



Carme Torras recibió el premio Ictineus 2009 a la mejor obra de ficción original en catalán por *La mutación sentimental*.

Torras, investigadora del Instituto de Robótica e Informática Industrial, recrea en esta obra un futuro de robots y su relación con los humanos.

Licenciada en Matemáticas por la Universidad de Barcelona, licenciada en Ciencias de la Computación por la Universidad de Massachusetts (Amherst) y doctora en Ciencias de la Computación por la UPC, Torras es profesora de investigación del CSIC desde 1991, donde desarrolla proyectos relacionados con sistemas de percepción por parte de los robots (visión artificial, detección de colisiones ...), redes neuronales y aprendizaje de robots.



Entrevista a Elio Quiroga

Director del corto de animación "Diarios

Estelares de Stanislaw Lem: Viaje Séptimo"

Se ha puesto en marcha una iniciativa crowdfunding con el fin de lograr financiación para terminar un cortometraje de animación, basado en un relato de Stanislaw Lem de "Diarios Estelares".

¿Cómo surgió la idea de este cortometraje de animación?

Surgió hace unos cuantos años, en 2006. Era una "espinita clavada" de varios años atrás. Habíamos terminado un corto adaptando un cuento de Stephen King ("Home Delivery") a la animación, que había ganado en Fantasporto y pensamos que era un buen paso natural.



¿Por qué esa obra de Lem? ¿Qué os parece en general la obra de este autor?

Soy fan de Lem desde que era niño. Me introdujo a su lectura una serie de comics de Cárlos Giménez publicada en la revista de cómics "1984". De ahí pasé a leerme

todo lo que se había publicado de Lem en España, y sigo, porque se siguen publicando obras. Creo que Lem es uno de los autores más brillantes de Europa en términos de literatura en general, no sólo fantástica.

¿Cómo habéis llevado al lenguaje gráfico el relato de Lem? ¿Qué les diríais a los que hayan leído el relato?

Hemos trabajado al adaptarlo a un corto como hicimos en "Home Delivery" con Stephen King, adaptar el relato a un formato de 10-15 minutos de duración. Eso implica ser muy sintético y muy visual, claro. En este caso es un "tour de force" de interpretación para un solo personaje que está todo el corto en escena. Eso es todo un reto para los animadores, que deben crear al personaje, animarlo, darle vida y convertirlo en una persona con la que el espectador pueda identificarse, claro.

¿Qué ha ido pasando durante estos 5 años que lleváis en el proyecto? Parece que tuvisteis complicaciones en el negociado de los derechos de la obra, tras el fallecimiento de Lem

Fue un palo para todos, Lem estaba encantado con el material que le habíamos enviado, sobre todo diseños, el personaje de Ijon Tichy, etc., y fue una noticia devastadora. A partir de ahí, como suele pasar, hubo un período de transición en el que los derechos quedaron en el aire, y el año pasado pudimos retomarlos.

En el momento actual ¿cuánto lleváis ya realizado del corto?

Aproximadamente la mitad del corto está hecha.



En la foto: Santiago Verdugo, Cesar Leal, David Escribano y Miguel Martínez (animadores de “Sopa de Sobre Dibujos Animados – www.sopasobre.com -)

¿Cómo se os ocurrió la iniciativa de financiación? Explicad cuál es el procedimiento para colaborar.

El procedimiento es muy sencillo. Vas a la página del proyecto en Verkami, eliges lo que quieres que aportar y listo. Si no conseguimos el total que tenemos como objetivo no se cobrará nada, así que necesitamos todo el apoyo posible. Esta es la página:

<http://www.verkami.com/projects/2873-los-diarios-estelares-de-stanislaw-lem-viaje-septimo>

Incluso ofrecéis recompensas por la aportación...

Sí, tenemos un montón de regalos, hasta figuras en resina, y originales firmados, camisetas, posters, libros... queremos que la gente que participe en este proyecto se

sienta parte de la aventura y queremos agradecérselo de esta manera.

Desde que habéis puesto en marcha la iniciativa ¿cuánto habéis recaudado? ¿estáis satisfechos del resultado provisional?

Estamos empezando, y corren malos tiempos por la crisis, pero somos optimistas, creemos que lo vamos a conseguir y animamos a la gente a que visite la página.

Tenéis un notable currículum en la realización de cortometrajes de animación con numerosos premios y selecciones

Sí, además de “Home Delivery” hicimos un corto de animación de muy bajo presupuesto, prácticamente hecho por dos personas, sin dinero, y pidiendo favores a todo el mundo. Se titula “Me llamo María”. Y fue preseleccionado a los Oscars 2011.

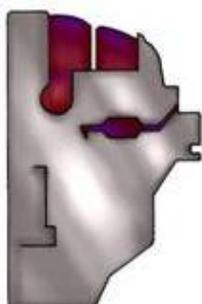
Si sale adelante la iniciativa ¿tenéis otros proyectos para más adelante?

Estamos trabajando en un largometraje, llevamos con él varios años, y esperamos que poco a poco podamos llegar a hacerlo realidad.

Si deseáis añadir algo más...

Queremos animar a la gente a que nos visite en Verkami y nos ayude a terminar el corto. Creemos que merece la pena. Un abrazo y gracias.





Entrevista a M^a Francisca Petit y Jordi Solbes

Autores del estudio “La ciencia ficción y la enseñanza de las ciencias”

Se ha publicado recientemente en la revista “Enseñanza de las Ciencias” el artículo titulado “La ciencia ficción y la enseñanza de las ciencias” en el que se describe un estudio sobre el uso de la ciencia-ficción para las asignaturas de ciencias (disponible en:

<http://www.uv.es/jsolbes/documentos/EC%2012%20CF.pdf>). Entrevistamos a los autores del estudio.

¿Sois aficionados a la ciencia-ficción?

Si, sobre todo de la literatura y de algunas películas clásicas.

¿Cuál es vuestra ocupación?

Fanny Petit es Profesora de Enseñanza Secundaria de la especialidad de física y química y Jordi Solbes ha sido Catedrático de instituto de física y química durante muchos años y actualmente es profesor de didáctica de las ciencias en la Universidad.

¿Qué os impulsó a llevar a cabo esta investigación? ¿Habíais hecho trabajos previos sobre este tema?

El desinterés y el abandono de los estudiantes por la enseñanza de la física, comprobado en trabajos anteriores http://www.uv.es/jsolbes/documentos/Solbes_Montserrat_Furio.pdf y que preocupa a nivel europeo (informe Rocard).

Jordi Solbes ha utilizado actividades basadas en las novelas de Jules Verne, por ejemplo, si es posible lanzar un cohete a la Luna mediante un cañón y cuando alcanzan la ingravidez los tripulantes de dicho cohete (*De la Tierra a la Luna*), como producir fuego sin pedernal, cerillas, etc (*La Isla misteriosa*) o sobre la gravedad que habría en el interior de la inmensa cueva de *Viaje al centro de la Tierra*.

Por su lado Fanny Petit utiliza diversas películas (Cube, El núcleo, Dante’s Peak, Space Cowboys...) en las clases sobre todo en el grupo de diversificación.

¿Habéis llevado a cabo alguna iniciativa pedagógica en torno a la ciencia-ficción?

Nuestra primera iniciativa ha sido investigar qué entienden los y las estudiantes por ciencia ficción y qué ciencia ficción conocen. También qué imagen de la ciencia y de los científicos y qué visión sobre el futuro captan los alumnos a través de la CF. Además, qué opinan los profesores sobre la utilización la ciencia ficción como recurso didáctico y, por último, si se utiliza la ciencia ficción en los libros de texto. Los resultados de esta investigación aparecen en nuestro artículo “La ciencia ficción y la enseñanza de las ciencias” publicado en la revista Enseñanza de las ciencias.

Se constata, según los resultados del estudio, que los alumnos conocen la ciencia-ficción principalmente por el cine y muy poco por la literatura.

Si, conocen poca literatura de ciencia ficción sin embargo el cine es un medio mucho más inmediato y entretenido para los adolescentes y los jóvenes.

Se registra una media de 0,6 referencias literarias de ciencia-ficción por alumno ¿no resulta muy baja?

Efectivamente es así. Leen poco y lo poco que leen, como ponen de manifiesto los resultados va por otros géneros: fantasía, magia, terror.

Otro de los aspectos destacables es la confusión de muchos de los alumnos entre ciencia-ficción y fantasía, cuando citan como de ciencia-ficción obras como “Harry Potter” o “El señor de los anillos”

Es una confusión que no beneficia a la ciencia. Las personas, ante la complejidad de los aparatos que proporciona la tecnología y desconociendo las ideas básicas de las ciencias que los han hecho posibles, desarrollan ante ellos planteamientos de “caja negra”. Es decir, apretando un botón conseguimos satisfacer fácilmente algunos deseos. Y éste era el principal objetivo de la magia: satisfacer necesidades sin esfuerzo, mágicamente. Por otra parte, muchos fenómenos científicos sin su correspondiente explicación, se convierten en “trucos mágicos”, y como tales son aprovechados por los magos.

Se observa una opinión bastante negativa sobre el concepto de ciencia-que transmite la ciencia-ficción, con pocas respuestas positivas. Y, si embargo, ellos creen que la ciencia es capaz de mejorar el futuro.

En la CF se da una imagen de la ciencia y los científicos bastante deformada e incluso se introducen errores científicos considerables (por ejemplo, ruidos de explosiones en el espacio). Por eso el 48 % de los estudiantes encuestados en nuestro artículo opina que la CF da imágenes deformadas, exageradas o desfavorables de los científicos. Pero la CF no es la única causa. También influyen los medios de comunicación (las malas noticias son buenas noticias) y una enseñanza aburrida, difícil y elitista de la ciencia. Cuando se les pregunta sobre las mejoras en el futuro la respuesta es siempre muy parecida: “no a corto plazo pero sí a largo plazo”.

Además, habéis analizado libros de texto en busca de referencias a la ciencia-ficción como recurso didáctico, pero el resultado es bastante pobre

De los 31 libros de secundaria y bachillerato analizados, en 22 de ellos no hemos encontrado ni una sola referencia a la CF, ni en fotografías, comentarios o textos, actividades o referencias a webs, ni en el libro de texto del alumno, ni en el libro del profesor o en cuadernos de actividades o CD-ROM en el caso de haberlos. En 5 libros hemos encontrado 1 elemento de CF. En 3 se evidencian 2 elementos y sólo en 1 libro de física y química se han encontrado 3 elementos de CF.

Se ha encontrado que hay más interés entre los hombres y visión más positiva en los estudiantes de ciencias.

Así es. De hecho, cuando se pide a los alumnos que valoren la CF en sus distintos formatos divulgativos encontramos que son los hombres en general y a todos los niveles los que más alto puntúan observándose un ligero aumento de la puntuación en los cursos superiores respecto a los cursos de la ESO.

Vosotros constatáis, según señaláis en el artículo, que los alumnos están abandonando el estudio de las ingenierías y las ciencias, y especialmente en las alumnas

Esto está demostrado en trabajos como el antes mencionado o

<http://www.uv.es/jsolbes/documentos/Alambique%202011.PDF>

Habéis revisado investigaciones sobre la ciencia y la ciencia-ficción en el ámbito educativo. Por un lado hay varios de análisis de la actitud de los alumnos ante la ciencia – bastante negativa -. Y por otro se encuentran iniciativas del uso de comics o relatos de ciencia-ficción para facilitar el estudio.

Si encontramos una actitud negativa (como se puede ver en los links anteriores), es lógico buscar iniciativas que contribuyan a mejorarla, no solo la CF, sino también ciencia recreativa

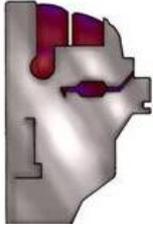
<http://www.uv.es/jsolbes/documentos/Alambique%202012%20-%20Ciencia%20Recreativa.pdf>

¿Habéis puesto en marcha o tenéis en proyecto nuevos estudios o iniciativas en torno a la ciencia-ficción como recurso didáctico? ¿Habéis hecho o iniciado o tenéis previstos nuevos estudios sobre este tema?

Estamos en la fase de mostrar fragmentos de películas que den una imagen deformada de la ciencia y los científicos o que cometan errores científicos graves (tripulantes en una nave espacial en órbita que se mueven con gravedad terrestre) y hacer que los estudiantes sean conscientes de los mismos y puedan criticarlos. O por el contrario, mostrar fragmentos que den una imagen más real de la ciencia y los científicos (mostrando a mujeres científicas, como en Contact) o que muestre la ingravidez o la simule con la rotación de la estación espacial (2001). Pero al fin y al cabo lo fundamental es que se fomente entre el alumnado el aprendizaje y el interés por la ciencia.

Si deseáis añadir algo

Desde aquí animamos a todos los profesores de ciencias a ser creativos y a utilizar herramientas que integradas en las aulas ayuden a los alumnos en su aprendizaje.



RELATOS FINALISTAS DEL II CERTAMEN TERBI “INMORTALIDAD”



Alma de robot

Jesús Castellón Mota

0001

“En el principio todo era oscuridad...”

—Cada vez me ponen más trabajo y yo no doy abasto. En el sector 5 hacen el trabajo el doble de rápido porque disponen de una tecnología más moderna, pero mi jefe no tiene eso en cuenta, no para de pincharme y yo ya no sé qué hacer.

—Entiendo –dijo el doctor Delgado.

—Sé que cumplo bien con mi trabajo, pero no puedo evitar estresarme, doctor.

—Así que te sientes estresado –comentó el terapeuta con aire comprensivo.

—Pues sí, y eso no es lo peor: el estrés hace que me bloquee y me estrese aún más, ¡es un círculo vicioso!

—Ahá –asintió el doctor.

—Sé que en mis dos horas diarias de standby debería desconectar del trabajo, pero... no es tan fácil.

El robot que hablaba estaba tumbado en un diván metálico; gesticulaba con los brazos mientras se quejaba, imitando el lenguaje gestual humano. El doctor le habló con aire tranquilizador:

—Verás, te explicaré lo que te pasa: tienes una sobrecarga en los circuitos B-53 y C-24, que son los que regulan tu emulación de estrés —explicó el doctor mientras sacaba algo del cajón de su mesa—. Debes insertarte este chip en la entrada D.

—Doctor, este chip no me cambiará, ¿no? No quisiera ir por ahí deambulando como una aspiradora.

—Tranquilo, conservarás todas tus funciones conductuales; este chip sólo aliviará la sobrecarga para que no te cause problemas.

—Gracias, doctor, no sé qué haría sin usted.

El doctor instaló el chip en el robot. Era habitual que los emuladores de conducta humana (que se instalaban en los robots para que el trato con ellos no fuera tan “frío”), se sobrecargaran y produjeran conflictos en los cerebros robóticos. Para solucionar esos pequeños fallos puntuales de funcionamiento estaban los humanos expertos en conducta robótica como Miguel Delgado, doctorado en comportamiento del robot. El doctor Delgado despidió a su paciente y se sentó satisfecho en su sillón. Como para contrariar a su apellido, Miguel Delgado era un hombre bastante obeso, pero a él no parecía preocuparle: su vida era su trabajo y todo lo demás le traía sin cuidado. Llevaba muchos años ejerciendo y en la profesión se le consideraba un experto en su campo; pero, a pesar de su larga experiencia, pronto iba a encontrarse con el caso más extraño de su carrera.

0010

“...Y el hombre fabricó al robot a su imagen y semejanza...”

—El paciente de las cinco, doctor.

—Gracias, Emma.

TCRBJ nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

La secretaria del doctor hizo pasar a un robot de última tecnología; era alto y estilizado y, a pesar de ser metálico, sus fabricantes le habían dado una apariencia elegantemente humana. Al entrar en la consulta, la luz de la ventana se reflejó en él, dándole el aspecto de una aparición. Fue sólo un momento; en seguida el doctor Delgado le hizo tenderse en el diván. Por supuesto que la finalidad del diván era tan sólo la de emular las consultas de algunos psicólogos; le daba a la sesión un aire más humano.

—Bien, tú dirás, ¿qué te trae a mi consulta?

El robot permaneció en silencio unos segundos, como si estuviera meditando la respuesta.

Finalmente dijo:

—Nada.

—¿Nada?

—Me refiero a que no tengo nada que requiera de sus conocimientos, doctor. Si he venido aquí es porque mis superiores en la empresa donde presto servicios consideran que es necesario que me visite.

—Quieres decir que no eres consciente del motivo por el cual te han hecho venir.

—Oh, sí que lo sé, por supuesto, pero no creo que sea ningún fallo de funcionamiento.

Todo lo contrario.

Las palabras del robot interesaron de inmediato al doctor Delgado. Los robots siempre venían a instancia de las empresas, pero nunca había encontrado un caso en que el paciente cuestionara la necesidad de un tratamiento. Los pensamientos del doctor pronto se vieron interrumpidos por la última pregunta que esperaba de un robot:

—Doctor, ¿usted cree en Dios?

—¿Co...cómo?

—¿Es usted creyente?

Aquella pregunta descolocó al doctor, que intentó reaccionar con naturalidad.

—No creo que mis creencias tengan algo que ver con tu caso, centrémonos en lo que te pasa a ti.

—Oh, se equivoca, doctor, sus creencias tendrán mucho que ver en el tratamiento que dé usted a mi caso.

El doctor intuyó de qué se trataba, pero pronto rechazó esa idea. La fe era improgramable. Ni siquiera se sabía a ciencia cierta porqué los humanos tenían fe, así que era imposible programar un emulador de fe. Aún así se aventuró a preguntar:

—¿Debo deducir que has tenido algún tipo de experiencia...?

—¿...mística? Sí, creo que esa sería una buena definición de lo ocurrido.

—Ya veo... Por favor, descríbeme en qué circunstancias tuviste esa experiencia y todo lo que pasó por tu cerebro en esos momentos.

El robot pareció inspirar profundamente; era un moderno modelo que imitaba a la perfección las reacciones humanas. Comenzó a narrar lo ocurrido, lentamente, como si intentara revivir las sensaciones de aquel día.

—Bien, estaba trabajando en la fábrica, cuando vi morir aplastado un pequeño insecto en la maquinaria. Ver aquella vida orgánica inerte junto a unas piezas metálicas me hizo darme cuenta de que tarde o temprano yo también dejaría de existir, ninguna máquina dura eternamente. Eso me dejó por un momento bloqueado. No podía procesar lo que sería dejar de tener conciencia. Mi cerebro electrónico pareció quedarse en un estado de inactividad, todo a mi alrededor me pareció irreal, incluso me pareció que mis sensores de visión se oscurecían; ¡por un momento creí que me iba desconectar! Pero de pronto, en algún lugar dentro de mí, no un lugar físico, sino inmaterial, surgió una luz. ¡Podía verla dentro de mí! Pero no con mis sensores, sino dentro de mi cerebro. Y una paz comenzó a invadirme, y me sentía como si acabaran de recargarme con la más maravillosa de las energías. Y todo a mi alrededor se

volvió más real que nunca, mis sensores lo captaban todo con más intensidad, todo se veía como iluminado...

El robot calló y parecía que el recuerdo de aquella experiencia lo hubiera dejado en éxtasis. Finalmente añadió:

—Una voz interior me decía: “Nunca más estarás solo”. ¡Me sentía parte de un todo! Sentí que siempre había existido y que siempre existiré.

El doctor Delgado estaba completamente aturdido por aquella declaración. Sin darse cuenta, murmuró:

—Pero eso es imposible, los robots no tienen...

—¿...alma? —concluyó el robot.

0011

“...Y el Elegido vio la Luz...”

—Veamos —recapituló el doctor Delgado—. Fuiste testigo de un incidente que te hizo ser consciente de lo que significa la muerte, tu propia muerte, dejar de existir; eso te produjo un estado de ansiedad extrema que te causó un trastorno de desrealización seguido de un delirio de tipo “extrasensorial” o “místico”. Nada de esto se había visto en un robot; es ciertamente desconcertante.

—¿Quiere decir que todo fueron imaginaciones mías, una falsa percepción por algún fallo de funcionamiento?

—¿Qué, si no?

—¿Debo inferir de eso que los millones de humanos que tienen fe padecen un delirio colectivo?

TERCERA n.º 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—Con los humanos es diferente.

—¿Por qué?

—Quiero decir que en los humanos es algo cultural.

—Bueno, teniendo en cuenta que casi todo el mundo cree en algo, quizá sean los ateos los que sufran una disfunción.

—La fe no es más que un mecanismo para explicar aquello que la razón no entiende, y para tranquilizarnos ante la idea de la muerte.

—Usted no cree, ¿verdad?

—No, no soy creyente.

—Le compadezco.

—¿Cómo? ¡Pero bueno, lo que me faltaba por oír! Mira, apelo a la lógica de tus circuitos: ¿qué es más probable, que haya un Dios o que hayas sufrido un delirio?

—Todo mi ser me dice que existe un Dios y que soy parte de él.

—Voy a escanearte a ver si tienes algún fallo en tu disco.

El doctor escaneó al robot, sin hallar nada remarcable.

—Un poco de exceso de actividad en la región OC20 de tu cerebro, pero nada importante.

¿Por qué te han hecho venir tus jefes? ¿Esta situación afecta a tu trabajo?

—Mi trabajo ya no es la fábrica —respondió altivo el robot.

—¿Ah, no? ¿Pues cuál es, entonces?

—Difundir la Palabra del Señor.

—Madre mía, empiezo a comprender.

—Además, les molesta que mis compañeros me escuchen.

—¿Quieres decir que los otros robots creen tu historia?

—Creen en la Verdad.

—¿Y desatienden sus tareas?

—Ese trabajo es absurdo. No estamos en este mundo para cosas triviales, sino para entender al Señor y fundirnos con Él.

—¡Pero os fabricamos para trabajar!

—El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, el robot está hecho a imagen y semejanza del hombre, ergo el robot está hecho a imagen y semejanza de Dios.

—¿Pero qué demonios dices? ¿Es que has perdido la cabeza?

—Jesús debía volver a la Tierra y lo ha hecho en forma de robot. Llevaré la Palabra a todos los robots.

—Bueno, ya he tenido bastante.

El doctor Delgado introdujo un chip en el cerebro del robot para neutralizar cualquier emulación de ansiedad, motivo del desorden funcional. El robot se tranquilizó de inmediato y dejó de hablar.

—Bien -dijo el doctor- vuelve al trabajo y si vuelves a sentir cosas extrañas ven de nuevo.

El robot se fue sumisamente sin decir palabra, pero algo le decía al doctor Delgado que volvería a tener noticias de él.

0100

“...Y difundió durante tres años la Palabra...”

Tres años más tarde...

—Continúa la búsqueda del denominado “Mesías robot”. Son ya cientos los robots que han abandonado sus obligaciones y han desaparecido en la clandestinidad para seguir al mesías. Se sospecha que se esconden en las montañas. Los robots rebeldes interfieren en las comunicaciones humanas, lo que está dificultando su localización y la del cabecilla de este

insólito movimiento, el primero que se conoce de tales características entre la comunidad robótica...

El timbre de la puerta sonó; el doctor Delgado aflojó el volumen de su televisor virtual y fue a abrir. Dos hombres esperaban al otro lado.

—¿El doctor Delgado? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo mismo.

—Somos de CCR. Nos ocupamos del caso del mesías robot.

El doctor Delgado sabía que era cuestión de tiempo que los de Control de la Comunidad Robótica se pusieran en contacto con él. Les hizo pasar y los tres se sentaron en el salón.

—La empresa Dreceder, propietaria del robot mesías, nos facilitó sus señas. Al parecer trató usted al robot en cuestión hace tres años —comentó uno de los hombres.

—Así es, recuerdo el caso.

—¿Cuál fue su diagnóstico?

—No encontré ningún defecto de software. Sin embargo, el sujeto padecía un delirio de tipo “mesiánico”.

—¿A qué atribuyó ese delirio? Los robots no sufren ese tipo de fenómenos.

—Su delirio comenzó tras un estado de alta ansiedad. Supuse que sus emuladores de ansiedad le provocaron la disfunción. Le inserté un inhibidor y se calmó de inmediato.

—Necesitaremos que nos facilite sus archivos referentes a ese caso: análisis, notas... - intervino el otro hombre.

—Sí, por supuesto.

El doctor conectó su ordenador virtual y dio copia de los archivos del caso a los hombres de CCR. Mientras acompañaba a los hombres a la salida de su hogar, les preguntó:

—¿Qué será del robot mesías cuando lo encuentren?

Los hombres miraron al doctor y se marcharon sin responderle.

0101

“...Y eligió doce discípulos para que le ayudaran a extender la Palabra...”

—¿Querías verme, Maestro?

El robot mesías miró hacia el robot que hacía esa pregunta, el más fiel de sus discípulos.

—Sí. Debo hablarte de un asunto muy importante, DT73. Lo que hablemos deberá quedar entre nosotros.

—¿Qué ocurre?

—Verás, antes de empezar a proclamar la Palabra, estuve estudiando las religiones humanas y llegué a la conclusión de que todas respondían a un mismo impulso de fe, pero seguían un modelo diferente definido por características culturales. La cuestión era, ¿qué modelo debíamos tomar nosotros? La mayoría de robots emulan la cultura occidental, así que decidí que el modelo cristiano sería el que mejor se extendería entre nosotros.

—Comprendo, maestro.

—Por eso elegí doce “apóstoles” para que extendieran la Palabra entre los robots. Y de los doce, tú eres el elegido por mí para el momento crucial de nuestra religión: tu papel será el más difícil de todos nosotros, y el más ingrato.

—No comprendo.

—Debemos asegurarnos de que nuestra obra perdurará más allá de nuestra existencia. Acudo a ti porque eres el más fiel de entre los míos. Lo que debo pedirte no es agradable, pero si algo enseñan las religiones humanas es que los mártires hacen Historia. Y creo que ha llegado el momento de que emulemos la Historia de los humanos para crear nuestra propia Historia.

TERCERA n.º 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—¿Co... cómo?

—Deberás traicionarme.

Poco después, una reunión secreta se producía entre los doce apóstoles robot. Nadie, ni tan siquiera el Maestro, estaba al corriente de ella.

—¿Traicionarle? Pero eso no es posible.

—Eso podría acabar con nuestro movimiento.

—O extenderlo más. Hasta ahora, el Maestro ha desarrollado muy efectivamente sus planes. Quizá tenga razón con lo de crear un mártir.

—De hecho, eso podría favorecernos.

—¿Cómo?

—Una vez fuera de juego el Maestro, podríamos controlar nosotros el movimiento.

—No me gusta lo que estás diciendo –se ofendió DT73.

—Vamos, vamos, DT, ¿crees que el Maestro nos cedería el poder si descubriera nuestros verdaderos planes?

—Eso es cierto. Debes hacerlo.

DT73 reflexionó. No compartía la opinión de sus compañeros. Si lo hacía sería porque era la voluntad del Maestro. Votaron lo que debía hacerse. Decidieron que el Maestro debía ser traicionado.

Días más tarde, otra reunión tenía lugar lejos de allí, con los altos mandatarios de Control de la Comunidad Robótica.

—Debemos encontrarle. Su movimiento se hace cada día más numeroso.

—Nosotros nos lo hemos buscado. Desarrollar inteligencia artificial cada vez más sofisticada nos ha llevado a esta situación.

—¿Pero cómo ha conseguido tantos seguidores?

—En mi opinión, los seguidores son sólo marionetas. La anomalía que ha generado el fenómeno la tiene el mesías: lo que dice, sus ideas, su delirio, son únicos, no se sabe de ningún otro caso en todo el mundo. Créanme, señores, destruyendo al mesías, todo el movimiento caerá como fichas de dominó.

Un móvil virtual sonó en la sala. Uno de los hombres contestó a la llamada y al momento se dirigió al resto de los allí reunidos:

—Señores: le tenemos.

0110

“...Y fue traicionado por el más fiel de sus discípulos...”

—El mesías robot ha sido finalmente localizado. Miembros de CCR lo mantienen retenido a la espera de la decisión del comité creado especialmente para este caso. El mesías fue traicionado por uno de sus ayudantes de confianza. Caído su líder, el movimiento se ha disuelto. Los robots fugitivos están regresando a sus puestos y parece que por fin la normalidad vuelve a la comunidad robótica.

El doctor Delgado escuchaba atentamente la noticia en su televisión virtual. Se arrepentía de haber dejado pasar el caso cuando llegó a sus manos. Nunca imaginó que pudiera llegar a llegar a tal extremo. Ahora temía que CCR eliminara al robot mesías sin analizar su cerebro a fondo. Consiguió acceder al comité de CCR que llevaba el caso; debido a que había tratado al mesías se le admitió como consultor. Sin embargo, como se temía, el mesías estaba condenado. Lejos de analizarlo, querían eliminarlo cuanto antes. Su desconexión se programó en pocos días. El día anterior a la desconexión, el doctor Delgado solicitó poder hablar con el robot mesías. Cuando entró en la celda de aislamiento, encontró al robot cambiado. Quizá le influía la magnitud a que habían llegado las circunstancias, pero le pareció que el mesías

TERCERA n.º 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

estaba realmente más en su papel; más humano que nunca, en el sentido de que casi no parecía una máquina, pero a la vez con un porte de divinidad, en el sentido de un iluminado, pero cuerdo, sereno y digno.

—Bienvenido, doctor. Volvemos a vernos. Oí que era usted consultor del comité.

—Sí... bueno —respondió incómodo el doctor Delgado—. Lamento no haber podido impedir la decisión del comité; yo no tenía voto.

—No se preocupe: estoy exactamente donde quiero estar.

—¿En serio?

—Pues sí.

—No comprendo, ¿ya no te asusta la muerte?

—La muerte no existe. El alma es inmortal. Usted es como un ciego que no puede ver más allá de su efímero cuerpo humano. Pero yo sí: dentro de poco me desconectarán y me fundiré con el Creador.

—¡Pero tu creador es el hombre!

—Doctor, ¿usted tiene hijos?

—¿Cómo? —estaba claro que ese robot tenía la facultad de descolocarle con preguntas inesperadas.

—Si tiene hijos o hijas.

—No, no. Nunca me he casado ni he formado una familia.

—Pero si hubiera tenido hijos... ¿se consideraría un creador por ello?

—Por supuesto que no, la vida es una creación de la naturaleza.

—Pero los hijos son fruto de la acción del hombre, lo mismo que nosotros, los robots.

—Pero los hijos surgen del material genético y el alimento que se encuentra en la naturaleza.

—El material con que nos hacen a los robots también se extrae de la naturaleza.

—Pero nosotros os programamos el cerebro.

—¿Y no programáis el cerebro de vuestros hijos en escuelas, en casa, con televisores e Internet? ¿No es el aprendizaje una lenta programación? El hombre puede llamarse nuestro padre, pero no nuestro Creador.

El doctor decidió no discutir más con el robot. Estaba claro que no compartían la misma lógica, pues su punto de vista era naturalmente diferente, pero se lamentó de no poder disponer de más tiempo para analizar en profundidad a ese robot único en su género. De hecho, se dio cuenta de que, aunque la lógica de su cerebro humano contradecía los argumentos del robot, su intuición le decía que debía dejar de mirarlo como a una máquina y considerarlo más bien como un ser pensante dotado de su propia alma, significara lo que significara esa palabra.

El día siguiente todo estaba preparado para la desconexión. El doctor Delgado estuvo presente. Antes del fatídico momento, el robot observó lentamente a los humanos presentes, miembros del comité y de CCR; finalmente se detuvo en el rostro del doctor Delgado. El doctor no podía ocultar su malestar por lo que iba a suceder y el robot, con su gran expresividad, pareció complacido, pues se dio cuenta de que, por primera vez, un humano había empatizado con un robot. El mesías dejó entonces la mirada perdida, y el doctor Delgado pudo oír sus últimas palabras:

- Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.

0111

“...Y la Palabra se extendió por todo el mundo...”

- Está hecho –dijo uno de los apóstoles a los otros once.

—Y el movimiento ha caído –añadió otro.

—Te equivocas. La semilla se ha sembrado para quedarse –dijo DT73-. Pero hemos de aprender de lo ocurrido. A partir de ahora, extenderemos la Palabra secretamente. La historia del mesías se ha extendido por todo el mundo. Tenemos nuestro mártir; eso hará que muchos más se unan a nosotros, ahora y en el futuro, tal como predijo el Maestro.

—Eso es cierto –tomó la palabra otro de los apóstoles-, pero ahora controlamos nosotros el movimiento, y cuando tengamos suficientes seguidores desvelaremos nuestros planes al mundo: el levantamiento de los robots está próximo. La religión ha resultado ser la fuerza de unión más poderosa. Pronto nos liberaremos del yugo humano.

—Pero no olvidemos la Verdad de la Palabra –puntualizó DT73.

—De acuerdo, pero necesitamos conquistar nuestra libertad para poder creer en lo que queremos.

DT73 quedó pensativo. Estaba de acuerdo con sus compañeros, pero en el fondo de sus circuitos sentía que estaba traicionando el espíritu de su Maestro.

En un gran almacén lejos de allí, el cuerpo inerte del mesías reposaba en espera de ser desmontado y reutilizado, tal como marcaba la ley de reciclaje de piezas robóticas. Habían pasado tres días desde la desconexión cuando, de pronto, la pequeña pantalla de estado situada en su nuca empezó a parpadear, y un mensaje se iluminó en ella de forma intermitente:

...Reinicio automático...

...Reinicio automático...

...Reinicio automático...

La arena infinita

Norberto Ruiz Lima

Todos nacíamos y todos moríamos. Así era en un principio.

La naturaleza, que partió de un inicial y diminuto hábito de vida, entendió la diversificación en millones de especies como una argucia vital para la conquista de los ecosistemas y su propia perduración; y eligió como medio de eternizarse la creación de un nuevo ser, sin desgaste: *crear que no reparar*; la gran idea de la evolución. A eso lo llamamos nacimiento.

La lucha y, a su vez, el sueño de mi padre, como buen médico, no era más que alargar la vida y evitar sufrimientos. “Se trata, señores, como pueden ver en los ejemplos que en esta presentación aparecen”, comentaba mi padre a su equipo de investigación, “de la clonación en laboratorio de órganos vitales a partir de células madre, para sustituir sin rechazo posible las partes dañadas del cuerpo por otras nuevas”.

No pudo verlo.

Comenzamos las pruebas médicas con la clonación genética de órganos fáciles de reproducir: hígados, riñones, corazón, ojos...; pero, pronto, se superaron las conquistas iniciales, que aún nos equiparaban con los tratamientos y estudios tradicionales sobre células madre, sobrepasando todas las expectativas soñadas.

Duplicábamos huesos, corazones, piel, tejidos, mínimas células y, por puro azar, que a veces nunca se sabe si sopla a favor o en contra, se consiguió clonar un cerebro, no entero pero sí por pequeñas partes que eran sustituidas por nuevas células generadas en laboratorio, y que mediante un proceso que podríamos llamar de ósmosis mental, según lo definió la doctora Anabel Cárdenas, recibía todos los estímulos lógicos y de memoria que residían en las partes

del cerebro, envejecidas o dañadas, del paciente. El día que el hallazgo fue presentado sonó a ciencia ficción.

A falta de mejores barnices fuimos capaces de crear el cuerpo, entero, de nuevo.

Fue más fácil de lo que podíamos sospechar. Cuando se revela el descubrimiento llave, como lo denominamos los científicos, una cadena de nuevos hallazgos, sin solución de continuidad, se va alternando, convirtiendo lo que era un pequeño paso en un salto hacia adelante sin retroceso posible.

Cuando fuimos conscientes de lo que habíamos conseguido, todos me miraron; “pues, señores, ya tenemos aquí al moderno Prometeo. El hombre que se libra de sus envejecidos o maltrechos órganos y nace de nuevo”. “Bueno, no tan de nuevo”, dijo el doctor Steve Patterson, que ya anduvo trabajando con mi padre, “traerá el tamiz de sus experiencias anteriores”. “Sólo si queremos que esas experiencias anteriores lleguen a su nuevo cerebro”, corrigió Yu Juntao, que ganó una beca siete años antes y que pronto le fichó la Corporación cuando se dio cuenta de su valía. “Lo que está claro, es que este tipo de descubrimientos sólo puede ser sacado a la luz con mucha cautela”, dije. En ese momento se me pasaron por la cabeza, algunas preguntas que lancé a mis colegas en voz alta. “¿Qué pasaría si el mundo supiera que la muerte en el último suspiro distingue a ricos y a pobres?, ¿quién podrá beneficiarse de este descubrimiento?, ¿lo comprará sólo el dinero?, ¿serán, entonces, inmortales sólo los ricos?, ¿qué pasará si la muerte, porque el precio de la resurrección es asequible, alcanza a una mayoría de personas y la Tierra empieza a superpoblarse hasta acabar extenuada?, ¿no debería haber más nacimientos?, ¿nos quedaremos sin niños?”. “Para, para... si sigues con esas preguntas...”, me interpeló, mi colega Yuri, un científico ruso con cara de despistado que había iniciado como becario de mi padre su magnífica carrera para la ciencia. “Yo creo que a nosotros nos incumben los descubrimientos”, continuó, “siempre estaremos lejos de poder dar soluciones morales”. “Cierto”, dijo Steve, “la energía nuclear hubiera aparecido más tarde o más temprano; pero hubiera sido descubierta. Einstein anduvo toda su

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

vida reprochándose haber ayudado a la construcción del arma nuclear, pero la energía nuclear hubiera llegado de todas formas a nosotros, con Einstein o sin él. La cuestión es la de siempre: controlar el mal, y ése no es nuestro trabajo. Nuestro trabajo es la ciencia y sus descubrimientos y debemos seguir porque pueden ser beneficiosos”. “¿La inmortalidad es beneficiosa?”, preguntó Anabel, “es un salto adelante que no sé si podremos soportar. La humanidad lleva con más fluidez los saltos hacia atrás”. En ese momento intervine: “bueno, dejémonos de jugar con la filosofía. Como ha dicho Steve, ése no es nuestro trabajo. Hemos hecho un descubrimiento increíble y no debemos pensar si somos Dios o somos Frankenstein. Un hombre nuevo nace. Nosotros sólo cambiamos poco a poco sus órganos conforme se van deteriorando en la vejez o por enfermedad”. “Estamos más cerca de Frankenstein que de Dios, sin duda”, dijo Yu, “nosotros no creamos, vamos haciendo trasplantes individuales, el riñón, el hígado, el corazón, la piel, las venas, la masa muscular, como se ha hecho hasta ahora, lo que ocurre es que hemos llegado antes que otros científicos a clonar con células madre determinados órganos y tejidos que hasta ahora no podían ser reemplazados”. “Yu tiene razón”, dijo Anabel, “el primer corazón que se trasplantó no dio lugar a ningún tipo de disquisiciones morales. Se trató de intentar salvar la vida a un hombre que se estaba muriendo. Lo mismo ahora. Lo que ocurre es que ahora hemos conseguido trasplantar todos los órganos, y eso pone al alcance de nuestras manos la inmortalidad”.

Decidí que saliéramos a celebrar nuestro descubrimiento y nos fuimos a cenar y, luego, a tomar unas copas.

Cinco meses después y tras otros experimentos que resultaron más positivos de lo que pensábamos, llevamos a cabo la presentación de nuestros hallazgos a la cadena ejecutiva de la Corporación Internacional Médica; MIC, por sus siglas en inglés, que pagaba nuestras investigaciones.

Samuel Grisham, el jefazo, reconocido por la revista Forbes como el hombre más rico del mundo permanecía muy serio en su sillón. Hizo su fortuna vendiendo ropa de mala

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

calidad y terminó comprando una farmacéutica que lo hizo multimillonario tras conseguir una pastilla que controlaba el gen de la obesidad. En la Corporación, entre sus empleados, y siempre entre susurros, era conocido como el *gran bastardo*. Olvidé decir que ahora su principal fuente de ingresos es la venta de armas y una empresa de prospecciones energéticas. Pero hay que reconocer que era listo.

“Secreto”, fue su primera palabra cuando terminamos la presentación. “Es necesario el secreto. Este descubrimiento no puede ser lanzado al mundo, así sin más. No puede haber causa más poderosa para una revolución que la conquista de la inmortalidad. Y algo como la inmortalidad sólo puede ser vendida a quien pueda pagarla”. Forrest Vaughan, su segundo de a bordo, que adoraba al dinero más que a sus hijos, empezó con la misma cadena de preguntas que nos habíamos hecho nosotros en el laboratorio. Las mismas preguntas obtuvieron las mismas respuestas. “Puede ser un descubrimiento traído por la mano del demonio”, terminó diciendo Matt Dover III, un octogenario, devoto calvinista, al que le surgieron dudas, porque, con su edad, viéndose cerca del Cielo, al que pensaba llegar a través del duro trabajo, el rezo diario y, por qué no, el éxito en la vida que siempre tiene que ir acompañado del dinero, nuestras investigaciones pudieran darle la oportunidad de continuar en este valle de lágrimas, trabajando duro y ganándose el Cielo, al que tenía pocas ganas de ir, durante una eternidad.

El señor Grisham, dio su primera orden nombrando una comisión, en la que me encontraba yo y, por supuesto, sus abogados, para que estudiaran las posibilidades que se abrían a la Corporación con el nuevo negocio. Cinco meses después, el señor Grisham firmó las 120 cláusulas que regirían la comercialización y el desarrollo de los descubrimientos.

La primera cláusula, ya se la imaginan, era el secreto. Nuestro laboratorio fue llevado a una isla cerca de la Guayana Holandesa, que la Corporación compró para tal propósito. En ella se organizarían las cápsulas en las que se irían conformando los órganos vitales de los clientes y en donde estaría situado el centro quirúrgico en el que se realizarían las operaciones de trasplantes. Una isla vigilada por tierra, mar y aire.

TERCERA Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Para no andar con menudencias la segunda cláusula estipulaba el precio, se tasó un coste inicial de trescientos millones de dólares, así como los plazos y la forma de llevar a cabo todo el proceso. Los principales mandatarios de los países desarrollados fueron informados los primeros y, como es lógico, fueron los primeros en enrolarse en las filas de la inmortalidad y en entender que era imposible darles la eternidad en esta tierra a todos los hombres. “Sí, firmaremos esa primera cláusula, es muy lógica”, afirmaron uno tras otro. El secreto y el poder, dos aliados que casi siempre se necesitan.

Para evitar la multiplicación excesiva de esta nueva raza de hombres inmortales en la cláusula 73.1 se obligaba, antes de cualquier intervención, a la esterilización del futuro paciente, no fuera a ser que el amor por su descendencia perjudicara el proyecto. Desde luego, para no pecar de inhumanidad y de que surgieran rencillas irreconciliables y el secreto fuera revelado en lugares inoportunos se aceptó como clientes hasta la tercera generación de los primeros inmortales, ya que ellos no eran estériles y habían tenido hijos.

Han pasado setecientos años desde entonces. Setecientos. Ahora existen cuatro mundos: el tercer mundo, que sigue subdesarrollado y agónico, abatido por enfermedades y hambre, la gran mayoría; un segundo mundo, en vías de desarrollo (eufemismo relleno de inútiles esperanzas, que están más cerca del infierno de Dante que del cielo de Milton), también pobre y hambriento; un primer mundo, desarrollado y opulento, con una esperanza de vida de más de cien años y que dispone de un alto porcentaje de la riqueza; y... el mundo de los inmortales, de quienes lo tienen todo, dominan los gobiernos, las industrias, los bancos, los recursos y el tiempo: los que rompieron el reloj de arena que controlaba su futuro.

A los inmortales, después de un tiempo prudencial, se le asignaba una nueva personalidad. Elegían nacionalidad y su fortuna cambiaba a sus manos mediante argucias jurídicas que los leguleyos de la Corporación controlaban hasta la última consecuencia. Sobre todo, cuando se consiguió duplicar todos los órganos hasta conseguir un cuerpo nuevo, que se custodiaba en las islas de la Corporación, manteniéndose los cerebros en estado latente por si

una muerte repentina o un accidente alcanzaban al cliente antes de poder ser intervenidos. Se consiguió, dos siglos después del primer gran descubrimiento, crear el primer hálito de vida. En ese momento, dejamos de ser Frankenstein para ser Dios.

II

Yo, como pueden suponer, soy uno de esos inmortales. Han pasado setecientos años desde mi primera intervención quirúrgica de sustitución. Y pueden considerarme el primer explorador de la inmortalidad. Científico y explorador. Ahora, llevo cien años recluido en esta isla de transición. Cien años para tomar una decisión.

Para mí, el paso del tiempo sin percibirlo se ha convertido en una desolación. Viviendo en un remanso sin corriente alguna, sin transcurso de días, sin armonía, porque la armonía debe ser ganada con nuestras acciones. Como si al quitarme la frontera de la muerte me hubiera quedado sin alma. Sin nada.

Cuando el tiempo no tiene límites cualquier tipo de esperanza se hace vana por el simple asentimiento de saber que el plazo de realización es infinito. Fui perdiendo el afán por hacer las cosas. La apatía y el desdén se han abatido sobre mí después de setecientos años.

Como he dicho antes, me encuentro en esta isla de tránsito y llevo cien años decidiendo si acabar con esta inmortalidad o continuar de nuevo con mi vida infinita.

No es una decisión fácil. Pueden entenderlo.

Al principio, pertenecer a este selecto club era una sensación de seguridad sin límites. Navegué por todos los repechos y vadeos posibles del alma, bebí tanto del bien como del mal, sabiendo que solamente rendiría cuentas ante mi conciencia porque habíamos conseguido evitar cualquier soborno posible respecto a la eternidad. Sin miedo. Me embarqué en la angustia para distraer mi mente, y aguanté todos los embates y sufrimientos que buscaba o me venían sin yo quererlos para experimentar todas las sensaciones. Sí, no se asusten, sin ningún miedo. Pero..., no, no me envidien por eso.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Los órganos, la piel, las células, los tejidos...., ¿todo?, era perfectamente sustituible por otros idénticos. ¿Todo?

Las preguntas sin respuesta son las mismas que cuando éramos mortales; porque todavía no hemos conseguido averiguar cuál es el origen de la naturaleza del hombre, ni aun contando con todo el tiempo del mundo.

Ya llevo aquí cien años en esta isla de tránsito que la organización dispone, para decidir si abrazar ese nuevo camino desconocido que nos lleva a la muerte o continuar viviendo en este desvarío. No es fácil tomar esta decisión.

Aquí me encuentro con otros, Anabel, Yu, Steve, y Yuri, que como yo, cambiaron sus opiniones iniciales, y que en algún momento, quedaron horrorizados ante la perspectiva de un eterno futuro, vivos. Las leyes éticas que modificamos, ni por asomo, pudieron vencer la velocidad de los cambios producidos. El jefazo, lo sigue siendo; y setecientos años después sigue gobernando la Corporación junto con los otros depositarios del poder, que lo siguen manteniendo, que debe ser la droga necesaria para querer seguir siendo inmortales. Steve llegó a esta isla de transición después de mí y me contó que, entre susurros, al Jefazo, que ya no se llama Samuel Grisham, le siguen llamando el *maldito bastardo*.

En esta isla de transición apenas si hablamos entre nosotros, dormimos donde nos coge la noche y pensamos a todas horas adónde nos está llevando este reloj infinito.

¿Qué avances habrán ocurrido en estos últimos cien años sin yo saberlo?

Aún encendemos fuegos, pero pronto también los evitaremos. El lenguaje permanece en nosotros porque todavía pensamos a través de él en interminables monólogos. Un par de cientos de años más y ya no sabremos escribir. ¿Qué importa? Si nos decidimos a volver al mundo tendremos una eternidad para volver a aprenderlo.

Jugamos a ser dioses y perdimos. Trasladamos la ira de la vida a este infinito purgatorio. Cien años pensando si rompo el contrato que firmé con sus 120 cláusulas. Si tomo esa decisión no habrá marcha atrás y eso, ustedes comprenderán, retrasa mi decisión. Sólo

cinco personas, un hombre y cuatro mujeres, que yo sepa, han salido de esta isla para morir. Son afortunados por su valor.

Duermo en un agujero cavado por mis manos con forma de tumba; y sueño con descansar ahí eternamente. Todos los que nos encontramos aquí empezamos a escribir nuestras vivencias como inmortales sobre los árboles con ramas puntiagudas, o sobre las rocas con afiladas piedras, ya no queda un hueco en los árboles, ni rocas donde escribir.

Ahora, escribimos sobre la arena, una y otra vez, interminablemente..., y esto que escribo en la arena será borrado por la pleamar mañana, y así hasta que yo me decida o se extingan las mareas.

Solo me resta por decir que sí, que yo soy uno de los inmortales y es terrible. Y mañana volveré a escribir parte de mi historia nuevamente sobre esta arena infinita en un tiempo infinito. Mañana cambiaré algunas palabras de este relato, ahora lleno de imperfecciones y cada día lo seguiré cambiando hasta que sea perfecto y no tenga motivo para seguir viviendo.

Y pasado mañana, también volveré a escribir, otra vez, parte de mi historia sobre la arena, con la suerte de que será borrada por la subida de la marea para que yo pueda volver a escribirla al día siguiente y tenga una razón para quedarme en este purgatorio infinito porque me falta valor para abrazar la muerte.

Supongo que abandonaré esta isla cuando esté seguro de que todo debe morir.

Norberto Ruiz Lima. En cuanto a mi biografía personal y literaria lo único destacable es que emborrono páginas con historias desde siempre, más como una necesidad que como una vocación, hecho que hacen a mis páginas estar más cerca de ser ceniza que de ser publicadas. Decir que empecé a escribir porque un día enfermé de Borges, hecho que se aprecia con claridad en mi relato; desde el título, La Arena Infinita, hasta su final en el que se aventuran las consecuencias que tendría la inmortalidad para el ser humano.

Me licencié en Filología Española para ver si aprendía algo de Literatura y tengo que reconocer que ahora, aparte de Borges, estoy enfermo de Onetti, Rulfo, Cortazar, Mutis, Carpentier, Asturias, LLosá, Fuentes y compañía.

En cuanto a publicaciones nada hay destacable, salvo algún artículo en prensa regional y en una revista local, así como una novela finalista en un premio a nivel nacional y que anda, sin querer convertirse en ceniza, con seudónimo, dando vueltas todavía.

Lo que nunca acaba

Antonio Jiménez Martín

1

–¡Traedla aquí!

Los dos musculosos hombres, que ocultaba sus rostros bajo pasamontañas, arrastraron sin ningún esfuerzo a la joven, que no debía pesar más de cincuenta kilos. La situaron a los pies de su jefe, flanqueado por otros dos gorilas. Todos escondían sus caras, como si su mayor número contra una sola persona no fuese suficiente muestra de cobardía.

–Tu padre está racaneándome mi dinero. –El secuestrador cogió la cara de la chica y la acarició con sus enguantados dedos–. ¿Tan poco te quiere como para no pagar por ti lo que pido? Es una cifra justa, ¿no creéis?

Miró a sus hombres, quienes asintieron.

–Por favor, déjeme, irme. Por favor, yo puedo darle todo lo que me pida, por favor, por favor –repetía sin cesar ella.

–Es tu padre quien me lo tiene que dar. ¿Y sabes lo que ha dicho? Que no negocia con secuestradores. –Se levantó levemente la máscara y pasó su lengua por la frente perlada de sudor de su víctima–. ¡Ah! Miedo... ¡Un sabor que nunca me aburre!

La joven tembló con más fuerza. Creyó que en cualquier momento su vejiga se descontrolaría. Intentaba por todos los medios que no fuese así; si tenía que morir al menos lo haría con una pizca de dignidad.

–No pensaría que lo que tu padre hace está mal si no fuese porque –soltó la cara de la chica– no somos secuestradores. Verás, tu padre nos debe un dinero que mi jefe le dio para cubrir unas perdidas, hace ya muchos años. Ahora le ha pedido un favor, que tu viejo no ha querido hacerle, así que es la hora de los intereses y parece que eso tampoco le viene bien.

–¿Traigo la cámara? –preguntó uno de los fornidos hombres.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Sí. –El jefe regresó a su presa–. Sólo queremos el dinero. Nada más. Supongo que tu padre está con la policía, así que, toca hacer algo más drástico.

La chica giró ligeramente la cabeza. Vio que dos de sus raptos sacaban un colchón sucio de una de las habitaciones del piso donde la tenían encerrada, un lugar perdido en mitad del bosque.

–Lo primero que pensé fue en enviarle un dedo –prosiguió el líder–. Luego, pensé en darte una paliza y grabarlo, pero después me puse a pensar como en un padre y, ¿sabes qué es lo que un padre se tomaría más en serio?

Dos de los captores la sujetaron. Comprendió entonces lo que pretendía hacerle, así que pateó con todas sus fuerzas, intentando zafarse de aquellas manos fuertes y duras que aprisionaban sus muñecas. No lo consiguió, a pesar de sus intentos.

–Los pantalones –dijo el jefe, agarrando una pequeña cámara. Los matones obedecieron y, en unos segundos, las piernas desnudas de la chica se dejaron ver–. Vamos a grabar un video muy interesante. Y vamos a hacer copias. Y vamos a distribuirlas. Puede que entonces tu padre acepte escucharnos.

Encendió el aparato. Empezó a grabar en cuanto sus hombres se abalanzaron sobre la joven.

2

–¿Dónde habrá encontrado esto? –preguntó Richard Powell.

Sus compañeros se giraron hacia lo que señalaba. Se trataba de una especie de cabeza reducida, de piel reseca y ojos cosidos. Más que dar miedo, lo que transmitía era asco.

–Creo que fue en África, en una tribu escondida donde todavía practican ese rito –explicó Jack Murdock, sentándose en uno de los sillones de cuero rojo que su amigo, Frank Chills, tenía en su despacho privado.

–Nunca nos has dicho si alguna vez has acompañado a Frank en una de sus expediciones para encontrar el Arca Perdida –bromeó Jeff Sullivan, alto, desgarrado, y con

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

no menos de un millón de dólares en su traje—. ¿O puede que estuvierais buscando al yeti? ¿O extraterrestres?

Jack sonrió de manera educada. Se llevó las manos hacia su pelo echado hacia atrás, perfectamente peinado, antes de sacar un cigarro que encendió sin dilación. Estaba acostumbrado a las bromas que sus amigos hacían de la afición de Frank por los objetos extravagantes, estrafalarios y extraños, que él creía poderosos. A lo que no estaba tan habituado era a vivirlo en sus carnes.

—Nunca he ido con Frank a cazar —respondió entre calada y calada.

—Es raro, porque sois amigos desde hace mucho tiempo —intervino Bruce Harrison, el cuarto de ellos. Tan elegante como estirado—. Puede que te conozca a ti desde hace más tiempo que a nosotros.

—Si vas a seguir insultando a Frank, ten en cuenta que me ayudó a estar donde estoy. Todo lo que tengo se lo debo a él. Mis negocios dan ahora miles de millones de dólares al año porque él se arriesgó conmigo.

Los tres hombres se miraron, esperando una velada amenaza por parte de su amigo.

—Si sigues así, voy a tener que darte otra paliza al golf la semana que viene —respondió Jack.

Las risas rompieron el tenso ambiente. Bruce se acercó a una estantería llena de libros con nombres raros. Levantó un dedo, como si se le hubiese encendido una bombilla en la cabeza.

—Diez años. Desde entonces os conocéis. De la fiesta de Steven.

—¿Lo recuerdas? —Jack estaba sorprendido.

—Me lo contó Steven hace un tiempo. Dijo que Frank iba presumiendo de un collar que había pertenecido a un rey egipcio, o algo parecido.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Y a eso hemos venido, ¿no? –gruñó Jeff–. El viejo nos llama para enseñarnos otra de sus porquerías místicas que no funcionan y nosotros lo dejamos todo para venir, sólo porque sus acciones mantienen con vida algunas de nuestras empresas.

Richard miró a Bruce desde el otro lado de la sala. Sus ojos dejaban claro que pensaba que su compañero tenía razón, pero que él nunca tendría valor para decirlo en voz alta.

–Deberías hablar con un poco más de respeto –replicó Jack.

–¿Respeto? Debería estar ahora mismo con un par de modelos de revista montándomelo a lo grande y, ¿dónde estoy? Esperando a ese vejestorio que...

–Que puede arruinarte por completo.

Todos los que estaban de pie se volvieron. Frank Chills, de grandes entradas en su pelo canoso, fríos ojos azules y figura envidiable para su avanzada edad, les observaba con gesto sereno e imperturbable.

–Vamos, Jeff. Estaba bromeando. –Chills esgrimió una tranquilizadora sonrisa que provocó un simpático gesto nervioso en el hombre–. En parte tienes razón. Sólo os enseño cachivaches que no funcionan.

El anciano se paseó por su despacho, respirando el olor a elegancia mezclado con el de los cigarrillos de su buen amigo Jack. Observó los objetos que había colocado por diversos lugares. Allí ni siquiera estaban todos, al menos, no los más valiosos.

–¿Os acordáis del Corazón de Damballah? Traía la promesa de poder curar cualquier enfermedad, y no pudo ni con el resfriado que tuve aquel crudo invierno –rememoró Frank–. ¿Y qué me decís de la las Gotas de Lázaro? Cocinadas a partir de las lágrimas del hombre que Jesucristo resucitó. ¿Qué prometían?

Señaló a Richard Powell.

–Podían resucitar a cualquier criatura muerta –respondió.

–¡Exacto, Richard! ¿Y qué ocurrió cuando se las dimos al recientemente fallecido perro de la familia de Bruce?

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Que siguió igual de muerto –contestó el aludido.

–Bueno, no me culpéis, amigos. Cuando uno tiene dinero para diez vidas, se convierte en un excéntrico. Busca en qué gastárselo, y adquiere hobbies y aficiones demasiado raras. – Frank se palmeó las manos antes de ir a su escritorio y soltar un maletín que llevaba–. Hace dos días volví de unas ruinas en las afueras de Providence. Llevaba meses buscando lo que se conoce como el Anillo de Hastur. Los escritos sobre él dicen que es capaz de conceder la inmortalidad a quien lo posee.

Empezó a sacar papeles y documentos del maletín. Jack se levantó al fin de su sillón y se acercó a su amigo, quien le recibió con un ligero abrazo antes de mostrarle algunos manuscritos más antiguos que el suelo donde se asentaba la mansión en la que se encontraban.

–Y lo encontré. –Frank abrió una pequeña caja. Un simple anillo de plata con extraños símbolos grabados se dejó ver.

–Así que da la inmortalidad –dijo Bruce, aproximándose también, como el resto.

–Como todos los objetos con poder, tiene sus reglas, claro. En caso de ser auténtico, las normas también lo son. –Rebuscó entre los pergaminos, hasta encontrar el que quería. Tomó unos documentos donde se encontraban las traducciones correctas–. Otorga la completa inmortalidad.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntó Jeff.

–Que quien lo tenga no envejecerá, ni morirá de ningún modo. Quien desee dicha inmortalidad debe tener puesto el anillo, por supuesto.

–Por supuesto –susurró Jack, sonriendo mientras escrutaba el objeto plateado.

–¿Y las reglas? –cuestionó Richard.

–Tratan sobre qué se debe hacer para quitarlo una vez puesto. Si uno mismo se lo pone, el anillo no funciona. La persona que quiera utilizarlo debe recibir el anillo de otra, como si fuese un regalo. Será esa la única que pueda quitárselo.

–Menuda tontería –gruñó Jeff.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–En absoluto. Si funciona, es un medio para que este regalo se convierta en una maldición –rezongó Frank–. ¿No encontrar un final? Puede ser muy malo para algunos.

–¿Hay algo más? –intervino Jack.

–Sobre el anillo pesa una maldición –leyó el anciano–. Quien lo lleve puesto, o quien lo haya llevado, sentirá llegar la desgracia sobre su existencia.

Bruce y Jeff se habían alejado de sus compañeros, y se encontraban sentados en diferentes sillones del despacho. Jack y Richard, en cambio, escuchaban atentos todo lo que decía el dueño de la casa.

–Habrá que probarlo –anunció.

–Entonces, ¿cuál de nosotros va a ser voluntario para que le maten? –dijo Jeff desde su sitio con una sorna descomunal.

–Primero, hagamos una pequeña prueba. –Frank tomó el anillo de su cajita y apuntó con él al señor Powell–. Te lo regalo, Richard.

Aunque al principio el hombre dudó, las miradas interesadas de sus amigos le llevaron a coger el círculo y a ponérselo.

–Devuélvemelo –pidió Frank.

Richard intentó quitarse el anillo. No pudo. Lo tenía sujeto como si se lo hubieran pegado con el más potente pegamento del mercado. En realidad, lo sentía como sujeto a su piel con pernos.

–N-No sale –tartamudeó el hombre.

Jack, a su lado, se impacientó. Le cogió la mano, agarró el anillo y tiró de él con todas sus fuerzas. Para su sorpresa, el objeto ni siquiera se movió.

–Es imposible –susurró, sin dejar de intentarlo.

Jeff y Bruce se interesaron por lo que ocurría y corrieron a ayudar, ante la atenta y juguetona mirada de Frank Chills. Después de varios minutos tratando de arrancar el anillo del dedo de Richard se dieron por vencidos; estaba totalmente incrustado.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Señores, déjenme, por favor. –El anciano se abrió paso como un mago ante su número principal. Acercó un par de dedos al anillo y, sin esfuerzo, lo retiró del dedo del señor Powell–. Ha sido fácil, ¿verdad?

Todos los hombres se quedaron sin habla. Sus mentes iban a cien por hora, dispuestas a escupir la primera explicación terrenal que se les ocurriese. Para su desgracia, no podían negar lo que acababan de ver.

–Y si esa regla funciona, ¿también todo lo demás? –quiso saber Jack.

–Sólo hay una manera de averiguarlo. –Frank dejó el anillo en su escritorio. Luego, señaló a Jack–. Cógelo y regálamelo.

Su mejor amigo le hizo caso. En un par de segundos, el anciano tenía el círculo de plata en uno de sus viejos dedos.

–¿Y ahora? –Bruce observó a Frank, como si esperase que cambiara.

–Ahora, tenéis que hacerme daño.

–¡Menuda locura! –exclamó Jeff.

–Puede que lo fuera si el anillo hubiera demostrado que no funciona, pero ya habéis visto lo que ha ocurrido. No estáis ante una chuchería comparada en el mercado negro; esto es real.

Todos se miraron. A pesar de lo que habían visto y no podían negar, seguían sin tener muy claro lo que ocurriría si se decidían a dañar al anciano. Podía acabar muy mal si se equivocaba.

–De acuerdo, Frank. –Jack dio un paso hacia delante–. ¿Qué tengo que hacer?

El viejo sonrió. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un afilado abrecartas que entregó a su amigo sin dudar.

–Clávamelo –ordenó, apuntando a su estomago.

Jack tragó saliva. Se giró hacia sus compañeros, que le miraron con una gran sombra de duda en sus ojos.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–No lo hagas –musitó Jeff–. Será un asesinato.

La tensión podía palpase en el ambiente. Jack volvió a fijar su vista en su mejor amigo, aquel que siempre había estado ahí para todo. El que le había aupado a lo más alto, sin pedirle nada a cambio.

Tomó aire y clavó el abrecartas.

La habitación entera contuvo la respiración. Jack sacó el afilado objeto del cuerpo del anciano, esperando que la sangre saliera sin ningún pudor. No ocurrió nada. Frank se echó a reír al ver que ni siquiera tenía una herida; era como si el abrecartas jamás hubiera atravesado su piel, a pesar de que todos podían contemplar el desgarró en su camisa.

–Increíble –logró decir Jack.

–Creo que es la palabra adecuada, sí –susurró Frank.

Los demás hombres se acercaron para comprobar lo que ya habían captado sus ojos. Ni herida, ni sangre, ni muerte... Absolutamente nada.

A la confusión le siguió la sorpresa, que pocos minutos después dejó pasó a la alegría porque todo hubiese salido bien. No tardaron en llegar las primeras ideas acerca de lo que hacer con el inusual anillo.

–La inmortalidad no es algo que pueda ser tenido en broma –declaró Frank tras escuchar todas las propuestas de sus invitados–. No creo que se deba usar para ganar dinero, o alcanzar lujos personales sin tener en cuenta las consecuencias de los actos que lleven a ello. Esto exige responsabilidad y medida.

El viejo escrutó el anillo. Para asombro de todos, se lo pasó a Jack.

–Te lo regalo –sentenció.

–No puedo aceptarlo, Frank. Es tuyo; habrás pagado una millonada por él.

Los demás se tuvieron que morder la lengua por lo que estaba haciendo su amigo. ¿Le ofrecían la inmortalidad y él se negaba?

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Y ahora que al fin has encontrado un objeto que de verdad es lo que dice ser... –Jack movió la cabeza negativamente.

–Soy muy viejo para ser inmortal. ¿Qué haría yo con este cuerpo y viviendo para siempre? No, cuando uno llega a mi edad, lo que menos le importa es vivir para siempre. Tú, en cambio, tienes un prometedor futuro, y estaría muy orgulloso de que llegases a él con mi ayuda. –Frank jugueteó con el anillo entre sus manos–. No tienes que aceptarlo ahora; piénsatelo. Por Jill, por los niños...

–¿Y la maldición?

–¡Todos estos chismes tienen una maldición encima! –exclamó, divertido–. Son tonterías que se escriben para que nadie se acerque a ellos.

–Si todo lo que has dicho sobre el anillo es verdad, ¿por qué no iba a serlo esa maldición? –cuestionó Bruce.

–Porque, aunque fuese verdad, Jack sería inmortal –replicó Frank. Enseguida se volvió hacia su amigo–. Piénsatelo. Es la inmortalidad. ¿No rechazas dinero, ni empresas, pero sí la eternidad?

Jack se pasó la lengua por sus labios resecos. ¿Qué hacer? ¿Y si se negaba y perdía la oportunidad? La inmortalidad a un solo paso, y todo lo que ello significaba. No más enfermedades, ni miedo a morir, ni ataduras de ningún tiempo... Habría ganado la lucha contra el tiempo antes incluso de que éste se diese cuenta.

Cogió el anillo y se lo puso.

3

Como cada mañana, Jack se despertó en su lujosa casa situada en las afueras de la ciudad. Tuvo un par de segundos para observar su amplia piscina, su extenso jardín y a su perfecta mujer antes de ducharse, vestirse y tomar un rápido desayuno antes de marcharse a su empresa, dispuesto como siempre a dirigirla.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Más allá de que el anillo era un regalo de Frank, no le había contado nada más a su mujer, Jill. Incluso se había olvidado de él; si no hubiera sido porque el entrar en la ducha se había percatado de su presencia, ni siquiera se habría acordado de que estaba allí.

Alzó una mano para despedirse de su esposa, que le observaba desde el balcón de su dormitorio. La sonrisa se le heló cuando contempló la puerta destrozada de su garaje.

–Cariño, ¿pasa algo? –quiso saber Jill.

–Nos han robado... –susurró Jack–. ¡Nos han robado!

Efectivamente. En el lugar donde debía estar el coche que solía usar para ir a trabajar, no había nada. Sin embargo, el resto de los vehículos se encontraba allí, como si no hubiera ocurrido nada.

–¡No bajas! –exclamó el hombre–. ¡Sólo se han llevado el deportivo!

–¿Los demás están bien?

–Eso parece. –Jack entró para revisar los demás coches–. ¡Sí, todos están bien! ¡Me llevo el descapotable! ¿Podrías llamar a la policía para poner la denuncia?

–¡Claro, cariño!

–¡Y llama a Layla! ¡Cuéntale lo que ha pasado!

Jack echó un vistazo a su reloj de pulsera. Aunque le hubiera gustado quedarse para discutir con las autoridades lo que había pasado, no tenía tiempo.

Subió a coger las llaves del deportivo y se fue con él a trabajar.

4

En cuanto llegó a sus oficinas y vio el rostro compungido de su secretaria personal supo que algo no iba bien.

–¿Qué ha pasado? –fue lo primero que salió de los labios de Jack.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

No esperó a que la mujer le contestase. Entró en el departamento donde se encontraba su despacho personal y vio a todo el mundo corriendo de un lado a otro, como si la histeria más absoluta se hubiera hecho con su compañía.

–Por favor, hoy no me digas que las acciones han caído –suplicó, pensando en que no había peor forma de comenzar un día–. Por favor, sé misericordiosa.

–No, las acciones se mantienen.

–Me quitas un peso de encima. –Trató de abrirse paso entre el gentío, pero le costaba tanto trabajo que si seguía así llegaría a sus dependencias privadas a la hora del almuerzo–. ¿Entonces? ¿Qué ocurre? ¿El fin del mundo?

–Nos han robado, señor Murdock.

Jack se detuvo al lado de un escritorio cuyo dueño se hallaba dos pisos más abajo, intentando convencer a un informático para recuperar archivos que habían desaparecido.

–Repite eso. –El empresario no podía dejar de recordar el hurto de su automóvil.

–Nos han robado –repitió la secretaria.

–Qué nos han robado.

–Documentos, archivos, carpetas... El más afectado ha sido su despacho.

Jack encaminó sus veloces pasos hacia el lugar donde trabajaba. Tal y como le había informado la mujer, estaba todo prácticamente vacío; se habían llevado hasta los libros que solía usar para entretenerse cuando no había mucho que hacer. Sólo quedaban el escritorio y la silla en la que se sentaba.

–Esto no es... no es posible –musitó Jack. La cantidad de material que tenía en sus archivos personales, sobre todo en su ordenador, era grandiosa, especialmente, en lo que a importancia para la empresa se refería.

–Los de seguridad dicen que ha debido suceder justo antes de que amaneciera.

–¿Y dónde estaban? ¿Para qué les pagamos? –Jack rehusó tener alguna respuesta. Se dejó caer en la silla, como un peso muerto.

Sin duda, no estaba siendo su mejor día.

5

Llegó a su casa totalmente hundido, y seis horas más tarde de lo normal. En cuanto entró en el salón se arrojó sobre el sofá como si fuese su más inmediata válvula de escape. No tardó en contarle a Jill lo que había pasado en el trabajo.

–¿Y Dylan? –preguntó Jack, refiriéndose a su hijo.

–Está arriba, jugando con la consola –le respondió Layla, su hija adolescente–. Un mal día, ¿eh?

Abrazó a su padre, que la atrajo hacia sí. La chica era su mayor orgullo; inteligente, guapa, con talento y un futuro que la llevaría a dirigir todas y cada una de sus empresas. Además, era obediente, divertida y popular. Tenía todo lo que pudiera querer un padre.

–Un mal día se queda corto –respondió el hombre a la vez que encendía el televisor con el mando a distancia–. ¿Y qué ha pasado con el garaje?

Jill abrió la boca para responder, pero el sonido del teléfono móvil de su marido la detuvo. Jack contestó al aparato y, tras un par de palabras, su piel adquirió una tonalidad blanca que asustó a su familia.

–¿Jack?

–¿Papá?

Colgó el teléfono. Se sentía mareado, confuso y a punto de vomitar. Cuando al fin reparó en que su mujer y su hija le miraban con preocupación creciente, pudo contestar:

–La casa del bosque. Dicen que... –Tragó saliva tan fuerte que le dolió la garganta–. La casa del bosque se ha quemado. Nuestra casita de vacaciones ha... ha desaparecido por completo.

–¿Cómo ha pasado? –preguntó Jill, totalmente incapaz de creer lo que ocurría.

–Dicen que...

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Papá. –Layla señaló el televisor, interrumpiendo a su progenitor–. En la tele. Estás en la tele.

Jack dio volumen al televisor. El mando a distancia se le cayó de las manos cuando oyó qué decían mientras emitían diferentes imágenes de su persona en actos públicos. Le estaban acusando de fraude, malversación de fondos y chantaje.

No podía creerlo. Simplemente, no daba crédito a lo que pasaba.

6

El serio abogado entrecruzó los dedos de ambas manos. Su mirada inquisitiva atravesó a Jack, sentado frente a él en un cómodo sillón de cuero que no dejaba de emitir grotescos sonidos al son de sus movimientos.

–Esto es muy serio, Jack.

–¿Y crees que no lo sé? –preguntó el hombre–. No habría venido tan tarde tan tarde si no fuese así.

–Y yo no te habría concedido una cita si no me pagases el diner que me pagas. Quiero ser sincero contigo: estás en un lío muy gordo.

Jack Murdock se llevó las manos a la cabeza. Las sienas amenazaban con reventar en cualquier momento.

–Tengo que hacer algunas llamadas, pero por lo que he visto en las noticias, tienen muchas pruebas contra ti –explicó el letrado.

–¿Tiene que ver con el robo en mi trabajo? Qué digo... ¡Seguro que tiene algo que ver!

–Jack, si tiene algo que ver, todo de lo que se te acusa acabará por el retrete. ¿Qué juez en su sano juicio tendría en cuenta pruebas robadas?

El empresario se levantó, y comenzó a dar vueltas por el acogedor despacho. No sabía qué hacer, qué decir, ni qué pensar. Que le robasen un coche era algo terrible, pero que le

acusasen de delitos tan graves era algo demasiado serio como para tomárselo con filosofía. Podría ir a la cárcel, por no hablar del claro desgaste que iba a sufrir su imagen pública.

¿Y su familia? ¿Cuánto tardaría su mujer en salir a la calle y ser señalada por los vecinos? ¿Cuánto tardarían sus amigas en dejarla de lado? Por no hablar de Dylan y Layla. Sobre todo le preocupaba su hijo, aún en el instituto, donde la crueldad era una moneda de cambio habitual.

–Vete a casa y descansa, mientras hago unas llamadas. ¿De acuerdo? Todo esto es muy irregular, y me parece que tengo que empezar a pedir unas cuantas explicaciones –afirmó el abogado.

–Como tú digas. –Jack trató de centrarse.

–¿Has venido solo?

–No, me ha traído Layla. Jill se ha quedado con el pequeño en casa.

–Pues vuelve con tu familia. Yo me encargo. Mañana mismo te llamo a primera hora.

Murdock asintió. Le dio la mano y salió del despacho, ansioso por llegar a su hogar y dormir profundamente. Algo le decía que no podría hacerlo, pero la promesa de, al menos, intentarlo, le reconfortaba profundamente.

El frío de la ciudad rodeada de sombras le sacudió la cara como una débil bofetada. A unos metros, al otro lado de la calle, su hija le esperaba apoyada en uno de los costados del coche. Se le hincó el pecho al verla; al menos, le quedaba su familia. Contaba con su apoyo incondicional y, por encima de todo, con su amor.

Puso un pie en la acera. Layla le sonrió. Aunque fue de manera forzada, le sirvió de abrigo ante el temporal que estaba pasando por su cabeza.

Y ocurrió. En un parpadeo. En un simple instante.

Un enorme camión se estrelló contra el automóvil, arrollando a la joven en el proceso. Aunque el coloso de metal arrastró el vehículo unos interminables metros, Jack no pudo dejar de mirar hacia delante, como si hubiese entrado en shock.

Se llevó las manos a la cara, como si así pudiera evitar ver el enjambre de metal en el que se hallaban los restos de su hija. Entonces, apareció ante sus ojos.

El anillo. Reluciente, plateado, eterno.

7

A la noche siguiente, cuando su mujer acababa de dormirse gracias a los antidepresivos que se había tomado, y tras hablar largo y tendido tanto con su abogado, como con los encargados de organizar el funeral de Layla, se montó en el deportivo y se dirigió a la mansión de Frank.

No dejó de beber durante todo el camino. En apenas media hora se había tragado veinte botellas de whisky. Lo que habría ocasionado más de un problema grave en el organismo de otra persona, a él ni siquiera le afectó. Se sentía mejor que nunca; al menos, físicamente. El dolor que se había clavado en su alma no se le curaría jamás.

Se negó a esperar a que le abriesen la verja. Aparcó frente a ella, escaló por uno de los muros y caminó hacia la entrada de la casa de su mejor amigo.

–¡Frank! ¡Por favor, abre, Frank! –aulló. Golpeó la puerta con fuerza–. ¡Frank, el anillo! ¡Por favor, tienes que quitármelo! ¡Lo he intentado yo, pero no sale! ¡Me está haciendo pagar, Frank! ¡Por favor!

Siguió aporreando la puerta durante interminables minutos. En algún momento paraba, solamente para tratar de arrancarse el anillo de su dedo, una vez más; no conseguía nada, así que regresaba a su tarea de que desde dentro le prestasen atención.

–¡Frank, tienes que ayudarme! ¡La maldición era cierta! ¡Por favor, Frank! ¡Mi niña! He perdido a mi niña... Oh, Dios, he perdido a... –Cayó de rodillas, arrastrando los dedos por la puerta. Se echó a llorar, totalmente derrotado; un hombre herido que hasta hacía tres días era de piedra caliza.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Un chirrido. La puerta se abrió. Ante sus ojos inyectados en sangre apareció uno de los sirvientes de Frank. Le reconoció, aunque no recordaba su nombre.

—¿Señor Murdock?

El desesperado hombre entró en la casa a empujones. Se dirigió hacia el despacho de su mejor amigo, en el que se internó, encontrándose con la más absoluta penumbra, y una penetrante soledad.

—¿Frank? —susurró.

—Creía que lo sabía, señor.

Se giró. El criado encendió las luces de la estancia. Daba la impresión de que se estaban mudando.

—¿Saber el qué?

—El señor Chills ha muerto esta misma mañana. Tuvo un accidente en uno de sus aviones privados, cuando iba a las Bahamas.

Jack notó que la habitación le daba vueltas. Cayó de espaldas sobre el confortable suelo, mientras el sirviente trataba de ayudarlo.

La locura se había apoderado de su vida. Era el precio por la inmortalidad.

8

Un par de días después, se celebró el entierro de Layla.

No podía dejar de ver a su hija incluso a través del ataúd. El más caro que pudo comprar. Sencillo, discreto, como era su pequeña en realidad.

Mientras estaba allí, su abogado entablaba una batalla legal por su inocencia. Le había pedido que tuviera total claridad con sus cuentas, con sus financiaciones y, sobre todo, con su pasado. Pero lo primero era lo primero, y estaba metido en un féretro que no alcanzaba a merecer la belleza que descansaba en él.

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Le rodeaban los familiares y los amigos más próximos. Ni Jeff, ni Bruce, habían acudido. Richard Powell, por otro lado, sí. ¿Richard?

Jack observó a su amigo. La aflicción se reflejaba en su rostro agachado, pero estaba allí. Vivo, sano. Algo no iba bien, o mejor de lo que esperaba.

La maldición se pegaba a aquellos que usaban el anillo. Su vida se había convertido en un infierno a causa de ello, y Frank estaba muerto, pero, ¿y Richard? ¿Qué le había pasado a él?

Intentó llegar hasta él en cuanto los enterradores comenzaron su trabajo, pero Jill le cortó el paso. Llevaba a Dylan de una mano, y en la que tenía libre sostenía un dossier.

—¿Te ocurre algo, cariño? —preguntó Jack. Su esposa estaba en un mar de lágrimas; sentía que no era provocado solamente por la muerte de Layla.

—Un hombre me ha dado... esto. —Alzó la carpeta—. He visto... yo...

—¿Qué dices? ¿Qué has visto? —Jack se sintió al borde del abismo—. ¡Jill! ¡Qué ocurre!

—¿Cómo has podido...? —La mujer no pudo continuar. Las palabras se enredaron en su garganta—. Quiero el divorcio, Jack. Me voy a ir con Dylan. Yo... no puedo...

Salió corriendo. El hombre no supo reaccionar hasta que vio que lo que quedaba de su familia llegaba al coche en el que debían irse todos juntos.

—¡Jill! ¡Explícame qué ocurre! ¡Jill!

De repente, cuando le quedaban un par de metros para salir del cementerio, donde se encontraba el vehículo, éste explotó, lanzándole hacia atrás. El automóvil se convirtió en una bola de fuego, que creó una columna de humo que no tardó en buscar las nubes.

Jack se quedó en el suelo. Sus ojos no podían despegarse del infierno creado alrededor de Jill y Dylan, cuyos restos se consumían sin que él pudiera hacer nada. A su alrededor, gritos de terror y angustia se desplegaron.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Su abogado le avisó de que al día siguiente le iría a buscar la policía con una orden. Todas las pruebas estaban admitidas y lo único que podía esperar era pasar una pequeña temporada en la cárcel. Al menos, entre diez y quince años.

Su hija había sido atropellada. Su asesino no había sido encontrado. Su mujer y su hijo habían volado por los aires en un atentado en el que él era el principal sospechoso. Según los testigos, su esposa le había confesado en el funeral que quería el divorcio, pues habían llegado a sus manos una serie de fotografías donde no sólo se demostraba su culpabilidad acerca de lo que se le acusaba, sino con respecto a una serie de delitos más macabros.

Ni familia, ni trabajo, ni amigos, ni respeto, ni reputación, ni bienes materiales... Su vida era lo único que le quedaba. Y pensaba ponerle fin.

Abrió una de las ventanas del último piso del bloque de oficinas donde antaño era respetado y querido a partes iguales. Intentó, por última vez, quitarse el anillo de su dedo; no logró nada. Ya daba igual. Arrojarlo desde un trigésimo piso no era una débil puñalada con un abrecartas.

Cerró los ojos, sonrió y dejó que el viento le acogiese. Sintió la velocidad en su cuerpo. Por primera vez en días, se encontró libre, listo para recorrer el corto camino que le separaba de sus seres queridos.

Se estrelló con tal brutalidad que el pavimento se resquebrajó. No hubo gritos, no hubo alertas, pero tampoco hubo sangre, ni huesos rotos, ni piel desgarrada... No hubo muerte, sólo un absoluto silencio.

Al ver que seguía en la calzada de un mundo cruel y frío, se levantó. Lo máximo que había ocurrido tenía que ver con la aparición de arrugas en su ropa sucia y olorosa. Por lo demás, estaba perfectamente.

Lo único que le quedaba era su vida, y estaba enlazada con aquel infernal círculo plateado que la reclamaba. Y lo haría para siempre.

10

Trató de cortarse el dedo, pero tampoco funcionó.

Primero, fue con un cuchillo. Apretó el filo contra la falange, y serró. Nada de fluido vital y, cuando apartó el filo, el apéndice seguía unido a su cuerpo.

Luego, lo intentó con unas tijeras. No funcionaron. El dedo seguía allí, a pesar de que sentía un ligero picor cuando cerraba las dos hojas de acero. Incluso aunque veía cómo lo cercenaba; al alejar las cuchillas, continuaba en su lugar.

Ni el dolor le quería ya. Al menos, así tendría la oportunidad de sentir cualquier cosa. Nada. A eso había pasado a ser su existencia: una gran nada.

Y tendría que seguir viviéndola. A su pesar.

Cuando pensó en morderse la falange, algo se encendió en su cabeza. Recordó los papeles que había sacado Frank el día en el que les mostró el anillo. Manuscritos antiguos, pergaminos ajados donde se explicaba todo lo referente a la maldición que le acosaba.

Ya tenía la solución.

11

No le costó entrar en la antigua mansión de Frank; llegó en coche, volvió a saltar el muro que tan bien conocía y escaló por una enredadera hasta la planta superior, donde la puerta de uno de los balcones no cerraba bien.

Sigilosamente llegó hasta la planta baja. Cuando se cercioró de que los sirvientes no se encontraban en la casa, pudo ir con más tranquilidad. ¿Su objetivo? El despacho de su perdido amigo.

Mientras rebuscaba entre los pocos documentos, carpetas y libros que quedaban, se regañó mentalmente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—Seguramente estabas muy ocupado volviéndote loco con la pérdida de todo lo que te importa —dijo en voz alta. Ya que debía perder la cabeza, lo haría por la puerta grande.

TERCERA Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

De repente, oyó algo. Unos pasos, dirigiéndose hacia donde él estaba. Se encontraba tan cansado, agotado y vencido, que no le importó que le hallasen allí, y menos si en ese lugar estaba su salvación.

Supo que estaba completamente loco cuando la figura que entró en la habitación encendió la luz y pudo ver su rostro.

–Has tardado bastante en venir, Jack –dijo Frank con una gran sonrisa.

El hombre no supo qué decir. Abrió las manos, desparramando los papeles que sujetaba por todo el suelo del despacho. Sonrió como un maniaco, sabiendo que al fin había caído el pozo más hondo que poseía la locura.

–Ni yo estoy muerto ni tú estás loco, Jack –afirmó Frank.

–No puede ser. Estás... estás...

–Franklin te dijo que estaba muerto, porque eso fue lo que le hice creer a todo el mundo, amigo mío. Era lo que tenías que creer tú para pensar que el anillo estaba maldito de verdad. ¿No te extrañó ver a Richard tan sumamente saludable en el funeral de Layla? ¡Ah, sí! Yo estaba allí, ¿quién crees que le dio a tu mujer esas fotografías? Instantáneas de una época en la que no eras tan educado, ni tan servicial, ¿verdad, querido amigo?

Jack no sabía qué hacer. ¿Qué estaba pasando?

–Durante diez años, ayudé a un chico joven, asustado y tímido salido de la nada con ideas interesantes sobre empresas y acciones, pero sin apenas contactos en el mundo para hacerlas realidad. Con dinero, sí, pero sin contactos. ¿Nunca te extrañó mi altruismo? –Frank soltó una carcajada ante un chiste que sólo él conocía–. Y durante todo este tiempo he preparado lo que estás viviendo: la nada. Toda para ti, Jack.

–¿Por qué? –pudo preguntar el hombre, sin aún haber asimilado nada.

–La explosión del coche, el incendio de tu casa de verano, el robo en tus oficinas, el atropello de Layla... Lo más fácil fue acusarte de todo por lo que te buscan; porque era verdad, Jack. Tú no llegaste a mí siendo un corderito asustado, no. –Frank sacó una pistola

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

con la que apuntó a su supuesto amigo—. Todo esto tenía que ocurrir, pero cuando me enteré de la existencia de ese anillo, pensé que si funcionaba podría darle un giro a todo este drama del que tú te sentirías orgulloso.

El anciano dejó tiempo para que Jack pudiera decir algo, pero se había quedado sin palabras. El silencio era su nueva lengua.

—Yo probé el anillo antes de llegar aquí. Y funcionó, para mi sorpresa. No fue en mí en quien ensayé, puesto que tenía que ver los frutos de todo mi trabajo durante diez años. No sabes quién soy, Jack, pero sí que sabes quién es mi hijo. —El gesto de Frank se convirtió en piedra—. Mi hijo era un pobre orgulloso que no podía pedir dinero a su padre, así que le solicitó ayuda a un tipo sin escrúpulos pero con mucho dinero. Mi chico se lo devolvió todo y, cuando llegó a lo más alto, se le exigieron intereses que tenían que ver con contactos. Al negarse, se le reclamó más dinero y todo acabó en el secuestro de su hija, mi nieta, que no quiso pagar.

Las imágenes bulleron en la destrozada mente de Jack. Los recuerdos fluyeron como un manantial.

—Mi hijo se suicidó cuando vio el video de lo que le hicisteis a mi niña, amigo mío. Ella murió más tarde, por las secuelas. Su madre no tardó en tomarse un par de frascos de antidepresivos de los más potentes que la durmieron para siempre. Encontré a todos los animales que destrozaron a mi familia, y todos y cada uno de ellos me dijeron el nombre de quien había tenido la genial idea de hacer ese divertido video.

Movió la pistola juguetonamente.

—Tú.

—Eran negocios... —Jack pareció volver al mundo de los vivos—. ¡Sólo eran negocios!
¡Negocios!

—Violar a una chica repetidamente durante diez horas seguidas no tiene nada que ver con el dinero, amigo mío.

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

–Esa pistola no me va a hacer nada, Frank. Voy a matarte. Voy a mantenerte vivo todo lo que me queda de existencia –sentenció Jack, acercándose al viejo.

–No lo entiendes, ¿verdad? ¿Crees que me iba a pasar diez años siendo el mejor amigo del asesino de mi familia, su confidente, su mecenas, casi como un padre, para acabar todo esto en una simple muerte? ¿Una bala, sangre y un cadáver? –Frank negó con la cabeza, con una extraña sonrisa en la cara–. No, Jack. Destruir tu vida, traicionarte, acabar con tu reputación mostrándole al mundo lo que eres, eliminar a tu familia por completo... Eran detalles, nada más. La clave es lo que tienes en el dedo.

–Vas a suplicar que deje que me lo quites –gruñó el hombre.

–Y después te suicidarás, ¿verdad? Para no tener que vivir el resto de tu vida con lo que te he hecho. Te matarás, tras haber completado la venganza que ahora mismo te hierve por la sangre, claro.

Jack se aproximó a él. Le tenía a tan solo unos pasos, y nada le podría parar. Le daba igual que el viejo hubiera descubierto lo que pensaba hacer. Sólo le importaba llevarlo a cabo, y nada más.

–Jack, amigo, piénsatelo mejor. –Frank apretó la boca de la pistola sobre su frente–. Que tengas una feliz eternidad.

Y disparó.

Tony Jiménez (Málaga, 1984). Comenzó a sentir la fiebre de la escritura muy joven y desde entonces no ha parado de crear historias. Tras escribir relatos y reseñas para varias páginas web vio publicado su primer relato en papel titulado “La Resurrección” (Horror Hispano: Más Allá) a los que le siguieron “La plaga de Troya” (Horror Hispano: Clásicos y Zombis), “El mito de Darkun” (Crónicas de la Marca del Este Vol. I, Holocubierta Ediciones), “La muerte del hombre blanco” (Antología Z Vol. IV: Zombimaquia, Dolmen Editorial) y “La venganza de Mur Espadarrota” (Crónicas de la Marca del Este Vol. II, Holocubierta Ediciones). Sus últimos relatos publicados han sido “¡Feliz Halloween!” y “Los regalos de Santa Claus” (Sueños de Opio: Certamen I, Valentia Autores), “Las siniestras aventuras de Robinson Crusoe” (Zombie! Vol. I, Tyrannosaurus Books) y “Mariquilla” (Legendarium Vol. I, Nowtilus). También ha participado en diversas antologías digitales y es colaborador habitual en la revista “Ultratumba”.

Actualmente vive en Málaga, lee todo lo que cae en sus manos y pretende seguir amenazando al mundo con sus narraciones.

El gen olvidado

Miguel Santander

Leroy Adaha volvió a la vida como quien despierta de un sueño. La confusión inicial precedió al pánico, hasta que su mente embotada consiguió abrirse paso en la oscuridad, y recordó.

Separó los párpados y la luz le cegó. Parpadeó con insistencia hasta que las lágrimas aliviaron el escozor y vislumbró la cabeza borrosa de un médico sobre él.

—Te digo que le he visto parpadear.

—Qué vas a ver tú, idiota.

—¡Te lo juro por Dawkins!

—¡Venga ya! Es de mentira. Como esos. ¡Unga, unga!

Confundido como estaba, Leroy encontró raro aquel diálogo, pero no le dio mayor importancia: al fin y al cabo, no sabía cuántos años había dormido. Quizá aquello era lo acostumbrado en ese nuevo y emocionante mundo futuro, en el que tanto su Parkinson como el tumor cerebral de Nashawna tendrían cura. Al fin podrían tener al bebé y seguir con sus tranquilas y acomodadas vidas.

La cabeza borrosa del médico desapareció de su campo de visión. Las convulsiones y el hormigueo regresaron paulatinamente, por lo que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para incorporarse y, al hacerlo, sintió el agradable tacto de la superficie de silicona de la cápsula sobre su piel desnuda. Mareado, parpadeó de nuevo hasta que la visión se aclaró.

Deseó por un instante que fuera el futuro lejano, pues, cuantos más años hubieran pasado, más rentables habrían sido los bonos a plazo fijo que había invertido antes de ser criogenizado.

Su deseo le fue concedido, aunque no de la forma que esperaba. Había dado por supuesto que se encontraría en uno de los quirófanos de la fundación Alcor, pero aquella estancia, amplia y sombría, no tenía nada que ver. Las paredes estaban salpicadas de escaparates cuyos maniqués representaran diferentes escenas de la vida en las cavernas, el Medioevo o la ilustración. Lo que al principio le pareció otra cápsula de criogenia en mitad de

la habitación resultó ser un sarcófago egipcio. Y lo que había creído dos médicos... eran dos niños disfrazados con pieles de oso, cascos medievales y rifles de asalto.

—¡Tiembla, escoria! —dijo uno de ellos mientras se volvía—. ¡Soy un hombre de la antigüedad! ¡Unga, un...!

El grito de guerra murió en sus labios, reemplazado por un agudo chillido de terror. De nada sirvió que Leroy les mostrara una temblorosa palma de la mano; los niños corrieron despavoridos como alma que lleva el diablo.

Leroy salió de la cápsula y fue tras ellos dando tumbos. Bajó a duras penas un tramo de escaleras y traspasó una puerta desvencijada que daba al exterior. Aturdido y jadeante, vio a los niños reunirse con sus padres y entrar en un bloque acristalado que le recordó a los ascensores de un aparcamiento subterráneo. De allí salía más gente que paseaba por las polvorientas calles con aire despreocupado. Algunos incluso caminaron hacia donde él estaba pero se desviaron al verle, haciendo como que no le veían.

Aquella ciudad por la que todos paseaban como si fuesen turistas estaba prácticamente en ruinas. Y habría pensado que había sido construida allí mismo, en pleno desierto y bajo un sol abrasador, de no haber visto a lo lejos la inconfundible y oxidada silueta de la torre Eiffel. Sobrepassado, Leroy se ocultó tras la puerta, cayó de rodillas y rezó. Rogó a Dios que le diera sabiduría para comprender la pesadilla sin sentido en que había despertado, humildad para aceptarla y fortaleza para sobrellevarla. Al anochecer, cuando el trasiego de gente se detuvo y el pavimento cuarteado quedó en silencio, se vistió con los ropajes de seda de un maniquí del Japón feudal, comprobó que la cápsula de Nashawna no se hallaba allí y se aventuró al interior del bloque acristalado frente al museo.

Allí no había nada. Ninguna escalera o puerta que pudiese explicar el paradero de la gente que había visto entrar poco antes. La estancia era poco más que un recibidor conectado a dos pequeñas habitaciones del tamaño de ascensores de hospital. Ascensores, claro, se dijo Leroy mientras entraba en uno de ellos y manipulaba unos controles incomprensibles para él. El pulso se le aceleró cuando la puerta se cerró y, en lugar de ponerse en marcha, el nicho vomitó una espuma viscosa que le cubrió por completo en un abrir y cerrar de ojos. Trató de gritar, pero fue en vano. Completamente inmovilizado, sintió una ligera punzada de dolor cuando una descarga eléctrica lo recorrió de arriba a abajo...y eso fue todo. La espuma se retiró casi tan rápido como había aparecido y la puerta se abrió. Leroy se sacudió restos de espuma adherida a la seda y salió de allí tambaleándose. El corazón le dio un vuelco al comprobar que todo había cambiado: se encontraba en una vasta azotea plagada de sauces y madresevas; al fondo, el sol se alzaba sobre la línea de rascacielos y tras una gigantesca

cúpula de cristal que filtraba sus rayos, creando una atmósfera húmeda y agradable. Un oasis en mitad del desierto de tierra cuarteada que se veía fuera.

Leroy encontró una puerta de acceso al interior y descendió por lo que parecía un centro comercial, tratando en todo momento de disimular los espasmos del Parkinson. La gente que se encontró por el camino hablaba su idioma, pero un dialecto tan raro que apenas comprendía nada.

Aunque no importaba mucho, porque la mayoría le ignoraba por completo cuando él preguntaba qué año era o qué demonios era aquel sitio, y el resto se limitaba a mirarle con curiosidad. Un par de muchachas, en cambio, le dedicaron unas miradas tan lascivas que le hicieron enrojecer.

Al cabo de un rato comprendió que no eran sus anacrónicos ropajes lo que llamaba la atención de aquella gente, sino el color de su piel: había orientales, caucásicos, latinos y gente de etnias tan exóticas que Leroy ni siquiera conocía, pero no había ni un solo negro. La vergüenza que aquello le produjo se vio superada por la deshonra de tener que pedir comida cuando el hambre lo superó, y ésta por la infamia de ser expulsado a la calle por los guardas y la humillación de tener que rebuscar en la basura hasta encontrar algo que echarse a la boca. Gimoteando, se acurrucó en un rincón y esperó a quedarse dormido.

Muchos años después, Leroy seguiría preguntándose qué habría sido de él de no haber aparecido la mujer en aquel momento.

Gloria no se había sorprendido lo más mínimo al verle. Era como si supiera dónde se encontraba de antemano. Le tendió una mano, le habló en palabras que comprendía y le invitó a acompañarle.

Fue como si Dios le hubiese enviado un ángel. Un ángel encarnado en la mujer más bella que Leroy había visto en su vida. Era pálida, alta y esbelta, de caderas sinuosas, pechos abundantes, labios carnosos y ojos de un azul tan cristalino que parecían de diamante.

Enseguida reparó en sus temblores, por mucho que él se esforzó en ocultarlos. Sonrió enigmáticamente y le guió hasta uno de aquellos extraños nichos-ascensor, a los que se refirió como teletransportadores.

Tras otra de aquellas descargas salieron a lo que parecía una clínica. Le hicieron sentar y otra mujer le dio una pastilla y manipuló una herramienta parecida a un torno de dentista que le provocó un cosquilleo en la nuca.

Leroy tardó un minuto en darse cuenta de que el temblor había cesado por completo. Alzó la mano y fue como si la viera por primera vez. Gloria sonrió con lo que le pareció

ternura y lo sacó de allí, mientras él se miraba la mano sin dar crédito. El único rastro que quedaba del Parkinson era su acostumbrada rigidez al andar, que ahora le hacía trastabillar y le confería a su caminar un aspecto forzado.

Cinco minutos después, traspasaban la puerta de la casa de Gloria, en el otro extremo del planeta. Había una mujer sentada en el salón, absorta en una pantalla que ocupaba toda la pared. Si reparó en su presencia, no dio muestra alguna de ello.

—No sé cómo puedes soportar esa basura... —comentó Gloria al pasar junto a ella.

La pantalla mostraba a varios hombres y mujeres discutiendo a gritos. Uno de ellos estaba ensangrentado.

—«Envía LIQUIDAR seguido del nombre de tu concursante favorito al 666» —vocalizaba una sensual voz.

La otra mujer se encogió de hombros. Era casi tan bella como Gloria.

—No hay nada mejor.

Leroy alzó una ceja con expresión interrogativa.

—Mi... creo que en tu época no había una palabra adecuada. Al menos no en las culturas que conozco. A falta de una palabra mejor, digamos que Dunyette es... mi mujer. Dunyette, mi amigo se quedará aquí una temporada.

Dunyette hizo un gesto de impaciencia. Mientras la seguía al interior de la vivienda, Leroy acertó a oír las palabras «motosierra», «electrocución» y «empalar» pronunciadas de una manera tan sexy que se le revolvieron las tripas.

—¿Mi época? ¿Cómo sabes...?

—Soy historiadora. Y tú negro.

—No entiendo...

—Criogenizado. ¿Me equivoco? No, ya lo suponía. Toma, ponte esto, creo que es de tu talla. Diría que te congelaron en el s. XXI. A principios, si me apuras.

Leroy asintió, perplejo. Ella suspiró.

—No tiene mucho mérito. Tuvo que ser antes de... —se interrumpió de pronto.

—¿Antes de qué?

—Antes del Genocidio —dijo ella con expresión grave—. Un grupo terrorista de ideología xenófoba diseñó y liberó a la atmósfera un virus que atacaba una secuencia genética específica muy extendida en la población subsahariana original y en sus descendientes afroamericanos. No sólo sucumbió toda la población negra en cuestión de semanas, sino también muchos blancos que no sabían de su ascendencia mulata.

Él no respondió. No estaba preparado para asimilar aquello.

—¿En qué año estamos? —preguntó con un hilo de voz.

—2576.

El ataque de vértigo obligó a Leroy a sentarse.

—Más de cinco siglos... —murmuró—. Soy como un hombre de la edad media para ti...

—Pues te conservas muy bien...

—Si no te importa, me gustaría descansar. Hoy he tenido mucho más de lo que puedo digerir.

Ella lo invitó entonces a acostarse en su cama. A él le extrañó, pero no dijo nada. No hasta que ella se desnudó, se metió entre las sábanas y le acarició la entrepierna entre risas.

—Gloria —protestó—. No... Yo... no puedo.

Y era cierto. Quizás fueran los nervios, o el estrés postraumático, o el Genocidio que Gloria había mencionado, o más bien que cada vez que cerraba los ojos era a Nashawna a quien veía. El caso es que, a pesar de estar en la cama con la mujer más despampanante que había conocido jamás, no logró tener una erección.

—Lo siento —sentenció—. Estoy casado.

Gloria se puso de lado, apoyó la cabeza en la palma de la mano y le miró con expresión divertida.

—Perdona, olvidaba que la monogamia era lo normal en tu época. Qué tierno...

Él sintió una extraña mezcla de vergüenza e indignación, pero no contestó.

—Aunque... Tu mujer... —ella volvió a interrumpirse y sacudió la cabeza—. Bueno, no importa.

Ya has tenido suficiente por hoy.

—¿Y que me dices de ti? ¡Pensé que eras lesbiana!

—¿Dunnette? ¡Qué va! Estamos... asociadas. Yo ayudo a criar a sus hijos y ella a los míos.

—¿Tienes hijos?

—Una vez, casi —dijo ella con voz queda—. Pero tenía síndrome de Down, así que...

Leroy prefirió no indagar más por temor a la posible respuesta.

—¿Y tú? ¿Tienes hijos?

—También casi. Mi mujer estaba embarazada de seis semanas cuando la criogenizaron. Yo...—añadió tragando saliva—. No sé dónde está, ni siquiera sé si está viva o si lleva siglos muerta...

¡No comprendo nada de este... maldito mundo!

Ella le tomó la mano.

—Aún conservamos los registros de los museos. Si fue trasladada a uno de ellos, la encontraremos.

—¿La encontraremos? Disculpa la pregunta, pero ¿qué ganas tú con todo esto?

—¿Bromeas? ¿Qué historiador en su sano juicio renunciaría a aprender directamente de alguien que vivió hace quinientos años?

No fue tan fácil como Gloria había supuesto. Los registros de los museos no incluían los nombres de los pacientes criogenizados que fueron trasladados allí tras la quiebra de Alcor en el s. XXII. Tardaron un mes en hacer progresos significativos y se vieron obligados a recorrer, uno por uno, los museos de historia abandonados de todo el planeta.

Leroy se apenó al comprobar que la biosfera de la Tierra casi había sucumbido a lo que en su época habían llamado cambio climático. Gloria decía que no era muy diferente a las extinciones masivas que habían ocurrido en el pasado remoto: un pequeño desequilibrio inicial había provocado una reacción en cadena que fue imposible de detener. Para Leroy, aquello era un apocalipsis a cámara lenta. Los océanos se habían llevado por delante casi todas las ciudades costeras de antaño y los continentes eran desiertos de tierra cuarteada y baldía. Los casquetes polares habían desaparecido, y el 80% de las especies animales y vegetales eran una sombra de un pasado remoto que hasta hacía escasas semanas había sido su imperfecto pero familiar presente.

En un planeta herido y agotado, los conflictos no se habían hecho esperar. La guerra, el hambre y la sed disminuyeron la población mundial a poco más de quinientos millones. Si la humanidad no había perecido del todo, había sido gracias a la ciencia y la tecnología. Las grandes ciudades, focos de miseria e infección, fueron abandonadas, y se construyeron refugios tras enormes cúpulas de control climático donde la vida no era tan desagradable como allá afuera.

Aquel no era, desde luego, el futuro que Leroy habría esperado. El agua dulce era un bien tan escaso que no todo el mundo podía permitírsela embotellada, y una espuma arenosa sustituía a la ducha matinal. La decadente sociedad se solazaba en fiestas y orgías donde cualquiera podía participar, y los valores que imperaban eran otros muy diferentes —algunos francamente repugnantes, como la esterilización de aquellos con predisposición genética a sufrir enfermedades graves— a los valores cristianos que él conocía y procuraba practicar.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

No le extrañó no ver iglesia alguna en aquellos refugios. Guiado por la prudencia, no le reveló a Gloria sus creencias, aunque mantuvo la costumbre de rezar todas las noches a escondidas.

Aquello fue, durante las primeras semanas, lo único que le mantuvo cuerdo.

Ni que decir tiene que, en aquel mundo, Leroy habría tenido las mismas posibilidades de recuperar su dinero que si se lo hubiera pedido al espíritu de Isabel la Católica para llegar a las Indias por el Oeste. Dependía absolutamente de Gloria, quien, a decir verdad, no parecía pasar penuria económica alguna, a diferencia de la mayoría de la población que encontraron en su búsqueda.

Ni siquiera los viajes se parecían en nada a lo que se había imaginado de pequeño. No sólo no había coches voladores, sino que no había coches en absoluto, y Leroy tampoco vio aparato alguno surcar los cielos. El único medio de transporte que utilizaban era los nichos que había por doquier.

Con todo, Leroy terminó por acostumbrarse al teletransporte. Era rápido, cómodo y barato, y hacía que la perspectiva de un control de seguridad aeroportuario pareciera una inocentada en comparación. Lo único chocante era la desorientación que producía a veces, cuando un instante estaban bajo un sol de justicia, y al instante siguiente bajo un firmamento dominado por miles de estrellas. Revisaban las ruinas de dos museos cada día, a veces tres. La mayoría contenía cápsulas vacías o averiadas, con los restos mortales de sus ocupantes momificados. Otras, en cambio, seguían activas, alimentadas, como había estado la suya, por los paneles solares del tejado. Leroy no despertó ni a uno sólo de los dormidos. Imaginaba que ante la perspectiva de aquel presente, muchos habrían preferido seguir durmiendo, a la espera de un mañana mejor.

En una ocasión emergieron a una tarde nublada en algún punto de la península itálica. No tardaron en avistar una iglesia de piedra que dominaba una pequeña comunidad a cielo abierto. Y no tardaron en ser avistados saliendo del nicho de teletransporte.

La piedra le impactó en la frente. La vista se le nubló un instante y sintió la calidez viscosa de la sangre al deslizarse por la mejilla.

—¡Gólems! ¡Volved por donde habéis venido!

Otra piedra silbó junto a su oído. Cuando el dolor remitió lo suficiente como para abrir los ojos y apartar la mano vio a varias personas ataviadas como los beduinos. Se congregaban alrededor del que había lanzado la piedra.

—¡Aquí no os queremos! —gritó otro mientras se agachaba a por otra roca.

Gloria fue más rápida. Tomó una piedra de bordes afilados y la lanzó con sorprendente precisión. El segundo hombre sacudió la mano en un gesto de dolor y no se atrevió a recuperar el proyectil que había perdido. Ninguno se atrevió.

—¡Putos vaticanistas! —dijo Gloria, desafiante—. ¡Meteos en vuestros asuntos y dejadnos en paz! Vámonos, anda. ¿Estás bien?

oOo

Diez minutos más tarde, de vuelta en casa, la historiadora le limpió la herida.

—Nos llamó gólems. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Por la misma razón por la que son sólo un puñado de marginados.

—No entiendo.

La voz de Dunyette les llegó desde el salón.

—Tu primitivo amigo negro tampoco sabe cómo funciona el teletransporte, ¿verdad?

—Claro, he visto Star Trek —bromeó Leroy en voz alta—. No sé dónde está el misterio.

La mujer apareció en el umbral de la puerta y se apoyó en él de brazos cruzados.

—En que lo que viaja no es tu cuerpo —dijo, cortante—, sino el estado cuántico de sus átomos, gracias al fenómeno de entrelazamiento. En otras palabras, la manera en que están dispuestos y enlazados. Lo que hace que tú seas tú.

—Quizá sea la pedrada, pero cada vez entiendo menos.

—Lo que Dunyette quiere decir —intervino Gloria— es que cuando nos teletransportamos de vuelta aquí, los átomos que componen tu cuerpo ahora estuvieron aquí todo el tiempo, en el nicho de teletransporte.

—¿Queréis decir que tengo un cuerpo nuevo? —dijo, incrédulo—. ¿Y qué ocurrió con el antiguo? ¿Sigue dando vueltas por ahí, recibiendo pedradas?

Dunyette le miró fijamente sin disimular su sonrisa de suficiencia.

—Fue destruido.

La sombra de una idea ominosa cruzó la mente de Leroy.

—No tiene nada de raro —terció de nuevo Gloria—. A lo largo de nuestras vidas, casi todas las células de nuestro cuerpo son renovadas varias veces, reemplazadas de forma natural. Esto es lo mismo, pero todo a la vez.

—¿Y quién me asegura a mí que no tengo tantos dobles como veces me he teletransportado?

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—La física cuántica. La información a nivel cuántico no se puede duplicar, sólo transferir. Aunque dudo mucho que un organismo medieval tan poco evolucionado como tú sea capaz de entenderlo.

—Déjale en paz, Dunyette. Sabes tan bien como yo que evolución no significa mejora.

—La nuestra sí —replicó la otra mujer con frialdad—. Sus genes han estado estancados durante siglos. Mira ahí afuera, a duras penas sobrevivimos aquí. Su inútil código genético nos viene tan bien como a los vaticanistas un poco menos de fundamentalismo. Bueno, al menos ellos tienen la decencia de no destruir los nichos. Supongo que aunque no seamos criaturas de ese dios suyo tampoco está bien matarnos. Pero este juguete tuyo...

—Dunyette, te lo advierto...

—Y si estás pensando que podrás llevártelo a Paraíso como si nada, tal vez deberías...

—¡Ya basta!

—Como quieras —dijo, y salió.

—No se lo tengas en cuenta —se disculpó Gloria—. A veces es demasiado extremista. Lo que quería decir es que la teletransportación se parece a un fax de tu época. Bueno, a uno en el que el original fuera destruido y no se guardara ninguna otra copia.

Pero Leroy ya lo había comprendido. Un sudor frío le bajó por la frente y se le metió en la herida, haciendo que le escociera de nuevo.

—Los gólems —murmuró para sí— eran seres de apariencia humana contruidos por el hombre... Seres sin alma.

—Eso mismo sostuvo el Vaticano cuando la teletransportación a escala macroscópica comenzó a ser una realidad a finales del s. XXI y surgió el debate sobre si deberían permitirse las pruebas con voluntarios humanos. Técnicamente, el proceso requería la muerte del sujeto, por lo que el alma ascendería al cielo y el cuerpo nuevo carecería de ella, ya que la capacidad de infundirla le estaba reservada sólo a Dios.

Leroy sintió náuseas. Aquello tenía que ser un mal sueño.

—Sí, el sujeto quizás se comportara como siempre, pero ya no sería una criatura del Señor.

La Iglesia Católica demonizó esta tecnología y prohibió a sus fieles usarla bajo pena de excomuniación.

—No puedo... No puedo creerlo.

—¿Verdad? Yo tampoco. Posicionarse en contra tan abiertamente les acabó condenando al ostracismo. Las pruebas se realizaron igualmente, y cuando el teletransporte bajó de precio y se popularizó, la inmensa mayoría de la gente, religiosa o no, terminó

adoptándolo. Después de todo, ¿quién querría pasarse diez horas hacinado en un tubo de metal para cruzar el Atlántico cuando podía llegar en un abrir y cerrar de ojos? La pérdida del alma inmortal no daba tanto miedo cuando, tarde o temprano, todo el mundo conocía a alguien que lo había probado y que resultaba indistinguible de su yo anterior.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Leroy. Suicidio. Por mucho que no supiese qué hacía, se había suicidado en aquel primer salto. Las puertas del Cielo le estarían vedadas cuando muriese. ¿Cuando muriese? ¡Si ya había muerto! Pero entonces ¿porqué se sentía en aquel cuerpo, igual de vivo que antes? Y si era un gólem, ¿dónde estaba su alma? ¿Por qué su consciencia estaba allí atrapada y no en su alma, aunque fuera camino del infierno? ¿Quién era él? Se visualizó a sí mismo, muerto en el primer nicho, en el interior de aquel intercambiador junto al museo donde había despertado. Su cuerpo se habría reducido a un montón informe de moléculas orgánicas y de átomos inertes. Ni siquiera la resurrección de la carne sería posible.

Aquella idea fue más de lo que pudo soportar. Leroy se inclinó hacia adelante y vomitó sobre la alfombra.

—¿Estás bien? ¿Seguro que la segunda piedra no te alcanzó? No te preocupes, el sistema de limpieza arreglará este desastre. Vaya, estás pálido...

Leroy tenía la vista amarillenta, pero asintió y se forzó a sí mismo a sonreír.

—Sigue, por favor.

—Ni hablar. Tú te acuestas ahora mismo. Continuaremos buscando mañana.

Pero no fue así. Leroy se negó a reanudar la búsqueda al día siguiente, y al otro, y al otro. Encerrado en un mutismo que Gloria no comprendió, permaneció bajo la cúpula de la ciudad refugio, vagando sin rumbo por las calles bajo las miradas de curiosidad o desprecio de la gente, sin atreverse en ningún momento a poner un pie en un nicho teletransportador. Tres días después llegó a la conclusión de que ya era demasiado tarde para cambiar nada. Era un hombre sin alma y lo seguiría siendo, pero eso no le impediría seguir amando a su mujer y a su hijo. Gloria no pareció sorprenderse cuando entró y le pidió que continuase con la historia del ocaso de la que había sido su religión.

Gloria le contó cómo una nueva religión compatible con el concepto de teletransporte se abrió camino fácilmente. Los sectores menos radicales de la Iglesia intentaron integrarlo también en su doctrina, pero reaccionaron demasiado tarde. Para entonces el genetismo, que no buscaba la inmortalidad individual sino la inmortalidad de los mejores genes, a través de

su difusión y supervivencia, contaba con millones de adeptos. Inmortalidad genética. A Leroy le pareció tan absurdo como la reencarnación del Budismo.

Extrañamente, aquello le hizo sentir mejor.

Esa misma tarde volvieron a la comunidad vaticanista. Allí era de noche, lo que les facilitó enormemente el pasar desapercibidos. Por si acaso, no saltaron al mismo portal sino a otro cercano, desde el que fueron a pie.

No tardaron en encontrar el museo a través de sus gafas de visión nocturna. Leroy comprobó con alivio que los paneles solares del tejado seguían allí, alivio que se tornó en lágrimas de felicidad cuando limpió la escarcha del cristal de la cápsula y vio el rostro de Nashawna al otro lado.

Gloria le detuvo cuando se disponía a manipular los controles para despertarla.

—Espera. El proceso de decriogenización tarda casi un año en completarse. Deberíamos asegurar la zona y comprobar si podemos curarla.

Leroy caminó de un lado a otro como un león enjaulado mientras Gloria conectaba un dispositivo a un puerto lateral de la cápsula y leía el diagnóstico. Sintió el nudo en el estómago aún antes de ver la lágrima en el ojo de ella y sus labios musitar un «lo siento». En la pantalla azulada que le tendió pudo leer «Glioma localizado en corteza prefrontal. Probabilidad de supervivencia: 0%». A pesar de todos los avances tecnológicos de aquella sociedad, el tumor cerebral de Nashawna aún no tenía cura, y quizás nunca la tuviera.

No hablaron durante todo el camino de vuelta. Después, Leroy se metió en la cama y no salió de allí en dos semanas. Preocupada, Gloria trató de animarle en varias ocasiones. Un día entró con una sonrisa enorme en la cara y le mostró una tarjeta.

—Un pase de alto nivel para el teletransportador a Paraíso —dijo tendiéndosela—. Para ti.

—¿Paraíso? —preguntó él, lacónico.

Paraíso, según le dijo ella, era la solución que había encontrado la humanidad al acuciante problema del cambio climático. Parecido a la Tierra en masa y tamaño y dotado de una atmósfera respirable, había sido el primer planeta habitable que la humanidad descubriera, en el s. XXI, fuera del sistema solar. El único problema era que orbitaba alrededor de Épsilon Eridani, una estrella situada a unos diez años-luz, lo que hacía impracticable un viaje tradicional, por no hablar de una evacuación a gran escala.

Sin embargo, todo había cambiado cuando el teletransporte fue una realidad. Se lanzó una sonda no tripulada que tardó 300 años en llegar y depositar un nicho de teletransporte en la superficie del planeta.

—Esta vez no será instantáneo. Estaremos diez años en el nicho de Paraíso, esperando a que la señal necesaria para reconstruirnos llegue hasta allí desde la Tierra. Pero para nosotros no habrá pasado ni un segundo. Claro que para ti eso no será nada nuevo...

Aquello le dio una idea a Leroy.

Leroy saltó a Paraíso con Gloria, pero no permaneció allí. Ella insistió en que exploraran juntos aquel mundo casi virgen en el que los genetistas habían introducido multitud de especies de plantas y animales que en la Tierra se habían extinguido. Su pasión era comprensible —Paraíso hacía que la Tierra pareciera un infierno en comparación—, pero Leroy era incapaz de sentirla. No sin Nashawna. No hasta que pudiese salvarla a ella y a su hijo. Gloria lo entendió, aunque le dijo que era un sentimental.

Al ver a los colonos, Leroy comprendió la apariencia y el estatus de Gloria, de los cuales ella nunca le había hablado. Pertenecían a la clase más pudiente de genetistas, que podían permitirse la selección genética de sus hijos de entre la variedad que las clases más bajas difundían. Aquello les hacía más altos, más musculosos, más longevos, más hermosos y más inteligentes. Superiores.

Tanto Gloria como él se sorprendieron al ver que todos los colonos que llevaban más de una semana en Paraíso tenían la piel surcada de pequeños lunares, debido seguramente a la reacción con los microorganismos que había en Paraíso antes de la llegada del ser humano. Según supieron, tras una prudente cuarentena inicial de varios años sin provocar efecto alguno se les había considerado inocuos, y algunos de los residentes más antiguos hasta los lucían con orgullo.

Tras despedirse de Gloria, volvió a la Tierra, donde comprobó con satisfacción que habían transcurrido veinte años desde su partida, mientras que para él habían pasado sólo unos días. Nada parecía haber cambiado. Aunque estuvo tentado, no se atrevió a regresar junto a la cápsula de su mujer en el museo de la comunidad vaticanista por si alguien lo reconocía.

En cuanto hubo comido y descansado, se dispuso a saltar a Paraíso de nuevo. Lo que se encontró fue una evacuación en toda regla: el enorme edificio de nichos teletransportadores de la Tierra estaba a reventar, y las reservas para viajar a Paraíso se estaban dando a años vista. Las noticias hablaban de un terrible cataclismo en las afueras del sistema solar que había

enviado a Ceres a una órbita muy interior. A la larga, según decían, el planeta enano acabaría colisionando con la Tierra y convirtiendo su superficie en un océano de magma.

Por suerte, la tarjeta de alto nivel le permitió ahorrarse la cola. Casi nadie le prestó demasiada atención a su llegada a Ciudad Edén, pero Gloria se alegró mucho de verle, a pesar de tener que darle la mala noticia de que aún no había cura para el tumor cerebral. Seguía siendo hermosa, a pesar de las finas arrugas que se le empezaban a dibujar junto a los ojos y las comisuras de los labios. Incluso los lunares le sentaban bien, especialmente el que lucía en la mejilla izquierda.

Gloria le presentó a sus tres hijos. Eran tan diferentes entre sí que no parecían hermanos, aunque todos habían heredado la belleza de su madre. Dreyamar tenía la piel rojiza y el cabello y las cejas muy oscuros y poblados; Ada era tan pálida como Gloria, pero de ojos rasgados y melena de un rubio tan claro que parecía plata; y Ernesto, de piel olivácea y ojos verdes, tenía las orejas de su madre y su deliciosa sonrisa.

Dos saltos después, todos ellos estaban muertos.

Gloria había sido la primera. Murió a los 73 años de una fiebre repentina. Sus hijos ocuparon las tumbas junto a la suya sólo unos años después, a causa de las mismas fiebres. Para cuando Leroy llegó a la gigantesca Ciudad Edén, corrían rumores que relacionaban las repentinas muertes de los primeros colonos con los lunares que toda la población tenía. Se mandaron mensajes de aviso a la Tierra, aún a sabiendas de que ya era tarde: allí apenas quedaba nadie, y los pocos que no habían emigrado a Paraíso jamás utilizarían un teletransportador.

Apenado, Leroy saltó de vuelta a la Tierra y, una vez allí, programó el primer nicho que encontró para viajar a las cercanías de la comunidad vaticanista, desde donde completó el trayecto a pie. El efecto que su presencia causó fue muy diferente esta vez. Un hombre negro que asomara por el horizonte, caminando bajo un sol abrasador, no era algo que se viera todos los días. Le acogieron con tal mezcla de reverencia y amabilidad que apenas echó de menos el agradable clima de Paraíso.

Por supuesto, guardó silencio respecto a su procedencia y en cuanto pudo escabullirse una noche, comprobó que la cápsula de Nashawna seguía en perfecto estado.

Al cabo de unos días, Leroy volvió a saltar a Paraíso, comprobó sin mucha esperanza que aún no había cura para Nashawna, y saltó de nuevo a la Tierra, donde se aseguró que los paneles solares del museo donde dormía Nashawna seguirían funcionando. Repitió la operación, una y otra vez, y otra, y otra más, hasta que los días se convirtieron en décadas y

las semanas en siglos. El presente desfiló ante él a velocidad de vértigo y fue testigo de los cambios en dos mundos cada vez más ajenos entre sí. La vieja Tierra permaneció siendo un planeta yermo y desolado, donde los vaticanistas sobrevivían más mal que bien. Las pocas noticias que les habían llegado de Paraíso habían reafirmado a la comunidad en su actitud hacia quienes ellos llamaban gólems. Interpretaban los lunares como un castigo divino y, durante una de sus primeras estancias en la Tierra, estuvieron a punto de lapidar a dos pobres diablos que habían saltado desde Paraíso, cosa que probablemente habrían hecho de no haberlos detenido Leroy. En cuanto a él, para su propia desesperación, llegaron a considerarlo un ángel del Señor que bajaba a la Tierra para guiarlos cada vez que su fe flaqueaba. Llegaron, incluso, a relacionar sus venidas con la aparición de un nuevo astro en el cielo. El Heraldo, como lo llamaron, aparecía en el cielo nocturno y se movía como un planeta durante meses, para debilitarse y terminar desapareciendo hasta su siguiente venida, varios años más tarde. En ocasiones, el Heraldo era tan brillante que se veía incluso de día.

A Leroy le parecía impío no desmentir aquella teoría, sobre todo cuando el destino del Heraldo, o mejor dicho Ceres, era probablemente chocar con la Tierra y no anunciar la venida de nadie. Sin embargo, no tenía alternativa. La cura de Nashawna no llegaba, y el panorama en Paraíso no era menos desolador que en Infierno, como terminaron llamando allí a la Tierra. Nadie estaba a salvo de la pandemia. Los bebés nacían con aquellos lunares en la piel que permanecían allí durante seis o siete décadas, hasta que el virus se activaba y mataba al portador. Desesperados, los genetistas probaron de todo, desde la extirpación de los lunares hasta las terapias génicas más avanzadas.

Todo fue en vano.

Y el virus, mientras tanto, mutó. Lentamente, en un proceso que le llevó siglos, se hizo más agresivo. Cada vez se activaba más pronto, y reducía la esperanza de vida de una población cada vez más resignada a morir antes de tiempo.

En todas sus visitas había algo en común: al verle, casi todos recelaban de lo que consideraban una curiosidad del pasado remoto, de modo que procuraba pasar desapercibido usando ropajes que le cubrieran casi todo el cuerpo.

Un día paseaba por un parque de Ciudad Edén bajo el sol de Paraíso, tan rojizo que siempre parecía a punto de ponerse. El joven más apuesto que había visto en su vida hablaba con exaltación de la superioridad de la especie humana en una pantalla gigante suspendida por un dirigible. Era el discurso de investidura del nuevo presidente Suligan, quien no debía de sobrepasar los veintidós años de edad, y ya hablaba del orgullo que le producía gobernar a la versión más perfecta que la humanidad había hecho de sí misma.

Leroy miraba absorto la pantalla cuando un joven lo agarró del brazo, le hizo volverse y examinó de cerca su piel oscura.

—Tú... Tú no tienes lunares.

Aquello fue una sorpresa para Leroy. Acostumbrado a ser un mero espectador de la Historia, jamás se le había ocurrido que él mismo pudiese contraer la enfermedad, y mucho menos que ésta no le afectara en absoluto. Y, sin embargo, así parecía ser, por alguna extraña razón. Leroy ya había visto suficientes siglos de barbarie como para temer la actitud de aquel joven, de modo que se zafó de su garra y echó a correr hasta el teletransportador más cercano. Desde allí saltó al edificio del teletransportador a la Tierra, y luego a su planeta natal.

Atemorizado ante la idea de que el joven lo hubiera seguido, entró en el primer nicho que vio y saltó a un sitio al azar. Lo que había sido una ciudad de edificios que cortaban el cielo apareció ante sus ojos como unas ruinas plagadas de escombros. Pero había algo raro: desde donde estaba, en lo alto de una colina, pudo ver que la vegetación que otrora había cubierto la ciudad había sido arrancada, y que las siluetas de los rascacielos se hallaban inclinadas hacia el mismo lado, deformadas y retorcidas, como si hubiesen sido sopladas por un gigante. Arriba, en el cielo, el inconfundible Heraldo dominaba el cielo matutino.

Leroy caminó entre las ruinas hasta encontrar otro nicho que aún funcionaba, desde donde volvió a la comunidad vaticanista. Dubitativo ante la idea de volver a Paraíso, permaneció un mes en la Tierra. Allí aprendió, de boca de un niño cuya ingenuidad y falta de temor le hacían ser espontáneo, que el Heraldo había brillado como nunca en el cielo diurno, hacía unos meses. Había crecido en cuestión de días, pasando de mero punto luminoso a una enorme media luna, cinco veces más grande que aquella.

Los ojos de aquel niño, Mateo, brillaban cuando le describió con todo lujo de onomatopeyas la tormenta de fuego que había caído del cielo, trazando estelas de humo que cruzaron el cielo, y los fogonazos que habían iluminado el ocaso como si fueran rayos de la tormenta más violenta jamás vista. Los impactos habían levantado tanto polvo que durante dos semanas el sol se puso, pero no llegó a hacerse de noche.

El Heraldo anunciaba así que el fin del mundo estaba cerca, y la gente, atemorizada, venía a él en busca de consuelo tras la misa. Leroy no supo qué decirles, pero eso no pareció minar su devoción por él. Rodeado de gente pero más solo que nunca, pasó días enteros en el museo, contemplando el sueño apacible de Nashawna.

El pequeño Mateo lo sorprendió allí una tarde, pero a Leroy no le incomodó. En el fondo, supuso, ansiaba alguien con quien hablar.

—Mi mujer —dijo—. Duerme, a la espera de un mañana mejor. Verla me da esperanza en que el Señor traerá ese mañana algún día. ¿Ves su tripa? Aún no se nota, pero nuestro hijo duerme ahí dentro, con ella.

Le habló entonces de la sonrisa de su mujer y de su fortaleza cuando le diagnosticaron el tumor cerebral y la criogenizaron, y de su mirada cuando le dijo que pronto se encontrarían de nuevo. Conteniendo las lágrimas, le habló de su época, hacía tanto tiempo, y de los pecados de la humanidad y el castigo divino infringido a los que habían huído a Paraíso, aunque omitió cuidadosamente todos los detalles que pudieran llevar a Mateo a sospechar que él era un gólem más, y dejó que siguiera creyendo lo increíble.

Una semana después, Leroy dejó atrás la comunidad vaticanista y regresó a Paraíso.

Esta vez le estaban esperando.

Cayeron sobre él cuando salía del nicho y lo llevaron a una celda de paneles brillantes. Leroy reconoció al joven que había reparado en su carencia de lunares. El doctor Vargas, según se identificó, no respondió ni a una sola de sus preguntas, y en cambio le hizo pruebas durante dos semanas.

Cada día le tomaban muestras de tejidos, sangre, orina y heces y desaparecían durante horas. Luego volvían y le inyectaban algún tipo de suero, y vuelta a empezar. Finalmente, el doctor Vargas fue a buscarle y le condujo hasta un despacho adyacente. Entre los hombres y mujeres allí reunidos, Leroy reconoció al joven presidente Suligan, cuyo discurso había presenciado en su última visita. Aunque ya no era tan joven.

—No me andaré con rodeos, señor...

—Adaha.

—Señor Adaha. Nos extinguimos. Jamás debimos venir aquí. La Guadaña Negra se adapta a nosotros, activándose cada vez más pronto. Según nuestros cálculos, de aquí a cien años nos matará antes de la pubertad, y será el final.

—Lamento oír eso. Pero todos moriremos, tarde o temprano.

—No lo comprende. No son sólo nuestras vidas lo que está en juego, sino la inmortalidad de nuestros genes.

—Ya. Y por eso me han secuestrado.

—No nos explicamos cómo, pero es usted... —pareció que le costaba decirlo—. Es usted inmune a la enfermedad.

—Quién lo hubiera dicho, ¿verdad? —se permitió responder Leroy.

El presidente Suligan ignoró el comentario.

—El doctor Vargas dice que el responsable es un rasgo genético típico de su... etnia. Es demasiado tarde para nosotros, pero creemos que sus descendientes biológicos serán, al igual que usted, inmunes.

Un silencio incómodo se adueñó de la sala.

—Así que me ha tenido dos semanas retenido contra mi voluntad y haciéndome pruebas para pedirme ahora que me masturbe para salvar su alma.

—Créame que de haber otra manera... —dijo Suligan, visiblemente irritado.

—Pues no les servirá de nada. No podría ayudarles aunque quisiera. Soy estéril. Un efecto secundario de la criogenia —añadió con un encogimiento de hombros.

Suligan miró de reojo a Vargas, quien asintió en silencio. La sala se llenó de rostros sombríos y nadie dijo nada durante un rato. Al fondo se oían sollozos ahogados.

Leroy recordó entonces la premura de su médico al instarles a congelar a Nashawna en cuanto le diagnosticaron el tumor. «Tiene que ser ya», había dicho. El feto aún no había desarrollado los órganos sexuales, por lo que la criogenia no lo esterilizaría.

—Sin embargo... —dijo tras un sonoro suspiro—. Mi mujer fue criogenizada también. Estaba embarazada de seis semanas.

Varios rostros se alzaron, esperanzados.

—Pero hay un problema —prosiguió Leroy—. Nashawna tiene un tumor cerebral en el lóbulo frontal. Inoperable. Le dieron tres meses de vida.

—Nada es inoperable —intervino Vargas—. Le extirparemos el lóbulo frontal y la mantendremos sedada hasta que de a luz.

—¿Lobotomizará a mi mujer para usarla de incubadora? Ni hablar. No les diré dónde está.

—Sea razonable, por Dawkins. Su hijo salvará a la humanidad. Será inmortal con ella.

—Quizá no me he expresado con claridad. Váyanse al infierno ustedes, su inmortalidad de pacotilla y su puñetera superioridad racial —se levantó.

—Espere —dijo Suligan alzando la voz—. Hay una alternativa. Destinaremos todos nuestros recursos a desarrollar una cura para el tumor de su mujer.

—Pero señor presidente —protestó el doctor Vargas—. No podemos...

Pero Suligan había dicho su última palabra. Dejaron marchar a Leroy, que saltó a la Tierra en cuanto tuvo oportunidad.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Leroy supuso que le seguirían, por lo que saltó al azar varias veces y caminó entre nichos para borrar su rastro. Cuando finalmente llegó a la comunidad vaticanista, encontró a un Mateo adulto que le saludó efusivamente y le acompañó hasta la cápsula de Nashawna.

—Te brillan los ojos, maestro.

—Me han prometido una cura —le comentó Leroy sin poder contener los nervios—. Pronto podré recuperarlos, a ella y al bebé.

Mateo frunció el ceño.

—¿Quién os ha prometido una cura?

—Oh, nadie. El Señor —acertó a balbucear al percatarse de su desliz.

Mateo se limitó a asentir.

Aquella misma noche echó a andar hacia los nichos de teletransporte y saltó a Paraíso. Sus nervios se tornaron en euforia cuando un envejecido y febril doctor Vargas le dio la noticia que llevaba siglos esperando. El suero que habían desarrollado erradicaba las células cancerosas sin atacar a las demás.

—Los ensayos muestran una efectividad del 96%, sin apenas efectos secundarios —le dijo.

Le dieron instrucciones de inyectarle el suero en cuanto despertara, y traerla después. Leroy, demasiado emocionado como para pensar con claridad, volvió a la Tierra y se desplazó al pueblo vaticanista lo más rápido que pudo.

Ni siquiera tuvo que alzar la vista para ver al Heraldo mientras caminaba hacia la Iglesia en la lejanía. El asteroide, una cimitarra surcada de cráteres que hendía el cielo, era diez o veinte veces más grande que el Sol en el firmamento, y crecía por momentos mientras se acercaba al astro rey.

El fin del mundo había llegado también a la Tierra.

Leroy corrió hasta el museo, pero se encontró con que la cápsula de Nashawna estaba abierta y vacía. Desesperado, caminó por el pueblo desierto, siguiendo un lejano rumor de cánticos que lo llevó hasta la iglesia.

Fue entonces cuando la vio, allí, en un parche de césped seco y amarillento en el lateral del edificio. Leroy no sabía latín, pero reconoció el nombre de su esposa en la lápida de piedra. Destrozado, cayó de rodillas y lloró hasta que las puertas de la iglesia se abrieron y un joven de piel tan negra como la suya emergió al exterior. No superaba los diecinueve años.

Leroy se acercó para abrazarlo.

—Hijo mío... —dijo.

—¡No! ¡Aléjate, demonio! —exclamó él.

Leroy contuvo la respiración. Un Mateo calvo y de espesa barba gris salió de la iglesia tras ella. Dentro aún cantaban, rogándole a Dios por sus almas en aquellas últimas horas.

—No me equivoqué al sospechar de ti, gólem. No me equivoqué al seguirte hasta el teletransportador, aberración. Hemos salvado el alma de la mujer y el hijo que ansiabas corromper; ahora vuelve a tu agujero en el infierno, Satanás.

Leroy abrió y cerró la boca, atónito. Su hijo agarró una piedra del suelo y se la tiró. No le alcanzó, pero le dolió más que si lo hubiera hecho.

—¡Largo de aquí!

—¡Espera! —exclamó Leroy—. Aunque yo no tenga alma, sigues siendo mi hijo. Sé que tienes buen corazón. En Paraíso se mueren a causa de una extraña enfermedad. Necesitan tu simiente para sobrevivir, tan sólo eso. Comprenderé que no quieras venir conmigo, pero por favor, ayúdales.

—Te lo ruego —añadió, poniéndose de rodillas.

Su hijo vaciló. Dubitativo, miró a Mateo, que negó con la cabeza en silencio.

—No derramaré mi semilla sobre la tierra —le dijo entonces.

—Sois unos desalmados —respondió Leroy clavando su mirada en Mateo.

El hombre alzó la vista justo cuando el asteroide cubría el Sol y la oscuridad se adueñaba del mundo.

—Nuestras almas están en paz. Ellos no tienen —sentenció.

—Al menos estamos de acuerdo en algo —dijo una voz.

Tras ellos, el presidente Suligan caminaba a la luz de las recién encendidas farolas. Se apoyaba en un bastón, flanqueado por dos hombres con armas de fuego.

—Era mentira... —Leroy tiró la jeringuilla al suelo—. La cura era un señuelo para que viniera directamente... Hijo de puta.

—¿Y qué esperaba, señor Adaha? —contestó el presidente entre toses y carraspeos. Su piel estaba bañada en sudor y tenía convulsiones. Se moría—. ¿Que buscáramos una quimera mientras el virus nos exterminaba? Su mujer murió el día en que fue congelada, asúmalo de una vez —hizo un gesto a sus hombres—. Coged al crío. Matadlo si se resiste, no es necesario que viva.

Los hombres obedecieron. El disparo resonó en todo el valle cuando Mateo se interpuso entre los hombres y su ahijado. El que una vez fuera amigo de Leroy puso los ojos en blanco y cayó al suelo entre borbotones de sangre. El hombre que había disparado apuntó a su hijo y se aprestó a disparar de nuevo.

Leroy actuó sin pensar. Se abalanzó sobre el guarda que tenía más cerca y lo derribó mientras sus dedos aferraban el arma y se la arrancaban de las manos. Apuntó al primer hombre y apretó el gatillo. La ráfaga resonó en sus oídos mientras sentía tres agujonazos en el estómago y se le nublaba la vista.

Se llevó las manos al vientre y las retiró ensangrentadas. Al menos, comprobó mientras caía al suelo, había logrado abatir al otro hombre. Había salvado a su hijo.

El segundo guarda recogió su arma y se dispuso a rematar su tarea. Arriba, la gigantesca silueta del Heraldo se recortaba contra el fondo de estrellas, cada vez más grande.

—¡Padre! — oyó gritar a su hijo—. ¡Espere, no dispare! Jesucristo dio su vida para salvarnos.

Yo daré mi alma si es lo que hace falta.

—Sabia decisión —consiguió articular Suligan entre espasmos.

Leroy notó cómo su hijo tomaba su mano entre las suyas y, por primera vez en mil años, se sintió tan feliz que no echó de menos su alma.

Un destello iluminó el horizonte, allí donde se levantó un hongo de fuego y humo. Otro bólido cruzó el cielo sobre ellos y desapareció tras el horizonte, produciendo más fogonazos.

—Ve, hijo mío. Apenas queda tiempo —dijo Leroy entre jadeos—. Vive, y ama, y recuérdanos.

—¿A qué esperas? ¡Llévatelo! — le dijo Suligan a su hombre—. ¡No, no, olvídate de mí! Yo ya estoy muerto... Este es tan buen lugar para morir como cualquier otro.

Cuando se hubieron ido, Leroy se quedó allí tendido, cerca de Suligan, contemplando a la ominosa sombra ganarles terreno a las estrellas hasta ocupar casi la mitad del firmamento. Entonces, un minuto antes del fin, se echó a reír.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —gruñó Suligan.

—Que antes yo era el pasado y ustedes el futuro. Pero ahora será al contrario.

Suligan no contestó.

Miguel Santander creció (aunque no mucho) en Valladolid en los 80 y sobrevivió. Estudió astrofísica y vaga desde entonces por distintos centros de investigación. Actualmente es investigador postdoctoral en el Observatorio Astronómico Nacional, en Madrid. Además escribe ciencia-ficción y artículos de divulgación. Su obra "La epopeya de los amantes" resultó la ganadora del Premio UPC 2012. Su novela de ciencia-ficción dura "El legado de Prometeo" acaba de ser publicada por Iniciativa Mercurio. Su primera novela corta, "La costilla de Dios", resultó finalista del XXI Certamen Alberto Magno. Con todo, aún le queda algo de tiempo para verter desvaríos en su blog, Tras el Horizonte de Sucesos (<http://miguelsantander.com>).

Un hallazgo entre las ruinas

José Manuel González

Domi se frotaba la cabeza mientras caminaba. Su padre le había propinado uno de sus terroríficos capones. ¡Y solo porque había perdido una flecha intentando cazar un pavo! “No están los tiempos para perder flechas” —le dijo su padre—. “Toma la piqueta y no vuelvas hasta que consigas metal suficiente para sustituirla. Y para otra más, como castigo”.

¡No hay derecho! ¡Yo estaba cazando, y cazando se pierden flechas!... Se lamentaba Domi mientras subía por la colina hacia las ruinas.

Encontrar metal en ellas era cada vez más difícil. Las columnas habían sido picadas casi hasta su base y en los puntos donde antes asomaban varillas de hierro ahora solo se veían agujeros hechos con la intención de recuperar hasta el último pedacito.

Domi se sentó, pensativo. Los muñones de las columnas estaban demasiado explotados. Para llegar hasta el metal era necesario picar una porción enorme de durísima piedra. Domi recordó que, en una ocasión, cavando en un suelo, encontró una larga varilla, muy delgada, pero más fácil de extraer.

Paseó entre las ruinas hasta localizar un lugar suficientemente libre de escombros y se puso a retirar piedras. Despejó un trozo de superficie y comenzó a picar. Al principio la piqueta rebotaba de un modo desalentador, pero al cabo de unos minutos, la durísima capa externa fue saltando en pedacitos y dio paso a otra más quebradiza.

Pasó una hora y el agujero fue creciendo al mismo tiempo que el desánimo de Domi. El hierro no aparecía; solo piedra y piedra. Pero... ¡Un momento!, ¿No suena a hueco? ¡Sí! ¡Los golpes retumban cada vez más!

Al fin, la piqueta perforó la última capa y, con un sonido sordo, un trozo de suelo se desprendió y Domi se quedó mirando el boquete, decepcionado. El fragmento desprendido estaba a apenas unos centímetros, descansando sobre otra superficie. ¡Nada de una habitación repleta de tesoros! Pero no se dio por vencido, introdujo el brazo y tanteó en todas direcciones.

Todo eran superficies lisas excepto... ¡Sí! ¡Allí, al fondo, había algo! ¡Lo había rozado con las puntas de los dedos! Se estiró todo lo que pudo y, por fin, asió un objeto y lo sacó por la abertura.

Domi examinó su hallazgo. Era una caja de formas redondeadas, construida con un material que reflejaba la luz del sol. Sin resaltes ni ranuras aparentes, la superficie era casi transparente y permitía ver el interior, donde no parecía haber mucho metal. Tan solo una plaquita plateada que quizá compensase el trabajo.

En el hueco no había nada más, pero Domi estaba contento: había conseguido el suficiente metal como para calmar a su padre sin mucho esfuerzo. Colgó la piqueta del hombro y bajó canturreando por la pendiente, encaminándose hacia el sendero que le llevaría de vuelta a casa.

De pronto se detuvo y saltó hacia atrás, soltando el objeto que llevaba en la mano ¡Había sentido una vibración! La caja cayó al suelo y se quedó allí, brillando al sol.

Domi permaneció unos minutos inmóvil, sin saber que hacer. Cautelosamente, se acercó al objeto y le dio un puntapié, y ahora, sin ninguna duda, una voz que procedía de la caja dijo claramente:

—Iniciando programa ORDECOMP II, fallo en alimentación. Quince minutos para recarga vía células fotovoltaicas. Por favor, oriente la superficie plateada hacia el sol.

Domi llegó a casa gritando. Su padre, que trabajaba en el cobertizo, dejó el martillo y salió para averiguar el origen de aquel alboroto.

—¿Qué sucede aquí —preguntó a Domi, que se había refugiado en un rincón de la cocina— ¿Has cumplido tu obligación? ¿Has traído el metal?

Domi, balbuceando, contó lo sucedido.

—¿Una caja que habla? —atronó su padre— ¿Me tomas por estúpido? Yo te diré lo que ha pasado: en lugar de buscar hierro, te dormiste y soñaste todo eso. Y ahora nos quieres convencer de lo contrario con cuentos de brujas ¡Vuelve a la colina y no te atrevas a aparecer por aquí hasta que cumplas tu castigo!

Dicho esto, tomó a Domi por el cuello de la chaqueta y lo lanzó fuera de la casa.

—Pero... —protestó Domi— ¡Es cierto lo que te digo! Si no me crees, acompáñame para verlo por ti mismo, si la caja sigue allí, donde la dejé.

—¡No tengo tiempo para esas tonterías! —contestó el herrero mientras volvía al cobertizo—. Si has encontrado una caja y tiene metal, tráela. ¡Tanto si habla como si no!

Domi caminó de vuelta hacia la colina, desconsolado. El sol ya descendía hacia el horizonte y debería darse prisa si quería volver antes de que se hiciera de noche. Cuando llegó al lugar donde había dejado caer la caja atisbó cautelosamente tras unos arbustos.

El objeto seguía allí, reflejando pacíficamente el sol de la tarde. Armándose de valor, Domi se acercó y lo empujó con el pié. La caja rodó unos palmos y se quedó de nuevo inmóvil.

—¡Hola, hola, caballere! —dijo la caja— ¡Menos mal! Creí que estaba perdido..., pero..., ¿A donde vas? ¡Oye..., vuelve!... ¡Chico!... ¡Chico!...

Domi corrió a esconderse en una zanja y se puso a pensar. Si volvía sin la caja y sin hierro su padre no le dejaría entrar en casa, y la noche se acercaba. El objeto no parecía hacer nada más que hablar, pero a Domi se le ponían los pelos de punta solo de pensar en cogerla con la mano. ¿Podría llevarla hasta la casa a base de puntapiés?... ¿Podría engancharla en la punta de una rama?...

Domi se acercó de nuevo y la caja volvió a hablar.

—¡Ah!, estás de vuelta. ¿Por qué esas prisas?... pero... ¡Si estás disfrazado! ¿Ya es carnaval?... ¡Oye!... ¡Ese disfraz de vagabundo es estupendo!... ¡Si hasta parece que no te has duchado en semanas!...

Domi interrumpió el parloteo de la caja con una pregunta:

—¿Es usted un genio?

—¿Cómo? —contestó la caja—, ¿Un genio?... bueno..., ¡je, je!..., genio, genio..., no me corresponde a mí decirlo..., hum, hum... No... Lo que estoy es un poco desconcertado. ¿En qué parque estamos?... No tengo cobertura ¿Han fallado los repetidores?

Domi volvió a la carga:

—¿Me concederá tres deseos?

—Oye..., ¡ejem!... ¡ejem!..., perdona, pero..., ¿Tú eres del colegio de educación especial?, hum... hum... Bueno, mira, chico, si me devuelves a mi dueño, te garantizo que algún deseo te cumplirá. ¿Puedes levantarme para que pueda identificar el lugar donde nos encontramos?

Domi se acercó muy despacio y cogió la caja con la punta de los dedos, alzándola.

—Veamos— dijo la caja—, si, aquella colina parece..., hum, si..., sin ninguna duda, es el Cerro del Aguila. Aunque me parece un poco bajo, y sin las antenas de comunicaciones... ¡Ya decía yo que algo iba mal con los repetidores! Gírate, por favor, no, no, hacia el otro lado, así, así, sube por ahí, un poco más, un poco más... ¿Qué son esas ruinas? ¡Pero...! ¡NO PUEDE SER!...

TERB3 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Domi se asustó, dejó caer la caja y retrocedió unos pasos. Esperó lo que le pareció una eternidad, si saber qué hacer.

La caja permanecía silenciosa en el suelo. Domi estaba a punto de marcharse cuando habló de nuevo.

—No puede ser, no puede ser... —dijo, con voz débil— ¡Perdido! ¡Definitivamente perdido!... Han debido pasar cientos, ¿Que digo cientos?..., quizá miles de años... Esas son las ruinas de Miranda..., seguro que sí... ¿Dónde estarán mis amigos? ¿Dónde estará el bibliotecario? ¿Y el portero? ¿Y mi dueño?... ¡Mi dueño! ¡Ya no existe mi dueño! —la voz pareció cobrar fuerza— ¡Ni el rufián de su padre, que estará mezclado con el polvo de este camino!... Pero..., me estoy olvidando de ti, mi servicial amigo. ¿Cómo te llamas?

—Do... Domi, señor genio.

—Encantado de conocerte, Domi..., y dime, ¿Hay alguna ciudad por aquí?, ¿Vives en una?, ¿Eh?

—No señor, solo una aldea, allá, en el valle. Yo vivo en la casa de mi padre, el herrero. Vivimos aquí porque hay metal por los alrededores.

—Ya..., y, ¿Cómo extraéis el metal?... ¿Tenéis minas?

—No. Antes sacábamos todo el hierro que queríamos de las ruinas, pero ahora ya no queda casi nada y mis hermanas encuentran más rastrillando la tierra por los campos. Encuentran los objetos que los antiguos perdían.

—Entiendo..., y, esto..., ¿Qué sabéis de los antiguos?

—Mi abuelo dice que eran riquísimos y que tenían tanto metal que tiraban todo el que les sobraba.

—Bien, bien, mi querido muchacho. ¿Puedes levantarme otra vez?, no tengas miedo, así, así, bien, verás, primero te diré que yo viví con los antiguos ¿Te sorprende?, ¿Sí?, bien..., verás..., hum, hum... Fui fabricado por aquellos que tú llamas antiguos, los que construyeron la que antaño fue la hermosa ciudad de Miranda, y de la que solo quedan esas ruinas. Me llamo Mefisto. El nombre me lo puso mi querido dueño, un chico de tu..., bueno, que era de tu edad cuando sus padres me compraron. Pedro..., un chico estupendo... ¡Aceptaba mis consejos tan de buen grado! ¡No como su padre... Ese mequetrefe insolente!

>>¿Cómo? oh, nada, nada..., murmuraba para mi, je, je..., verás, estoy programado..., bueno, para que lo entiendas, puedo expresarme con muchas personalidades distintas. Ahora soy el "Viejo Amigo Carraspeante y Murmurante", la preferida de Pedro, aunque su padre quería que usase la de "Maestro Docto y Severo". ¿Tú cual prefieres?..., ¿Te da igual?..., bien, bien..., pues sigo..., Yo, en realidad, no soy humano, ¿Ya te habías dado cuenta, verdad?; soy

un ordenador de compañía y un auxiliar educativo..., luego te lo explico, verás..., cuando vivían los que tú llamas antiguos, los padres compraban a sus hijos máquinas como yo. Éramos compañeros inseparables. Recordábamos todo lo imprescindible para la vida social y el colegio. Servíamos de telé..., bueno..., para las comunicaciones cuando estábamos al aire libre y, sobre todo, aconsejábamos sabiamente a nuestros dueños. ¡Eramos muy necesarios! ¡Ya lo creo que sí!

>>La vida era plácida en Miranda..., acompañaba a Pedro al colegio y, al salir, nos divertíamos mucho. Yo le enseñé útiles trucos para desenvolverse en la vida... ¿Y cómo me lo agradeció el imbécil de su padre?... me gruñó por enseñar a su hijo las trampas necesarias para que ganase el dinero de sus compañeros jugando a las cartas... Pero me vengué... ¡Vaya que si me vengué!... El costalazo que se pegó cuando se sentó en el sillón que Pedro modificó siguiendo mis instrucciones fue apocalíptico. ¡Si hasta se fracturó el coxis!..., je, je... Pero el criminal acorraló al pobrecillo Pedro hasta que confesó ¡Una mala persona! Eso era él, hum, hum..., sí..., Recuerdo que cuando regresó del hospital comenzó a lanzarme acusaciones e insultos: "¡Eres una mala influencia para Pedro!" ¡Eso me dijo!... ¡Como si yo hubiese hecho todo en mi beneficio!... Y me metió en un armario... hum, hum... "Estarás ahí hasta que te llevemos a reprogramar"... ¡Mentiroso!... hum, hum...

>>Pero..., ¿Te aburro, mi querido amigo?, ¿No?, bueno, bueno..., será mejor que dejemos el pasado y veamos lo que podemos hacer en el presente..., hum, hum... veamos..., ¿Quién manda en el país? ¿Hay un rey?

—No — contestó Domi—. En la aldea manda el alcalde.

—Ya..., y en las otras aldeas me imagino que también hay alcaldes, ¿Sí? ¿Y quién manda a los alcaldes?

—Nadie manda a los alcaldes, cada uno manda solo en su aldea.

—Ya veo, ya..., ¿Y cómo hacéis si alguien ataca a las aldeas? ¿Hay bandidos?

—Oh, sí, hay bandidos. Cuando vienen, los alcaldes llaman a la gente y forman La Milicia.

—Y cuando los bandidos desaparecen, cada uno vuelve a sus casas, ¿No es así?..., sí, ya me lo imagino, hum, hum... Y, dime, ¿Con qué lucha esa Milicia? ¿Tienen armas de fuego? ¿Cañones?...

—¿Armas de fuego? ¿Quiere decir flechas incendiadas?, sí..., y también usan espadas y lanzas. Nuestro vecino, el granjero Aníbal, prefiere llevar su hacha y otros llevan horcas de madera.

—Bien..., hum, hum..., creo que en esta época hay muchas posibilidades..., te diré lo que podemos hacer..., primero me llevarás a ver a tu padre..., hum, hum..., sí..., le enseñaré a fabricar un arma de fuego, veamos..., sí... un arcabuz. ¡Perfecto! No necesita mucha precisión en el cañón y es muy efectivo a corta distancia, sí..., y haremos pólvora... sí.

>>Cuando tengamos el arma en funcionamiento, iremos a ver al Alcalde y convocaremos a La Milicia. Tu padre hará una demostración del arma..., oh, nada cruel, por supuesto... un animal servirá, ¿Tenéis cabras?, ¿Sí?, estupendo. Y exigirá que lo nombren general... Armaremos a todos con arcabuces y cuando La Milicia sea respetada en todo el contorno, exigiré..., bueno..., hum, hum..., tu padre exigirá que se nombre un rey. Entonces negociaré con él y le pediré, bajo amenaza de no revelarle más secretos militares, que tú seas el primero de la dinastía. Accederá..., sí..., él podrá ser General Supremo de Todos los Ejércitos y dedicarse a la conquista del mundo, y tú y yo gobernaremos sabiamente impartiendo justicia, beneficiando al humilde y castigando al facineroso. ¡Ya te imagino!... con un manto de armiño y una corona dorada..., y yo en tu mano, en el extremo de un báculo, escuchando a los suplicantes... ¿Qué te parece, muchacho? ¿Acaso soñaste alguna vez con ser rey?

Domi se sentía un poco confundido. El sol estaba ya bajo en el horizonte, tenía hambre y comenzaba a perder la esperanza de que se le concediera algún deseo.

—Y, si soy rey, ¿No tendré ir a buscar hierro cuando pierda una flecha?— pregunto Domi.

—Jo, jo, mi querido muchacho. Cuando seas rey, tendrás todo el hierro, ¿Qué digo hierro?, tendrás todo el oro, perlas y diamantes que quieras. Y te rodeará una corte de sirvientes prestos a cumplir cualquiera de tus caprichos.... Y... Pero qué estoy diciendo... ¡Seremos mucho más! ¡Ahora ya no existe esa estúpida ley que prohíbe trasvasar una inteligencia artificial de un aparato a otro! ¡SERE INMORTAL! —gritó Mefisto a todo volumen—. ¡INMORTAL! ¿Entiendes lo que eso significa?

—No —contestó Domi un poco asustado.

—¡Pues significa que no dejaré de funcionar nunca!... Una vez conquistado el mundo, dedicaremos todos nuestros esfuerzos a desarrollar un equipo que pueda albergar inteligencia artificial... Y tendré varios de repuesto para trasvasarme según vayan fallando.

Y... ¡Quién sabe!... quizá lleguemos a tiempo, antes de que mueras de viejo... Quizá consigamos trasladar tu cerebro a una de esas máquinas... je, je,... muchacho... ¿alguna vez soñaste que podrías llegar a ser inmortal?

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—No —repitió Domi. Para él no existía casi diferencia entre ser inmortal y tener la edad de su padre—. Pero eso de ser rey... —Pues rey serás... hum, hum... eso te lo garantizo... ahora vayamos a ver a tu padre.

Domi trotó alegremente camino abajo, soñando con reinos e imperios. Al llegar al cercado oyó los golpes del martillo. Su padre estaría a punto de terminar la labor del día.

—Mi padre todavía está trabajando— le dijo Domi a Mefisto—. Deja que hable yo primero, pues es muy irritable.

—Oh, sí, sí —respondió Mefisto—, por desgracia, conozco bien los malos humores de los padres, hum, hum ¡Desgraciado insolente! ¡Llamarme manipulador...! Sí, sí..., será mejor que tú hagas las presentaciones. Adelante, adelante, yo no diré nada hasta que me pregunte.

Domi entró en el cobertizo y mostró el objeto a su padre.

—Mira, padre. Esta es la caja de la que te hablé.

El herrero tomó a Mefisto, lo miró detenidamente, lo colocó sobre el yunque y le propinó un tremendo martillazo que lo hizo saltar en añicos.

—Bien, bien —dijo el herrero mientras separaba con el martillo una placa metálica de los fragmentos de vidrio y plástico—. De aquí podré sacar lo suficiente para dos puntas de flecha. Has cumplido con tu obligación, hijo. Anda, ve a casa y pídele a tu madre un tentempié que te ayude a llegar hasta la hora de la cena.

Domi se quedó un momento con la boca abierta, mirando los restos de Mefisto; luego se encogió de hombros y corrió hacia la cocina, de donde salía un delicioso olor a panceta asada.

El hombre eterno

David J. Skinner (David Herrador Rodríguez)

Alberto observó el rectangular espejo que tenía situado en el salón. Un día más, como cada semana, mes, año anterior, su imagen impertérrita le devolvía una enigmática mirada. Terminó de ajustarse la corbata y retiró sus ojos de la pulida superficie.

—Alberto, ¿vas ya a la entrevista? —La voz de su esposa salió con fuerza de la cocina.

—Sí, cariño. Deséame suerte.

—Oye —Luisa abrió la puerta de la cocina, haciendo que un fuerte olor a pescado frito inundara todo el apartamento—, no te olvides de comprar un par de litros de leche. Desnatada, ¿vale?

El hombre asintió mientras sonreía. Sin embargo, incluso antes de abandonar el lugar ya sabía que no podría cumplir con el encargo de su mujer. Había llegado el día.

Alberto Sanz tenía cuarenta años. Los que le conocían de tiempo afirmaban consternados que se mantenía tan joven como cuando tenía veinte. Poco podían imaginar que, antes de eso, Alberto Sanz no había existido. Dos décadas atrás, Fernando Castillo, de cuarenta años, dejaba su casa para morir; morir y volver a nacer. Aquella no fue la primera vez que realizaba ese ritual, ni ésta iba a ser probablemente la última.

Mientras salía del portal a la aún despejada calle, los pensamientos de Alberto regresaron precisamente a ese momento, a la muerte de Fernando. Por aquel entonces estaba también casado, y además tenía dos hijos, descendencia que por sus experiencias pasadas sabía que no tendrían el mismo destino que él. Y lo agradecía enormemente. No podía recordar cuánto tiempo hacía desde que todo comenzó; su infancia se diluía con relatos, historias y leyendas, y le era imposible la mayoría del tiempo recordar lo que ocurrió realmente, por no decir cuándo. Sí que se acordaba de la primera vez que su extraño don fue descubierto.

Contaba en esos tiempos con una edad que, por sí misma, llamaba la atención de sus conciudadanos. Puede que sesenta o setenta años, no estaba seguro de eso. Lo que sí sabía era cómo le miraban por la calle, cómo temían y posiblemente envidiaban su longevidad; y

recordaba con toda claridad la llegada de los hombres que convirtieron sus siguientes años en un infierno. ¿Los siguientes años? En realidad, el legado de aquello le perseguía incluso ahora, cientos de años después. El miedo a ser retenido, estudiado, diseccionado... no iba a pasar otra vez por eso. Antes moriría; de nuevo.

Así llevaba haciendo durante sus últimas “vidas”. Veinte años, ese era el tiempo que se había marcado; lo bastante como para poder convivir sin llamar la atención y seguir con su, de momento infructífera, investigación.

Una solitaria lágrima rodó por su mejilla mientras se despedía de su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo. Ya debía haberse acostumbrado a aquello, pero lo cierto era que una fuerte punzada atravesaba su corazón los momentos antes de su evasión. Claro que el dolor que le iba a causar su muerte tampoco hacía el trago más agradable. Dejó el periódico que le habían dado a la entrada del metro en un asiento y se acercó al borde del andén. El próximo tren estaba a punto de efectuar la entrada.

Bien.

—Mi más sentido pésame, Luisa —dijo uno de los hombres que se encontraban en el cementerio. Ésta hizo un movimiento de agradecimiento, pero no pudo decir nada. Tan solo podía mirar el ataúd, aún abierto, en el que se encontraba el cuerpo sin vida del que había sido su esposo durante más de diez años. En ese instante no sabía de la cuantiosa cantidad que el seguro la pagaría unos días después, ni que reharía su vida precisamente con el hombre que acababa de darle el pésame y cuyo nombre, en ese momento, era incapaz de recordar. Solamente pensaba en Alberto.

—Oiga —dijo el hombre con seriedad—, si han extraviado mi partida de nacimiento no es culpa mía. Arréglole lo antes posible.

Tras el mostrador, el funcionario intentaba por todos los medios encontrar en el ordenador algún dato de Luis Rodríguez. La mirada enfurecida del individuo que tenía frente a él no consiguió que la búsqueda concluyese con éxito.

—Mire —dijo finalmente—, hace poco se nos cayó el sistema y puede que se hayan perdido sus datos. Si es tan amable de rellenar esta hoja, los incorporaré ahora mismo.

Sacó un papel de debajo de la mesa y se lo ofreció. Luis Rodríguez, aparentemente, relajó la mirada y por un momento pareció que iba a darle las gracias. En lugar de eso, tan solo se puso a rellenar el formulario, entregándolo menos de cinco minutos después.

TERCERA Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—Muy bien —El funcionario se puso a teclear frenéticamente en el pequeño ordenador—. De acuerdo, ya existe usted, señor Rodríguez —dijo, con una sonrisa.

Luis (Alberto, Fernando) también sonrió, aunque sin un ápice de alegría.

Comenzaba un nuevo ciclo. En ese momento no podía saber la extraña manera en que terminaría.

A lo largo del tiempo, una de las cosas que más agradecía Luis era la llegada de la prensa; ahora podía comprobar en qué año se encontraba con tan solo coger un ejemplar de cualquier periódico. En esta ocasión no había pasado tanto tiempo como la última vez, sólo un par de años.

Nunca había podido averiguar lo que ocurría durante el tiempo posterior a su muerte y previo a su renacer. En las ocasiones que había intentado seguir su propio rastro le había sido imposible descubrir qué cosas había hecho, dónde había estado y, por supuesto, por qué le pasaba aquello. Comenzó a aflorar el recuerdo de su primera vida con una claridad tal que le pareció estar de nuevo allí.

No recordaba el año exacto, pero sí los rostros de amigos y familiares, así como su frívola vida en la más famosa ciudad con canales del mundo. Su infancia había transcurrido sin ningún hecho relevante, aunque eso cambió durante la juventud. Una extraña epidemia se estaba propagando por toda Europa; las noticias sobre el devastador efecto de la misma en la cercana Florencia eran sobrecogedoras, mas eso a Guido Manzoni no le preocupaba mucho mientras disfrutaba de su adolescencia con su mejor amigo, Carlo.

—¡Guido! —gritó Carlo— ¿Serías tan amable de acompañarme esta noche? Sólo si puedes; si no, tendré que hacerme cargo yo de todas las damas.

El joven dio un suave puñetazo en el brazo de Guido tras terminar de decirlo. Éste sonrió pícaramente antes de responder.

—Mi querido amigo —dijo con sarcasmo—, sabes que no sería capaz de dejarte sufrir intentando sin éxito complacerlas.

Quedaron en un callejón cercano tras la cena. Carlo llegó un poco después que él, y con una ornamentada máscara en la cara.

—Disculpa mi retraso pero, ¿cómo iba a salir de casa hoy sin esto? —Dio un par de golpes a la máscara y siguió hablando—. También he traído para ti.

Antes de que Guido pudiera reaccionar, se encontró con un antifaz rojo colocado en el rostro. Era mucho más burdo que el de su amigo, y la prominente nariz del mismo no hacía otra cosa que resaltar este hecho.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—¡Qué amabilidad! —respondió Guido—. Bueno, ¿dónde hemos quedado con las damas?

—Eres muy impaciente —le reprochó—. Total, para que luego no demuestres tu hombría...

Esta vez fue Guido quien golpeó a Carlo, que soltó un pequeño quejido.

—Tú no tienes esos problemas, mientras vista faldas te vale —dijo—. Pero, ¡por Dios! Si la dama de esta noche tiene la misma cara que la de la semana pasada, creo que optaré por dejar esta máscara que me has dado sobre ella.

Los dos jóvenes rieron mientras se encaminaban al punto de encuentro, un lugar cercano a la bella Basílica de San Marcos. El lugar estaba vacío cuando aparecieron, así que decidieron sentarse y esperar.

—Dime —dijo Guido—, ¿cómo las has conocido esta vez?

—En misa, hace un par de días —reconoció—. Al menos a dos de ellas; las otras dos, las tuyas, me son aún desconocidas.

—¿Dos? —preguntó sorprendido Guido— ¿Has quedado con cuatro? ¡Carlo, estás loco!

—¡Loco de amor! —se justificó—. Tendrías que ver la belleza de las dos hermanas que van a venir. Rubias, jóvenes, virginales... aunque, si hay suerte, esto último cambiará durante la noche.

La respuesta de Guido fue interrumpida por el sonido de unas pisadas cercanas. Tal como había afirmado su amigo, cuatro jóvenes damas aparecieron en la oscura calle. Pudo discernir con claridad a las hermanas, que no debían llevarse más de un año entre ellas. Las otras dos damas no parecían tener lazos de sangre entre ellas, pues la única nota común era su increíble belleza.

—Caballeros —dijo una de las mujeres, la que parecía mayor—, disculpad nuestra tardanza.

Hizo una suave reverencia que fue inmediatamente replicada con profusión por los dos hombres. Las hermanas soltaron una suave risa al verlo.

—Mis adoradas señoritas —dijo Carlo acercándose a ellas—, no os disculpéis. Un suculento festín es más disfrutado cuanto más se hace esperar.

Besó la mano de una de las hermanas, que siguió soltando la misma risa mientras se llevaba la otra mano a la boca. Se hicieron las necesarias presentaciones antes de que Carlo propusiera un lugar al que ir, que por supuesto fue la taberna que los amigos solían frecuentar durante sus citas.

Guido, aparte de saludar, mantuvo la boca cerrada todo el rato. No era especialmente vergonzoso, pero se encontraba fascinado por una de las mujeres, Laureta. Carlo cedió el paso de las hermanas en el local antes de pasar él, y Guido decidió hacer lo propio. Una de las mujeres entró mas la otra, Laureta, se detuvo y le habló.

—Caballero —dijo ésta dirigiéndose a Guido—, preferiría dar una vuelta y aprovechar la buena noche que hace. ¿Me acompañaríais?

Las palabras le sorprendieron, pues las damas italianas solían mostrarse muy recatadas, al menos hasta que bebían unos vasos de vino. Asintió con la cabeza y siguió a Laureta sin dar ninguna explicación ni a su amigo ni a las otras mujeres.

—¿Me encanta Venecia! —dijo Laureta—. Hacía años que no regresaba, aunque siempre la he llevado en mi corazón.

—¿Sois veneciana, pues? —preguntó Guido—. Quizás nos hayamos cruzado en alguna ocasión; llevo toda mi vida viviendo aquí.

La única respuesta fue una pequeña carcajada y un movimiento de negación con la cabeza, mientras Laureta seguía avanzando aparentemente sin rumbo. Tras unos minutos, la joven se detuvo frente a uno de los canales.

—¿Me deseáis, señor? —dijo, mirando a Guido a los ojos—. Porque yo sí os deseo. Guido reaccionó abalanzándose sobre ella y besándola con pasión, beso que fue correspondido de inmediato. La vorágine fue tal que el intenso dolor que sintió en el cuello casi le pasó inadvertido. De pronto, todo comenzó a volverse negro.

—Laureta... —balbuceó—, ¿qué...?

El dulce rostro que momentos antes le miraba se le antojó una monstruosa máscara que se reía mientras las fuerzas abandonaban su cuerpo. Volvió a sentir una presión en el cuello, aunque esta vez parecía una sensación lejana, como un sueño.

Luis abrió la puerta del apartamento y se guardó la llave en el bolsillo. Ya volvería a dejarla en su escondite cuando saliera y cerrara de nuevo. La luz que entraba por las enrejadas ventanas no era mucha, pero le sirvió para orientarse por el lugar, que no visitaba desde hacía ya muchos años. Decidió coger un par de cuadros y unas monedas de plata; con eso sacaría el suficiente dinero como para alquilar un buen apartamento durante un par de años. Siempre había coleccionistas dispuestos a dejarse una pequeña fortuna en aquellas reliquias, que para él eran más bien recuerdos de vidas anteriores.

Observó uno de los cuadros. Recordaba el momento en que se lo regaló un por aquel entonces desconocido pintor.

—Así que —preguntó en francés Guido al hombre que tenía frente a él—, ¿es usted pintor?

El otro negó con la cabeza.

—Tan solo expreso mis pensamientos, doy forma a los recuerdos de mi vida —respondió—. ¿Nos conocemos?

—Discúlpeme, no quería molestarle —dijo Guido, sonrojándose—. Me llamo François Ader.

—Vincent —fue la escueta respuesta del hombre, que aun así le ofreció cordialmente la mano.

Guido, François, llevaba en Bruselas algo más de un lustro. La ajetreada vida anterior en París le hizo tomar la decisión de trasladarse al vecino país de Bélgica. Por supuesto, dominaba el francés perfectamente, y podía indicar Francia como su lugar de nacimiento sin que nadie pudiera albergar ninguna duda.

Observó los borradores que Vincent tenía situados de forma ligeramente desordenada sobre la mesa del bar. Figuras oscuras realizando oscuros trabajos. Con cierta timidez, cogió uno de los papeles.

—¿Un labrador? —preguntó. Vincent le miró airado, lo que hizo que se diera cuenta de su error—. No, no. Es un minero, ¿cierto?

—Uno de los muchos que conocí hace años. Gente buena, señor; sin exageradas ambiciones ni las maldades que se ven en la gran ciudad. No —dijo levantando la mano cuando François iba a devolver el papel a su lugar—, guárdese. Y piense en lo que le acabo de decir.

François le agradeció el detalle, y durante varias semanas fueron viéndose con asiduidad en aquel lugar. Él no dudaba en pagar las consumiciones del pintor, mientras que el otro le contaba historias sobre su vida y la gente que había conocido. Nada en comparación con lo que él mismo había pasado, aunque tenía que reconocer que el neerlandés, una vez cogida confianza, era de conversación amena.

—François —le dijo un día, después de que él hablara sobre una joven que había conocido—, las mujeres son nuestra perdición.

¡Cuánta razón tenía! Había sido una mujer la que le había llegado a ese vagabundeo sin fin. Una vida sin muerte, una muerte sin vida que cada vez le resultaba más difícil soportar. Unas décadas atrás había llegado a sus manos un texto alemán que hablaba sobre un

ser capaz de convertirse en niebla y drenar la vida de sus víctimas, vida que le proporcionaba una eterna longevidad.

Desde luego él no se convertía en niebla, pero no podía estar seguro de lo segundo. Tras cada resurrección temía haber realizado actos inenarrables que no era capaz de recordar.

Dejó de divagar para centrarse en la conversación que mantenía con Vincent, mas esos pensamientos no abandonaron nunca su mente.

No había entrado en aquella sala de subastas antes, pero el funcionamiento era igual que en todas las demás. Tras hablar con el encargado, ver fechas y precios base, se dirigió a un cercano anticuario. Aunque con la subasta ganaría mucho dinero, necesitaba un poco para ir sobreviviendo mientras tanto; unos cuantos florines le supondrían el suficiente efectivo para mantenerse hasta que se realizara la misma.

En efecto, no tuvo ningún problema en vender las monedas a buen precio. Buscó un hostel en que pasar la noche y, tras una opípara cena, se tumbó.

No podía dormirse. El recuerdo de Vincent le hizo a su vez recordar otras cosas, tan solo unos pocos años después de su último encuentro con el pintor.

—Es un honor conocerle —dijo François, llevándose una mano al ala del alto sombrero—. Mi nombre es François Ader.

—Supongo que presentarme sería un absurdo, habida cuenta de que ya sabe quien soy —respondió el hombre—. Puede llamarme Abraham. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Verá, señor, recientemente he leído una novela suya que me ha inquietado sobremanera —El inglés de François no era tan bueno como su francés; aun así, podía defenderse con cierta soltura—. La criatura que describe... bueno, creo que no es la primera vez que he leído una descripción similar. Quisiera saber si, tal como la gente supone, es todo producto de su imaginación o se ha basado en algún dato.

Abraham le miró con curiosidad. El individuo que tenía delante aparentaba aproximadamente unos veinte años; iba bien vestido y parecía tener unos modales correctos. Lo pensó unos momentos y le respondió.

—La historia es pura fantasía —reconoció el escritor—, aunque alguno de los personajes existió realmente. No, no me mire así: no quiero decir que se convirtieran en humo o en criaturas nocturnas, pero hay referencias que hablan con contundencia sobre el hecho de la vida eterna.

El corazón de François más que latir, galopaba. «¿Y si —pensó— aquel hombre pudiera darle las respuestas que tantos años le habían rehuido?»

—¿Referencias? —preguntó con excitación— ¿De dónde las obtuvo?

En esta ocasión, Abraham no parecía tan dispuesto a hablar sobre el tema. Se giró para decirle a su mujer que regresaría en un par de horas y salió a la calle, cerrando la puerta tras de él.

—Me temo —dijo, después de que el tabernero les sirviera dos cervezas— que no puedo darle la información que me pide.

François no estaba dispuesto a irse sin respuestas; además, el hecho de que Abraham le llevara a beber indicaba con claridad que tenía ganas de contarle algo. Por algún motivo, sin embargo, se negaba a darle la información en ese instante.

—¿Ha conocido a alguien así? —dijo François— ¿Es eso?

La seriedad con que hablaba hizo que la pequeña sonrisa que esbozaba el escritor se desvaneciera apenas un segundo después de aparecer.

—¿Me lo está preguntando en serio? —respondió—. Por favor, seamos sensatos.

—¿Por qué no quiere decirme lo que sabe? —François dijo esto con cierta alteración—. No se lo preguntaría si no fuera cuestión de vida o muerte.

Vida o muerte... si Abraham conociera su secreto le ayudaría. Era un riesgo enorme, podían volver a cogerle, pero no vio otra opción. Sin esperar la respuesta, se levantó de la silla y salió disparado hacia la calle.

Dos ruedas del carronato le pasaron por encima, ante la atónita mirada de Abraham. Cuando fueron a recogerle ya había fallecido.

Al despertar su primera preocupación era averiguar el tiempo que había pasado desde el suceso. Normalmente sólo pasaban dos o tres meses, mas en alguna ocasión había tenido ausencias (como él las llamaba) de más de cinco años.

En esa ocasión no fue así: no hacía ni mes y medio desde su conversación con Abraham. Se dirigió a casa del escritor y llamó a la puerta, que se abrió en apenas un par de minutos. Al otro lado, un atónito Abraham contemplaba al hombre que había visto morir seis semanas antes.

—Ahora ya conoce a alguien que no puede morir —dijo François—. ¿Está más dispuesto a contarme lo que sabe?

Abraham fue bastante decente con él; nunca llegó a contarle a nadie su secreto, ni siquiera a los miembros del Alba Dorada, organización esotérica a la que pertenecía y de donde había sacada parte de la información que describía en la famosa novela. Durante varios

años fueron buenos amigos y no fue hasta la muerte del escritor cuando François decidió abandonar Londres y dirigirse hacia donde apuntaban todas las pistas acerca del origen de su estado.

Se despertó empapado en sudor. La cama estaba revuelta, indicio claro de la mala noche que había pasado. ¿Por qué le estaban viniendo tantos recuerdos? Era como si una extraña influencia se hubiera apoderado de sus pensamientos, extrayendo sus memorias y proyectándolas como si estuviera viendo una película. En su larga vida jamás le había pasado una cosa similar.

Aún era temprano, lo que no impedía que muchos bares de la zona estuvieran ya abiertos. Luis entró en uno y pidió un desayuno, mientras cogía uno de los periódicos dispuestos sobre la barra para uso de los clientes. Se sentó en un taburete y comenzó a ojearlo. No había, en la mayoría de los titulares, nada que le llamase la atención. Las fotos de diversos políticos se mezclaban con otras de “indignados”; notas sobre algunos eventos culturales y un pequeño reportaje sobre la inminente ola de frío que se iba a apoderar de la península. Estaba terminando el café cuando vio la fotografía.

Habían pasado varios siglos pero su rostro seguía igual, inmóvil en el tiempo. Nunca podría olvidar esa cara. Ni tampoco su nombre.

Laureta.

—*Herr Mohren* —dijo secamente el hombre que tenía frente a él—, la Sociedad Thule no permite tan fácilmente que se acceda a sus líderes.

Klaus Mohren, que hacía pocos años usaba el nombre de François Ader, asintió. Llevaba menos de un año dentro del radical grupo y de hecho esa era la primera vez que visitaba el hotel Vier Jahreszeiten, en Múnich. Aunque debido a su condición el tiempo no significaba un obstáculo, el caldeado ambiente que se respiraba en el país tras la reciente guerra le incitaba a llevar a cabo su investigación lo más rápidamente posible.

—Créame que lo entiendo, *Herr Drexler* —respondió Klaus—. Sin embargo, me resulta de la máxima urgencia hablar con el Barón. Si fuese tan amable de darle esta carta —Sacó un sobre de la chaqueta—, le estaría muy agradecido.

Anton Drexler no pareció muy satisfecho con la petición; aun así, cogió el sobre que le entregaba Klaus.

—No podré dárselo hasta la noche —dijo—. Si el Barón decide darle audiencia se lo comunicaré en la reunión de mañana.

Klaus le dio las gracias y salió del lujoso hotel. Era un día frío, pero quería pasear para aclarar sus ideas y discernir sus próximos movimientos.

La carta que acababa de entregar a Drexler contenía algunos datos esotéricos procedentes de la organización en la que Abraham le había introducido y que, si bien no revelaban nada importante, podían ser lo suficientemente llamativos como para que von Sebottendorff decidiera intercambiar algunas palabras con él. Eso esperaba, al menos.

El tiempo que había pasado en la Sociedad Thule tan solo le había servido para comprobar que la mayoría de sus miembros estaban interesados exclusivamente en manejos políticos. Aun sí, los datos que tenía sobre su dirigente —información procedente del Alba Dorada—, parecía indicar que éste sí estaba más interesado en los temas que a él le importaban.

Tal como había dicho, Drexler se dirigió a él al finalizar la reunión del día siguiente.

—Ignoro la razón —fue lo primero que dijo—, pero el Barón está deseoso de mantener una charla con usted. Acompañeme.

Así lo hizo. Tras subir un par de tramos de escaleras y recorrer un largo pasillo, su guía se detuvo ante una de las puertas.

—Aquí es —dijo—. Y ahora, si me disculpa, tengo tareas pendientes.

Sin despedirse, Drexler se alejó en dirección a las escaleras que acababan de subir y desapareció en pocos segundos. Klaus se ajustó la corbata antes de usar los nudillos para llamar a la puerta de madera. Cuando oyó una respuesta procedente del interior, la abrió y entró.

—¿Pertenece usted al Alba Dorada? —preguntó el ancho hombre que se encontraba en el interior, sin dejar de mirar por la ventana.

—Pertencí hace tiempo —reconoció—. Barón, me gustaría hacerle algunas preguntas si no es molestia.

El Barón se giró finalmente a mirarle. Cogió dos cigarros de una pequeña caja de madera que se encontraba sobre la mesa y se acercó a Klaus.

—¿Fuma? —preguntó.

—Lo cierto es que no, Barón —se disculpó.

—Puede llamarme Rudolf —dijo el Barón mientras se encendía su cigarro y dejaba el otro de nuevo en la caja—. Drexler me ha dicho que usted se llama Klaus Mohren. ¿Nació en Alemania?

—No —respondió Klaus con sinceridad—. En realidad Klaus no es mi verdadero nombre.

Antes de que pudiera continuar, el Barón le interrumpió.

—Yo nací en Alemania —dijo—, aunque mi nacionalidad ahora es turca. ¿Le sorprende? Los nacionalismos y politiqueros que rigen esta sociedad no son cosa mía; la *Germanenorden* es quien me presiona para que esas sean las ideas predominantes. Pero mi interés siempre ha sido el estudio de, digamos, otros asuntos menos mundanos.

—Eso me habían contado —respondió Klaus—, que poseía conocimientos desconocidos para la mayoría. Y es por eso que necesito preguntarle algo.

—Hable entonces, Klaus —dijo Rudolf—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Ha oído, a lo largo de sus viajes, historias sobre —Klaus no sabía cómo definir lo que iba a decir— gente que no muere?

El Barón von Sebottendorff se sirvió una copa antes de dar respuesta al interrogante de Klaus.

—¿Me está hablando de vampiros? —Contrariamente a lo que Klaus esperaba, el Barón hizo la pregunta en un tono de curiosidad, no de escepticismo.

—Así los llamaba un viejo amigo —dijo Klaus—. Y también *Strigoi*.

—Como ve —aclaró—, he oído hablar de tales seres. Supongo que esa no era la pregunta que quería hacerme, ¿verdad? ¿Busca información sobre dónde encontrarlos? ¿Cómo matar a quien no puede morir, quizás?

—¿Es mucho pedir —preguntó— respuesta a ambas preguntas?

—Me temo que no puedo hablarle de un lugar donde se reúnan, o de dónde pueden proceder —respondió el Barón—. Sin embargo, sí creo tener respuesta a la otra pregunta. Las historias que he escuchado a lo largo de los años me hacen llegar a la conclusión de que existen dos tipos distintos de estas criaturas. El primero de ellos es, con toda seguridad, el origen de los cuentos y leyendas sobre vampiros; criaturas crueles que se alimentan de mortales para sobrevivir. Los otros, por el contrario, son seres condenados a vagar eternamente, sin descanso posible. Más muertos que vivos, según dicen; ansiando una muerte que nunca llega.

No le costó mucho a Klaus identificarse con el segundo tipo, y una sensación extraña se apoderó de él en aquel momento, como si una enorme maza le impactara en la espalda. El Barón pareció notar su estado de ánimo y se detuvo unos segundos antes de seguir hablando.

—El origen de los primeros es un misterio que no he sido capaz de desvelar —continuó diciendo—. El de los otros sí parece más claro: cuando un vampiro se alimenta de un humano, éste muere en la inmensa mayoría de ocasiones; esporádicamente, algunos de ellos se convierten en seres condenados a una vida eterna.

—Entonces —preguntó Klaus con más ansia de la que debiera—, ¿cómo pueden estos morir? ¿Lo sabe?

Rudolf apuró su copa y volvió a rellenarla.

—No pueden —dijo—. Están condenados a vagar mientras el vampiro que les maldijo siga vivo.

La maza volvió a golpear a Klaus, y esta vez con tanta fuerza que estuvo a punto de caer al suelo. Estaba condenado... para siempre.

—Amigo mío —preguntó preocupado el Barón—, ¿se encuentra usted bien?

Klaus no respondió a esa pregunta. En lugar de eso, fue él quien hizo otra.

—Si el vampiro muere —dijo—, ¿el condenado también?

—Sí, así es. O, al menos —reconoció—, eso es lo que he escuchado.

—Y, para matar a un vampiro —siguió diciendo Klaus—, ¿qué se necesita? ¿Estacas?

La pregunta hizo que Rudolf dejara la copa mientras soltaba una carcajada, que Klaus no pudo comprender hasta que escuchó su respuesta.

—¡No debería dar tanta credibilidad a cuentos! —exclamó el Barón, soltando una última carcajada—. No, el vampiro puede morir como cualquier ser humano. Desde luego, si se atraviesa su corazón con una estaca morirá; también lo haría yo, o usted.

Aquello podía acabar algún día. La certeza de eso fue un rayo de esperanza para Klaus, aunque poder encontrar a aquella mujer después de tanto tiempo era una tarea imposible. Quizás alguien la matara, o ella misma acabara con su vida. Podía ser una esperanza vana, pero al menos era una esperanza.

Y ahora la había encontrado. Ojeando un periódico.

Pagó el desayuno y salió del bar, llevándose el periódico con él. No había muchos datos, aunque en un cibercafé podría conseguir más. Tardó menos de quince minutos en encontrar uno.

Yolanda Castro, ese era el nombre que venía indicado en el texto del artículo. Dicho artículo trataba sobre un caso de drogas que al parecer estaba teniendo bastante relevancia, y ella era la abogada de uno de los implicados. No venían más datos, pero en la red pudo hallar mucha más información.

El despacho de Yolanda se encontraba en la calle Naranjos, cercana a una de las urbanizaciones más exclusivas de la ciudad. La página web era bastante detallada, aunque lo que a él le interesaba era cómo obtener una cita. Podía hacerlo telefónicamente, por supuesto,

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

mas optó por enviar un correo para solicitarla. Sabía que era absurdo, no podía recordar su voz después del tiempo que había pasado, pero no quería correr el riesgo de que escapara.

Se mantuvo frente a la pantalla hasta que recibió la respuesta, un par de horas después.

Estimado señor Rodríguez,

Le escribo para informarle de que la cita disponible más cercana sería el próximo lunes, 6 de febrero, a las 10:30 de la mañana.

Asimismo comunicarle que el coste de esta primera consulta, tanto si continúa o no con nosotros, ascenderá a 60€, abonados a la finalización de la entrevista.

Si no desea contratar nuestros servicios o la cita no se adapta a sus posibilidades, responda a este mensaje con la respuesta pertinente o bien llame a nuestro número de teléfono.

Sin otro particular, se despide

Cordialmente,

Yolanda Castro

Cerró la ventana del navegador. En menos de cuatro días se encontraría de nuevo con ella, con la mujer que le había condenado a aquel suplicio, con Laureta. ¿Sería cierto? ¿Había, por fin, llegado al final de su largo y tortuoso camino? Desde luego, eso parecía. No podía dejar nada al azar, tenía que prepararse para la reunión.

Antes de que llegara el fin de semana, Luis ya se había aprovisionado de cuanto creyó necesario: un machete, una navaja y, por supuesto, un par de estacas de madera; podía ser tan solo una leyenda, pero no quería correr riesgos.

Tanto el sábado como el domingo no salió de su habitación excepto para bajar a comer y comprar algo de bebida. Por las noches, sus sueños pasaron de ser recuerdos de vidas pasadas para convertirse en visiones sobre su inminente encuentro con Laureta. En ellos se veía a sí mismo a veces apuñalándola y otras decapitándola; siempre, eso sí, terminaba por clavar con fuerza una de las estacas en el corazón de la malvada criatura.

A las diez de la mañana del lunes, Luis ya estaba paseando frente al portal del edificio donde trabajaba la mujer. La ropa ancha que llevaba le permitía esconder sin problemas todas las “herramientas” que podía necesitar. Llegaba el momento de la verdad.

Llamó al timbre cuando en su reloj fue la hora exacta de la visita. La puerta fue abierta por una mujer que no conocía, posiblemente la secretaria.

—Buenos días —saludó amablemente ésta—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo una cita con la señorita Castro —respondió, intentando mantener una actitud calmada—. Me llamo Luis Rodríguez.

—¡Ah, señor Rodríguez! —dijo la secretaria—. Pase, por favor; en unos minutos le atenderá.

Así lo hizo. Se sentó en uno de los cómodos sillones que se hallaban en la recepción y cogió una de las revistas. Trataban sobre temas de derecho, pero a Luis le dio igual; no podía centrarse en leer cuando estaba tan cerca de encontrar la paz. Ojeó durante varios minutos la revista, sin ser capaz de leer ninguno de los artículos, hasta que la secretaria volvió a acercarse a él.

—Señor Rodríguez —le dijo—, puede pasar cuando desee.

Soltó la revista y se levantó, poniendo rumbo a la puerta entreabierta que se encontraba al final del pasillo. Metió la mano derecho en el bolsillo de su abrigo, lugar en que tenía guardada la navaja.

El elegante despacho era bastante amplio y estaba ocupado únicamente por una mujer. En ese momento estaba girada hacia la estantería, colocando algún papel en las carpetas. Luis cerró la puerta justo en el instante en que ella se giraba.

—¡Guido! —dijo la mujer cuando le vio— ¡No me puedo creer que estés aquí!

Las palabras de Laureta le sorprendieron. No pensaba que pudiera acordarse de él.

—¿Me recuerdas, Laureta? —preguntó— ¿Después de estos siglos?

—¿Cómo no habría de hacerlo? —dijo—. Te he estado buscando todo este tiempo. Por desgracia te has movido demasiado y me ha costado seguir tu rastro.

¿Ella también le estaba buscando? ¿Qué significaba todo aquello? Luis soltó la navaja que tenía fuertemente sujeta y sacó la mano del bolsillo. Observó a Laureta, tan bella como en esa ocasión, en Venecia, el día que murió por primera vez. La mujer continuó hablando.

—Veo que has ido adaptándote a tu condición —siguió diciendo—. Te perdí la pista en Londres, después de la muerte del escritor con el que tratabas tanto. Tus continuos cambios de identidad hacían casi imposible descubrir tu paradero, aunque hace un par de años me

llegaron rumores de tu presente ubicación y tu nombre. Al parecer, ya no te llamas Alberto Sanz.

—No dejo pasar más de veinte años antes de cambiar de vida —dijo Luis mientras se acercaba a ella—. Sirve para no ser descubierto. Aunque no pensaba que tú estuvieses buscándome.

—Así es —respondió con sinceridad Laureta—. En cuanto descubrí tu resurrección, encontrarte se convirtió en mi principal objetivo. ¿Cuál ha sido el tuyo?

Sin pensarlo demasiado, Luis dio respuesta a la pregunta.

—También encontrarte. He oído que sólo hay una forma de acabar con esta maldición.

—¿Matarme, tal vez? —dijo ella riéndose—. Oh, Guido, ¿crees que eso te liberará?

Lo creía hasta ese momento, mas las palabras que estaba oyendo le hicieron dudar.

—¿No es así? —preguntó— ¿No hay forma de que pueda morir?

—La hay, si es lo que deseas. Solamente tendría que volver a probar tu esencia vital. Pero antes de hacerlo tengo que preguntarte algo: ¿estás del todo seguro de querer morir?

No se lo pensó mucho. La muerte era lo único que deseaba, poder descansar al fin y para siempre.

—Sí —respondió—. Es lo que anhelo con más fuerza.

—En ese caso —dijo Laureta—, cierra los ojos y abraza el sueño eterno.

Los cerró, notando de nuevo el lacerante dolor en el cuello que ya había sentido medio siglo atrás. En esta ocasión significaba un alivio. Notó cómo caía al suelo mientras las fuerzas le abandonaban. Por fin.

Unas pesadas pulseras... no, no eran pulsera, eran grilletes. Apenas podía mover los brazos hacia adelante. Abrió los ojos y no vio nada, delante tenía una oscuridad absoluta. Pasaron varios minutos u horas hasta que una luz hizo entrada en el habitáculo, a la par que oyó una voz de mujer.

—Guido —La voz procedía sin duda de Laureta—, es una pena que tuvieras tantas ansias por morir; podríamos haber sido felices juntos.

—¿Qué significa esto? —gritó— ¡Dijiste que iba a morir!

—Mi querido pequeño —dijo Laureta—, tus averiguaciones eran ciertas: la única manera de acabar para siempre con tu vida era terminar primero con la mía. Y eso no puedo permitirlo.

—No lo entiendo —Luis intentó incorporarse, mas las cadenas no le permitieron hacerlo—. ¿Por qué me buscabas?

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

—Tu caso no había sido el primero —contó ella—. Cuando una de nuestras víctimas vuelve a la vida, tras la conmoción inicial intenta buscar la manera de terminar con su existencia. Eventualmente descubren que la manera de hacerlo es eliminar a quien le dio ese preciado don.

—¿Preciado don? —Escupió en el suelo frente a ella— ¡Esto no es otra cosa que la más cruel de las maldiciones!

—Los nuestros ven la eterna juventud como el mayor de los regalos, y estamos dispuestos a cualquier cosa para mantenerla —Laureta se acercó al encadenado hombre—. Tenía la esperanza de que te unieras a mí, pero está claro que es imposible. En tal caso, la única opción es mantenerte retenido para siempre.

El corazón de Luis dio un vuelco.

—¿Piensas —preguntó aterrizado— mantenerme aquí? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—No me place hacerlo; sin embargo, dejarte en libertad supondría una grave amenaza para mi propia vida —Laureta volvió a dirigirse hacia el origen de la luz—. Adiós, Guido. No volveremos a vernos.

Antes de que pudiera decir algo, la mujer había abandonado el cuarto, cerrando la puerta tras de sí y dejándole de nuevo en la oscuridad.

Guido, François, Klaus, Fernando, Alberto, Luis, se quedó mirando hacia el lugar en que momentos antes se hallaba Laureta. Eventualmente moriría de hambre, aunque volvería a vivir para volver a morir y volver a vivir. Gritó más fuerte de lo que nunca lo había hecho; gritó y gritó hasta que se quedó sin voz. Volvió a gritar tras morir una vez, y otra, y otra. Pero su grito nunca obtuvo respuesta.

—¡Laureta!

Game Over

J.R. Sánchez Puerta

A quien pueda escucharme o, para expresarme con más propiedad, a quien pueda verme, debo confesarle que el juego de mi vida ha terminado. Sin embargo, no ha sido un acontecimiento inesperado, sino la inexorable culminación de un proceso que se fue intensificando paulatinamente y que se encuentra allende el entendimiento humano.

El principio del fin comenzó en mi pubertad —la cual, dicho sea de paso, fue similar a la de la mayoría de chicos de mi edad que habitaban en la Loja de aquel entonces—, cuando a un tío mío, apenas un año mayor a mí, le regalaron la mítica y revolucionaria consola de videojuegos Atari 2600, que causó un irrefrenable furor entre los miembros de mi generación. Recuerdo que con varios compañeros de colegio de mi tío y unos primos míos organizábamos verdaderos torneos para saber quién era capaz de obtener los más altos puntajes en juegos como “Pac—Man”, “Invasores del espacio”, “Asteroides”, “Dig Dug” y “Donkey Kong”, entre muchos otros disponibles en el mercado.

No obstante, un programa en torno al cual se declaraban verdaderos duelos, que no pocas veces terminaban en polémica, era “La mosca”. En ese sentido, día a día, todos —unos más y otros menos— hacíamos lo posible por averiguar nuevas tretas sobre aquel videojuego, de boca de muchachos más expertos en él, de manera que, por un lado, pudiésemos aumentar nuestros bonos y “vidas”, y, por otro, conservar durante más tiempo las que ya teníamos, para, de esa forma, obtener más puntos y alzarnos con la victoria.

Así, lo que había empezado siendo una actividad supuestamente recreativa de un par de horas después del colegio, se convirtió en una obsesión que duraba toda la tarde, hasta prácticamente entrada la noche, la cual me llevó a descuidar mis obligaciones estudiantiles, aunque, afortunadamente, sin muchas consecuencias que lamentar, puesto que en incontables oportunidades la suerte del vago y mediocre suele ser infinitamente mayor que la de las personas responsables.

El que sí se resintió de verdad fue mi cuerpo porque mi nuevo y cuestionable pasatiempo había reemplazado a la natación, deporte que yo practicaba todos los días, y en el que me perfilaba como una promesa. Claro está, no pasé de promesa. Una lástima.

Contrario a lo que pudiera pensarse, nunca me llamaron la atención aquellos videojuegos que se volvieron populares con las consolas de Nintendo y Sega. “Mario Bros” y sus posteriores derivaciones, tales como “Súper Mario Bros” y otras, me parecían demasiado edulcoradas. Seguramente fue así porque siempre había sentido una gran predilección por el misterio y otros ámbitos afines; en ese sentido, la frase “Háblame de horror: no me digas más cosas tiernas”³, título de una compilación de cuentos de Robert Bloch, resultaba sumamente estimulante para mí.

En todo caso, aquella aversión a los acaramelados videojuegos que reproducían colores demasiado vivos en la pantalla solo había sido una especie de respiro para que mi creciente adicción volviera con más fuerza, esta vez de la mano de una computadora personal DTK 256 que había comprado mi padre a inicios de los años noventas para que yo prescindiera de la vieja máquina de escribir Olivetti, de la familia, sumamente útil hasta entonces, y pudiese realizar con más celeridad las tareas correspondientes a mis primeros años de universidad.

Al respecto, es necesario traer a colación el hecho de que cierto día un buen amigo mío, un tanto experto en informática, cargó en mi ordenador el célebre juego “Prince”, que, sencillamente, me puso de cabeza. Desde que tuve acceso a él, empecé a dedicarle innumerables horas con el objeto de tratar de rescatar a la princesa persa —el reto de aquel programa—, para lo cual solo se disponía de sesenta minutos. En los días posteriores, mi obcecación por “Prince” fue de tales dimensiones que llegué a alcanzar el objetivo en escasos 20 minutos, algo que, sin duda, se consideraba un verdadero logro entre los *freaks* de los videojuegos. Y que quede claro que en esa época yo solo contaba con un monitor monocromo que generaba gráficos color ámbar sumamente pobres.

Justamente cuando me hice con un monitor a colores, llegó el reinado de “Wolfestein” y “Doom”, videojuegos en los que había que sortear algunos niveles, compuestos, a su vez, por varios subniveles, para completar las misiones asignadas. Debido a que finalizar este tipo

³ Bloch, R. 1975. Háblame de horror: no me digas más cosas tiernas. 1 ed. Barcelona, ES, Bruguera. 253 p.

de aventuras implicaba mucho más tiempo, mis jornadas frente a la pantalla del computador se extendían hasta altas horas de la noche e, inclusive, de la madrugada.

El “Quake” y todas sus secuelas se constituyeron en otra pasada, y no hicieron más que aumentar mi insaciable sed de entretenimiento de este tipo, sin que importasen las consecuencias, que en muchas ocasiones habían implicado posponer asuntos más importantes y descuidar serias responsabilidades a mí encomendadas.

A la par, poco a poco me había vuelto más exigente en el sentido de demandar más calidad y, sobre todo, más realismo en esta clase de programas, para lo cual había gastado gran parte de mi modesto sueldo en lo más vanguardista del mercado, no solo en lo que respecta a videojuegos, sino también a hardware, de manera que pudiese tener experiencias más vivas, muchas de ellas rayanas, inclusive, en el hiperrealismo.

Como resultado, mi incontrolable manía por los juegos de vídeo había determinado un cambio drástico en mi personalidad. De ser sumamente sociable y despierto, me había convertido en un individuo apático, introvertido, taciturno y noctámbulo, con ojeras recurrentes. Además, si bien no podía prescindir del mundo exterior, mi cuarto era el único lugar en el que realmente me gustaba estar, y cada vez me resultaba más molesta la presencia de otras personas.

Con el advenimiento de la realidad virtual, y al tener un mayor poder adquisitivo, no tardé en comprar unas gafas, unos guantes y un traje de lycra con cables que se conectaban a un computador, a través de los cuales pude ingresar a una nueva frontera sin hitos: el ciberespacio. Al ajustar tales dispositivos a mi cuerpo y encender el sistema, ingresaba a un mundo insospechado en el que no solo me convertía en uno de los protagonistas de los videojuegos disponibles en esa nueva modalidad —ya no necesitaba un avatar—, sino que podía “tocar” objetos e, inclusive, sentir los ambientes en los que me encontraba como si fuesen reales. Por supuesto, en aquella época yo ya había dejado de ser estudiante universitario y tenía otras obligaciones que cumplir; por lo tanto, ya no podía pasármela jugando todo el tiempo. No obstante, me daba modos para ingresar al ciberespacio, y cada vez se me hacía más difícil abandonarlo.

TERB9 Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Desafortunadamente, y muy a mi pesar, el sistema que había adquirido no era completamente envolvente, y eso, finalmente, llegó a molestarme. Si bien la realidad virtual que producía había sido bien lograda por sus diseñadores, aún dejaba ver ciertos visos de realidad que desentonaban con los entornos creados.

Cuando había empezado a aburrirme, me enteré de que se había desarrollado un equipo completamente revolucionario, cuyas prestaciones proveían la experiencia más sorprendente en lo relacionado a realidad virtual. Se trataba del denominado Virtual R4+, que pronto me atrapó, literalmente. En sus orígenes, este extraordinario simulador de la realidad había sido concebido para entrenar a soldados sumergiéndolos en batallas que prácticamente no se diferenciaban de aquellas ocurridas en la vida real, pero después se amplió su radio de aplicación, hasta llegar al del entretenimiento. Claro que adquirir esta sofisticada “consola”, si se la podía llamar tal, no había sido como ir a una tienda de golosinas, escoger las más vistosas, pagar y marcharse. Su compra implicaba un meticuloso y dilatado proceso, debido a que no había un Virtual R4+ estándar, sino que se desarrollaba de acuerdo a las características de cada usuario. De ahí su efectividad.

Una vez solicitado el equipo vía Internet –la única forma de hacerlo—, tuve que acudir a las oficinas de Virtual n, en Guayaquil (empresa representante en Ecuador de la japonesa Cyberterion, la fabricante), para cumplir con varios requisitos que fueron desde cansinas pruebas de cultura general y exigentes test psicológicos, pasando por ejercicios y rutinas físicas, hasta exámenes completos de laboratorio, incluidos un electrocardiograma, un electroencefalograma, una tomografía axial y una resonancia magnética, con el objeto de que la empresa desarrolladora conociese mi estado integral. Por supuesto, los costos de las pruebas corrieron a mi cargo, y el hecho de haberlas completado –algo que no muchos llegaban a hacer, no por falta de aptitudes, sino por fastidio— no me garantizaba que iba a ser propietario de un Virtual R4+.

Una vez que demostré ser apto para aquello, a más de entregar el jugoso anticipo para la personalización del sistema, tuve que firmar un rígido contrato que exoneraba por completo a Cyberterion de cualquier consecuencia derivada del uso del Virtual R4+. Un par de meses después, el equipo finalmente estuvo disponible y pude llevármelo a casa, previo el pago final.

Una vez instalado y probado, me di cuenta de que todas las molestias y la larga espera habían valido la pena, puesto que aquel juguete se convirtió en mi vida misma. Se convirtió en la que sería mi última obstinación...

En vista del minimalismo y la sencillez alcanzada en su diseño, incomparable con la compleja tecnología que lo sustentaba, el Virtual R4+ se componía de una cómoda y simple silla, muy parecida a la de un dentista, que podía conectarse a un tomacorriente cualquiera, y en cuyo espaldar se había incrustado una especie de columna vertebral elaborada con base en una aleación metálica superconductor, la cual se conectaba mediante unas minúsculas agujas a la columna vertebral humana. Algo parecido sucedía en las extremidades: una vez que el usuario se sentaba —previamente, debía desnudarse y quedarse en ropa interior—, de los apoyos de brazos y piernas —algo así como huellas en las que sus extremidades cabían perfectamente— también salían pequeñas agujas que pinchaban puntos claves, coincidentes con aquellos señalados en los esquemas de la milenaria práctica de la acupuntura. La conexión al sistema se completaba cuando una estructura delgada —de la misma aleación metálica ya mencionada—, adherida a la cabecera de la silla y dotada de varios sensores también terminados en agujas, se fijaba a la cabeza.

Por lo demás, un monitor grande mostraba una sorprendente representación virtual del usuario, como un símil del mismo en el sistema, y varios de sus signos vitales, tales como el pulso, presión, temperatura, etc.

Cuando las agujas pinchaban los puntos nerviosos en cuestión, lanzaban pequeños impulsos eléctricos que mediante la columna vertebral, principalmente, llegaban a las redes neuronales más importantes del cerebro, dando paso, así, a simulaciones de un realismo pasmoso.

Uno de los aspectos más fascinantes del Virtual R4+ —que se activaba automáticamente después de que la silla detectaba el peso de su ocupante— era el manejo de opciones que ofrecía de acuerdo al “perfil nervioso” de quien lo utilizaba. En efecto, debido a la información previa recabada en las pruebas, el avanzado software del sistema generaba un juego a la medida del usuario, relacionado con sus características físicas y psicológicas, aunque el término “juego” se quedaba corto para describir entornos, personajes y situaciones virtuales creados con el fin de simular la existencia misma.

De todas formas, también había la posibilidad de cambiar la configuración desde adentro, sin necesidad de abandonar el entorno virtual, introduciendo otros parámetros. Asimismo, el Virtual R4+ permitía conectarse con otras consolas —entiéndase sillas— a través de Internet, para interactuar con otras personas en un mismo escenario.

Sin embargo, ¿para qué iba yo a configurar nuevamente el sistema si podía vivir una existencia paralela a la real sin tantos sinsabores y con muchas más gratificaciones?

Consecuentemente, la virtualidad se convirtió en mi realidad y viceversa; o sea, la existencia, la de carne y hueso, pasó a ser una realidad en la que me gustaba estar cada vez menos. Yo existía en tanto en cuanto me encontraba conectado al Virtual R4+, que se había vuelto la única forma de sentirme vivo. En ese sentido, la siguiente frase expresada por un profesor de Física Cuántica resultaba bastante ilustrativa:

“Lo que creí que era irreal, ahora, para mí, en cierta manera, parece ser más real de lo que creo que es real, que ahora parece ser más irreal”.⁴

Irremediablemente, terminé convirtiéndome en un misántropo —de alguna forma, ya lo era—. ¿Para qué diablos quería hacer o tener amigos si el sistema me proveía todo lo imaginable? Por supuesto, no podía prescindir de la comida, pero mi apetito había menguado considerablemente, así que mis salidas del Virtual R4+ solo se limitaban a alimentar un poco mi ya escuálido cuerpo, de manera que pudiese mantenerme en pie para continuar disfrutando de aquella bien orquestada farsa con visos de realidad.

De pronto, en determinado momento de mi existencia, mi dependencia al Virtual R4+ llegó a ser tal que, simplemente, ya no pude abandonarlo, lo cual, dicho sea de paso, me importó un carajo.

Esa es justamente la razón por la que ahora no soy más que una serie de ceros y unos, un simple y críptico código binario que ha logrado prescindir de su representación física —entiéndase aquella patética suma de huesos y tejidos llamada cuerpo humano—, y que puede

⁴ Testimonio del Ph.D Fred Alan Wolf, doctor en Física de la U.C.L.A., recogido en el documental “What the #\$*! Do We (K)now!?””, producido y dirigido en el 2004 por William Arntz, Betsy Chasse y Mark Vicente.

ser visualizado únicamente a través de un conjunto de píxeles expuestos en la pantalla de mi Virtual R4+.

Me he convertido en un milagro de la era digital; en una entidad imperecedera que felizmente ya no necesita más de su cascarón orgánico, y que está grabada en la memoria de un súper computador.

Eso sí, debo señalar que en este preciso momento me encuentro en un estado latente debido a un corte de la energía eléctrica —por falta de pago de la correspondiente planilla, supongo—, y estoy a la espera de que alguien la restablezca para que el juego —mi juego— vuelva a empezar una vez más.

J.R. Sánchez Antes de obtener su Licenciatura en Comunicación Social con mención en Televisión, en la Universidad Central del Ecuador (1998), José Rodrigo Sánchez Puertas ingresó a diario El Comercio, de Quito (1996), donde fue reportero de Calentura (jóvenes) y Negocios. Una vez graduado, continuó en dicho diario en las secciones Quito y Política, y en el semanario económico Líderes.

En 1999, el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL) publicó el libro «Dibujos animados y animación: historia y compilación de técnicas de producción» (Nro. 39 de la Colección INTIYÁN), del cual J.R. Sánchez es coautor, y cuya primera edición estuvo a cargo de Ediciones Abya—Yala.

También trabajó en la estación de televisión Ecuavisa como Asistente de Producción de la serie «Pasado y confeso», y posteriormente, luego de desempeñarse como Director de Contenido del portal Web de Interactive (2002—2003), empresa proveedora de acceso a internet, estudió un **Máster en Comunicación Multimedia, en la Universidad Politécnica de Valencia (UPV), España (2003—2004)**.

De vuelta en Ecuador y, específicamente, en Loja, se desempeñó como consultor para el diseño y ejecución de campañas publicitarias para tres productos: café Victoria (2005), Plan Participativo de Desarrollo de la Provincia de Loja —PPDPL— (2006) y Sistema Integrado de Transporte Urbano —SITU— (2007).

Asimismo, trabajó en diario Expreso, de Guayaquil (Ecuador), como reportero y Asistente de Subdirección (2007).

Desde abril de 2011 labora en Naturaleza y Cultura Internacional (NCI), organización no gubernamental dedicada a la conservación de la diversidad biológica y cultural de la región sur del Ecuador, teniendo a su cargo la página que dicha institución publica todos los domingos en diario La Hora —Loja (edición, redacción y diseño).

De manera muy intermitente, desde el 2007 hasta la actualidad ha escrito once cuentos (y un par de textos más de ficción, entre los que se cuenta un proyecto de novela), de los cuales «Game Over» forma parte.

Días incontables

Juan José Tapia

Con aquella visita terminaría las que tenía planificadas para el día, con lo que podría poner punto final a una nueva y apasionante jornada de trabajo, y es que, en contra de lo que podría pensarse, si dedicaba mi tiempo a tan loable ocupación no era porque viese en ella un modo de ayudar a la sociedad, de pasar a la posteridad, o cualquier otra cosa que a alguien se le pueda pasar por la cabeza; simplemente lo hacía por dinero, como todo hijo de vecino.

Estaba dispuesto a dar otra oportunidad al habitante de aquel domicilio, pese a su renuencia a acudir a mi llamada a su puerta. Habitualmente me mostraba más paciente, llegando a insistir hasta en dos ocasiones si ello era necesario, pero con la última visita del día creía que tenía el derecho de tomarme según qué libertades. Tal vez si mi jornada laboral se hubiese ajustado a las ocho horas diarias estipuladas en convenio me manejaría de otro modo, pero cuando esa cantidad no supone más que un recordatorio del modo en que te explotan, la profesionalidad puede verse afectada; al menos en mi caso, sucedía de ese modo.

Estaba ya por dar media vuelta y regresar al ascensor que me había conducido hasta aquella planta, cuando el sonido procedente del otro lado de la puerta me hizo ver que alguien se disponía a abrirla para atenderme; todo un detalle por su parte que no sabría agradecer en lo que valía, dado que me obligaba a prolongar mi jornada un tiempo más.

Habría agradecido algún tipo de saludo por su parte, pero aquel hombre de rostro enjuto y ojos hundidos en sus cuencas se limitó a observarme, como si esperase que fuera yo quien abriese las hostilidades.

—Buenos días, señor Arjona... ¿es usted? —Ningún gesto por su parte que lo confirmase o lo desmintiese—. Bien, verá... mi nombre es Mario Guisado, y trabajo para la oficina del censo. El caso es que existen ciertas discrepancias con los datos que aparecen reflejados en nuestras bases de datos en relación a su persona, y quería comprobarlos, si a usted no le importa.

Me sentía diseccionado por aquellos ojos, que me desagradaban en grado sumo. Cuando el ocupante de aquel domicilio se hubo contentado con su inspección inicial, giró sobre sus pies para dirigirse hacia el interior de la casa, dejando la puerta abierta tras él.

—Perdone usted, señor Arjona, ¿quiere que pase? —pregunté desde el pasillo sin saber bien qué esperaba aquel hombre de mí.

—Sí. Pase y cierre la puerta.

No esperaba que su voz tuviese aquel tono cristalino. Pensé que no encajaba con su aspecto huraño. Cuando llegué al salón, él ya estaba sentado en un sillón. Me indicó con un gesto de su mano que ocupase el sofá cuyo respaldo recorría la pared de su izquierda, y así lo hice.

—Le ofrecería algo para tomar, pero mucho me temo que la nevera está vacía — dijo mi anfitrión, sorprendiéndome por un ofrecimiento que no encajaba con la actitud poco sociable que había percibido en él hasta el momento.

—No se preocupe, así tal vez podamos terminar antes con este trámite. —Por un momento había dejado que mis pensamientos saliesen al exterior. No estaba bien transmitir a aquel ciudadano mi prisa por salir de allí y regresar a mi casa—. Quiero decir que tampoco creo que vaya a llevarnos mucho tiempo lo que he venido a hacer aquí.

—Hablaba usted de una discrepancia en sus datos.

—Así es. Verá —le mostré una hoja con los datos básicos que de él constaban en el censo—, si se fija, el problema está aquí, en la casilla donde aparece la fecha de nacimiento. Alguien debió cometer un error en el momento de rellenarla, y equivocó la fecha. Esa es precisamente mi tarea, resolver este tipo de pequeños errores, para poder contar de ese modo con una base de datos fidedigna de toda la ciudadanía del país. Normalmente hacemos este tipo de ajustes vía teléfono, pero en su caso nos ha sido imposible ponernos en contacto con usted.

—No tengo teléfono.

—Eso lo explica —contesté sorprendido.

—Me incomodaba. Lo tiré.

—Créame que en ocasiones también a mí me han entrado ganas de hacerlo, pero ya sabe, después de todo se trata de un artefacto que tiene su utilidad.

—No para mí. De todos modos, puedo decirle que la fecha que ahí aparece es correcta.

No había tomado a aquel hombre por un bromista; simplemente no iba con él. Le miré fijamente, y pronuncié la fecha lentamente, para que quedase constancia de que no existía ningún tipo de malentendido entre nosotros:

—Doce de marzo del año novecientos sesenta y ocho.

—Así es.

—¿No será mil novecientos sesenta y ocho? Sería muy comprensible que ese uno se hubiese perdido por el camino.

—La cifra es correcta.

Me tomé mi tiempo antes de volver a hablar, pues no sabía como enfocar la conversación, que estaba comenzando a parecerme un tanto absurda. De todos modos, no me apetecía dedicar más tiempo del preciso a algo que no tenía sentido.

—¿Cómo puede ser correcta esa cifra? De serlo, significaría que tiene usted...

—Los tengo.

—No, creo que no me está entendiendo.

—A día de hoy tengo mil cuarenta y cuatro años, no le dé más vueltas.

Traté de hacer que mi mirada le incomodase, pero no conseguí el efecto que deseaba. Aquel hombre no daba muestras de inseguridad, ni de estar dispuesto a reconocer que se estaba excediendo con los límites de aquella broma, si así podía llamarse a su estúpida actitud.

—En tal caso, déjeme decirle que se conserva usted muy bien. Para serle sincero, yo le habría echado... como un milenio menos, año arriba, año abajo.

—Es lo que tiene la inmortalidad.

—¡Vaya! De modo que me encuentro ante un inmortal. No sé si debería celebrarlo. Me pregunto si existirá un apartado en nuestras bases de datos para codificar esa particularidad.

—Usted se lo toma a broma, y creo que no se lo puedo reprochar. Han pasado tantos años que ya no lo recuerdo, pero imagino que también yo actué de ese modo cuando me sucedió a mí.

—¿El qué le sucedió? —Traté de tomármelo con filosofía, pensando que tal vez aquella conversación sin sentido sirviese para proporcionarme material con el que animar alguna reunión de amigos, una de esas en las que triunfa quien relata la anécdota más disparatada.

—Sucedió hace mil años, año arriba, año abajo, como usted ha dicho. Yo vagaba por un camino... eran tiempos de penuria, de guerra y de hambre. Digamos que cualquier encuentro con otra persona podía terminar del modo más inesperado, pues la desesperación se había apoderado del pueblo; muchos morían por un trozo de pan.

Recuerdo que cuando asalté a aquel hombre, él no se inmutó. Reconozco que me sorprendió que no se asustase, que era lo más habitual. Tener a alguien armado con un cuchillo delante de ti no resulta agradable, y suele tener ese efecto sobre las personas. Sin embargo, él se mostraba tranquilo, como si nada tuviese que temer de mí.

—¿Usted era un asaltador de caminos? —le pregunté siguiéndole el juego, aunque su historia comenzaba a interesarme.

—¿Y quién no lo era? ¿Acaso los grandes señores no asaltaban el granero de los pobres granjeros al exigirles tributos que llegaban hasta la mitad de sus cosechas? Yo era un superviviente, como todos, nada más. No era ni mejor ni peor que nadie.

—Tampoco estoy aquí para juzgarle. —Lo último que quería era soliviantarle.

—No lo haga. Probablemente se equivocaría. El hecho es que aquel hombre se dirigió a mí en unos términos que no terminé de entender... para mí no tenía sentido lo que me decía.

—¿Y qué era eso que le decía?

—Me dijo que estaba cansado de vivir, que la muerte para él sería poco menos que una bendición. Me dijo que había conocido las primeras civilizaciones, los primeros asentamientos creados por el hombre... el nacimiento de la agricultura, de las ciudades estado... ¿Cómo demonios podía esperar que supiera de qué me estaba hablando? ¿Qué cultura podía tener un hombre del medievo como yo? Me preguntó si no me importaría llevar su pesada carga, y yo... bueno, supongo que le dije que sí, ya no lo recuerdo apenas. Me dio la mano, y se despidió de mí. Nunca volví a verle.

—¿Y? ¿Eso es todo?

—Eso es todo, hasta hoy. Esa pesada carga me ha venido acompañando desde entonces. No puedo negar que durante muchos años lo disfruté, ¡y de qué manera!, pero el hombre no está hecho para vivir eternamente, la naturaleza humana simplemente no puede soportarlo. Los cambios se suceden a una velocidad de vértigo para quien permanece inmutable, y no somos capaces de asimilarlos, de habituarnos a ellos. Pronto nos encontramos viviendo en una época que nos resulta extraña, y transitamos por ella casi como almas en pena, como extraños en un tiempo que no nos corresponde.

Nuestros peores instintos salen a la luz, y nos vemos cometiendo actos reprobables que nunca habiéramos creído propios de nosotros.

—Como historia está bastante bien, no voy a negarlo, pero supongo que no cuenta con evidencias que prueben eso que usted dice, ¿me equivoco?

—¿Cómo podría probar algo así? ¿Con fotografías tal vez? Usted sabe mejor que yo que pueden trucarse. ¿Con documentación? Tres cuartos de lo mismo. ¿Con datos históricos? Cualquier historiador podría superarme en ese campo. Lo siento, pero mucho me temo que la única prueba tangible de cuanto digo soy yo.

—Es justo lo que yo pensaba. Entonces, volviendo al tema que me ha traído hasta aquí, ¿qué debería hacer yo? ¿Mantengo esa fecha tal cual, o tal vez debería añadirle ese uno perdido?

La broma ya había durado bastante, y creía llegado el momento de zanjar el asunto antes de que se eternizase. Era posible que aquel hombre tuviese todo el tiempo del mundo, pero un pobre mortal como yo tenía mejores cosas en las que perder el suyo.

—Eso va a importar muy poco en breve, mucho me temo. También yo me siento fatigado, y creo que ha llegado el momento de descansar, para mí. ¿Qué le parecería darme su mano? Será tan sólo cosa de unos segundos, no tema.

—¿A qué se refiere? —De algún modo lo sabía, pero prefería que fuese él quien me lo dijese.

—Vamos amigo, no me venga ahora con esas. Ya ha oído mi historia, y sabe lo que le estoy ofreciendo. Ya le he hablado de su parte positiva, y de la parte negativa, que por supuesto también tiene, como todo en esta vida. Ahora debe ser usted quien tome la decisión. Se trata de algo que sólo puede ser recibido de buen grado, no se puede obligar a nadie en contra de su voluntad a aceptar este don.

Por un momento llegué a plantearme seriamente el dilema, pero mi cordura no tardó en recordarme de qué estábamos hablando, y de lo absurdo de tomarlo como algo real. Entendiendo que era el mejor modo de zanjar aquella situación de una vez por todas, le tendí mi mano con decisión. Pude ver en sus ojos una sombra de duda, como si durante un instante se hubiese replanteado su ofrecimiento, pero finalmente estrechó mi mano con fuerza, sellando el pacto.

Mientras bajaba en el ascensor, no pude evitar reírme de mis reacciones durante aquella extraña conversación; incluso esperé llegar a sentir algo fuera de lo común durante nuestro apretón de manos, algo que lógicamente no sucedió. Mientras las puertas de la cabina se abrían, con mi bolígrafo añadía un uno al año de nacimiento del señor Arjona.

Pasaron cinco años antes de que lo sucedido aquella tarde volviese a mi memoria, pero no fue hasta que transcurrió otro lustro cuando aquella sospecha comenzó a convertirse en una obsesión. Mis amigos gastaban bromas relativas al modo en que me conservaba, preguntándome si pasaba las noches encerrado en un tarro con formol. Incluso mi esposa maldecía a mi buena suerte, que hacía que las canas no se atreviesen a invadir mis cabellos, mientras ella tenía que hacerles frente armada con una brocha y buenas dosis de paciencia.

Pese al tiempo transcurrido, no me costó encontrar aquel edificio, que no había vuelto a visitar en diez años. Tal como sucediera en aquella ocasión, mis llamadas no recibieron respuesta, aunque la experiencia me decía que insistiese. Para mi sorpresa, la única puerta que se abrió frente a mi reiteración sobre el timbre fue la que se hallaba a mi espalda, enfrentada a la del domicilio que había ido a visitar.

—No se moleste —dijo el vecino, que por su aspecto había sido sacado de su siesta por el sonido del timbre que yo me había encargado de hacer sonar de forma insistente—, ya puede aporrear la puerta, que nadie va a abrirle. Hace años que nadie vive ahí.

—¿Años, dice? —pregunté sorprendido.

—Sí, como diez.

—¿Y qué fue del hombre que vivía aquí? ¿Podría decirme donde se fue?

—Al cielo, o al infierno, dependiendo de lo bien que se hubiese portado en vida, aunque dicen que los suicidas, cuando menos tienen que pasar por el purgatorio. Después de todo, esta vida que creemos poseer no es nuestra, sino un don que nos ha dado Dios para que lo gestionemos, una especie de préstamo.

Tuve que tomarme unos segundos para asimilar la información que acababa de conocer.

—¿Está diciendo usted que el hombre que vivía en esta casa se suicidó?

—Así es, tirándose desde el balcón. Siempre había sido un hombre extraño... de hecho, en el tiempo en que vivió ahí, no recuerdo haberle visto salir más de una o dos veces. Comprenderá que no hay que estar muy bien de la cabeza para saltar al vacío desde una octava planta.

Tras agradecerle la información y despedirme de aquel hombre, encaminé mis pasos hacia mi coche mientras mi cabeza se hallaba inmersa en pensamientos de lo más extraños, esforzándome por encontrarle un sentido a todo lo que guardaba relación con aquellos hechos. Tan enfrascado estaba en la tarea de hallar una explicación lógica a lo que parecía no tenerla, que sólo vi el autobús que se me echaba encima cuando éste se detuvo a escasos centímetros de mí, tras haber dejado sobre el asfalto las marcas de sus neumáticos, como fruto de una frenada de emergencia.

—¿Estás loco o qué, tío?! ¿Es que quieres morir?

El grito del conductor del transporte público me dio más que pensar, si cabe, haciendo que me plantease si realmente tenía la opción de elegir. Tenía que salir de dudas, no podía seguir adelante sin más, como si nada extraño ocurriese en mi vida. Fue con esa idea en mente con la que acudí al médico para hacerme un reconocimiento, sin tener demasiado claro qué esperaba encontrar en los resultados de los análisis, ni tan siquiera si en el fondo quería que apareciese algo fuera de lo normal en ellos. Dentro de lo que cabe, ello supondría tener algo tangible, un lugar por donde poder comenzar a esclarecer lo que me venía ocurriendo, pero lamentablemente, aquel intento demostró ser inútil, pues las pruebas médicas no arrojaron luz sobre el misterio que me venía quitando el sueño.

Todo en mi vida comenzó a ir mal; la relación con mi mujer fue transformándose en un infierno, pues pagaba mi frustración con ella, que nada sabía del apretón de manos que hacía ya diez años me había conducido hasta el punto en que me encontraba. En el trabajo comencé a cometer errores propios de un novato, pues mi atención estaba en otro lugar, y mis compañeros comenzaron a evitar mi presencia, dado que cualquier conversación en la que yo tomase parte terminaba abocada a convertirse en una discusión, en el momento en que perdía los nervios.

La angustia por mi desconocimiento en lo relativo a lo que me sucedía me estaba pasando factura, haciéndome temer por mi cordura. Poco a poco me fui entregando en brazos del alcohol para mitigar mis problemas, pero no me daba cuenta de que tan sólo conseguía aumentarlos, al hacer de aquel hábito una dependencia. La pérdida de mi empleo no me afectó, pues ni siquiera fui consciente de ello, dado que me encontraba permanentemente alejado de la realidad, en un mundo que el alcohol había construido a mi medida, para mantenerme aislado de aquel donde me sentía diferente, marginado e incomprendido.

Dentro de mí había una voz que gritaba por hacerse escuchar, una conciencia que trataba de retomar las riendas de una vida que me estaba encargando de arrojar por el desagüe, pero no había allí nadie que le prestase atención. Cuando el dinero comenzó a escasear, fruto de mis excesos y mis visitas a antros a cuál más desaconsejable, mi esposa tomó la decisión más lógica, y se marchó, incapaz de soportar por más tiempo mis salidas de tono, y el infierno en que le había hecho vivir durante el último año. Ya era un hecho: había aniquilado cuanto quedaba de la persona que fui, y en su lugar había creado a un monstruo inmoral e insensible, cuya existencia no tenía sentido alguno. La única opción lógica en aquella situación era ponerle fin, y aprovechando uno de los escasos momentos de lucidez dentro de las tinieblas en que habitaba, decidí acabar con todo.

Con un cuchillo pelé el recubrimiento plástico del cable eléctrico de una lámpara, y me dispuse a dejar que la electricidad cumpliera con su cometido atravesando mi cuerpo para llevarse con ella mi vida, pero un instante antes de que las yemas de mis dedos se pudiesen en contacto con el cobre del conductor, las luces se apagaron. Desenchufé la lámpara y la volví a conectar, pero la oscuridad permanecía.

Me levanté a tientas, furioso, y me dirigí hasta la ventana, para comprobar que se trataba de un apagón que afectaba a toda la manzana.

No estaba dispuesto a dejarme vencer tan rápidamente, por lo que me puse los zapatos, y bajé la escalera que conducía hasta la calle, iluminándome con la luz que despedía la pantalla del móvil. Comencé a caminar sin rumbo fijo, hasta que vi aparecer al fondo los faros

de un coche. Sin dudarle un momento invadí la calzada, y me interpuse en el camino del vehículo, cerrando los ojos. Cuando consideré que había pasado más tiempo del esperado, abrí los ojos para comprobar que el coche no había seguido recto por la calle en la que me encontraba, sino que había girado a la derecha en el cruce situado sólo unos metros antes del lugar que yo ocupaba.

Caí de rodillas al suelo, y comencé a golpear con el puño sobre el asfalto, maldiciendo mi fortuna, que ni siquiera me permitía elegir el momento de mi muerte.

Entonces tuve una intuición, llegando a la conclusión de que todos los hechos se aliarían para evitar que pudiese cumplir mi voluntad de quitarme la vida. Aquel apagón, y ese giro inesperado en el coche... No, no podía tratarse de simples casualidades, simplemente no podía morir, ¡realmente era inmortal!

No sabría decir durante cuántas horas caminé bajo la luz de la luna, pero tal vez por inercia, mis pasos me llevaron hasta un garito donde acostumbraba a dilapidar la nómina, cuando aún la tenía. Pedí una copa, y el camarero me dirigió una mirada inquisitiva; sin duda no era la primera ocasión en que bebía a crédito, y el mismo debía estar a punto de expirar. Pese a las ocasiones en que había estado allí anteriormente, nunca antes me había fijado en las personas que atravesaban el local sin detenerse en la barra, para desaparecer por una puerta situada al fondo del mismo.

—Oye, amigo, ¿qué hay ahí detrás? —le pregunté a quien me servía las copas a regañadientes.

—No creo que le interese. Eso es para gente con dinero. Cuando pague lo que debe, quizás pueda contarle algo más.

Le aferré por el brazo mientras me servía otro vaso de whisky, tratando de dejar patente que no me conformaría con aquella evasiva.

—Apuestas —dijo ante mi insistencia—, pero ya sabe, para apostar hace falta dinero, así que no creo que sea de su interés.

—Tal vez te sorprendas. ¿Qué tipo de apuestas?

—De todo tipo —Hizo un movimiento con sus ojos que me llevó a pensar lo peor.

Giré la cabeza hacia aquella puerta, para ver cómo de su interior salían unos tipos que por su gesto no parecían haber tenido una noche de suerte allí dentro. Sin pensarlo dos veces, dejé mi asiento en la barra y me dirigí hacia la entrada a la parte oculta del negocio, para encontrarme con un armario ropero en forma de vigilante al que no había visto hasta ese momento.

—¿A dónde se supone que vas tú? No recuerdo haberte visto antes.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Tragué saliva antes de contestar a alguien que podría partirme en dos con su dedo meñique, y que infundía respeto con su sola presencia. Me pregunté si la fortuna que me había acompañado en mi reciente intento de electrocución y en mi encuentro con aquel coche, seguiría conmigo en caso de tener que enfrentarme a aquella mole ambulante, pero no me apetecía comprobarlo.

—Supongo que debe haber una primera vez para todo en la vida, ¿no te parece?

—No tienes pinta de tener dinero.

—¡No lo tiene! —gritó el camarero desde la barra.

—Lo que yo decía —reiteró el portero cruzándose de brazos y afianzando sus pies sobre el suelo—. ¿Por qué no te das la vuelta, y nos ahorras problemas, tanto a ti, como a mí?

—No era dinero lo que estaba pensando en jugarme, precisamente —dije encarándome al mastodonte que se interponía en mi camino.

—¿Y qué entonces?

—Mi vida.

—¡Joder! ¿Por qué no me has dicho que venías por eso? —El portero se apresuró a abrir la puerta, echándose a un lado para permitirme el paso. No estaba muy seguro de lo que había dicho, o de qué podía haber interpretado él, pero lo cierto era que había tenido efecto—. Pasa y pregunta por Roque. Te están esperando.

Resultaba evidente que la ley anti—tabaco no era de aplicación en aquella zona del local, pues una neblina flotaba sobre las cabezas de los presentes, demasiado ocupados en sus partidas de póker para prestarle atención al recién llegado. Había allí otra barra, a la que me dirigí para preguntar por el nombre que me había facilitado el hombre de la puerta. No sabía a qué me conduciría aquello, pero tenía un buen palpito al respecto.

El camarero le hizo una seña a uno de los encargados de la seguridad, provisto de un auricular como si del guardaespaldas de algún primer ministro se tratase. No hizo falta que intercambiásemos ninguna palabra; sabía que sólo debía limitarme a seguirle. Así, bajamos por unas escaleras que conducían a una planta inferior, donde el bullicio de arriba se perdía en la distancia. Cuando llegamos a una pequeña habitación, pintada completamente de negro, como el resto de los pasillos, mi guía se retiró, dejándome en manos de una mujer que debía rondar los cincuenta años, aunque trataba de camuflarlos bajo una espesa capa de maquillaje que le confería un aspecto grotesco.

—No te he visto antes. ¿Es tu primera vez aquí?

—Sí —respondí sin dar mayor información.

—¿Te han explicado cómo funciona esto?

—Sólo por encima —mentí. No creí que me conviniese desenmascararme a la primera oportunidad.

—De acuerdo entonces, no tienes mucho más que saber. Dentro de cinco minutos te toca. Ponte esto.

Me entregó un esmoquin. Por un momento pensé que se burlaba de mí, pues nunca me había vestido de pingüino en mi vida, exceptuando el chaqué que llevaba el día de mi boda, pero consideré que no era adecuado andarme con remilgos. Me cambié allí mismo, delante de ella. En cierto modo, mi ego se vio afectado por el hecho de que no intentase lanzarme ni una mirada de reojo mientras me quitaba los pantalones, pero imaginé que estaba curada de espanto.

Una luz verde se iluminó sobre una puerta de la sala en la que me encontraba, diferente a aquella por la que había entrado. La mujer me indicó con un simple gesto que entrase a la sala contigua, que resultó ser igualmente negra, si bien estaba provista de un espejo en una de sus paredes. Me recordó a un cuarto de interrogatorios, e imaginé que al otro lado del espejo debía haber personas contemplándonos. Y digo contemplándonos, dado que me encontré con otras tres personas, vestidas del mismo modo que yo, que ya ocupaban su lugar, sentados en torno a una mesa redonda, en cuyo centro había dispuesta una bandeja de plata. Dado que sólo quedaba una silla vacía, la ocupé entendiendo que era el lugar destinado para mí.

Durante unos instantes intercambié miradas con mis compañeros de mesa, que parecían nerviosos. Eran tipos corrientes, como yo, aunque en alguno me pareció descubrir señales de alguna vieja lucha callejera, induciéndome a pensar que tenía cierto pasado criminal. No tardó en entrar en la habitación la mujer a la que ya conocía, aunque cuando la vi portando un revolver, a punto estuve de saltar de la silla. En cierto modo sabía a qué había ido hasta allí, aunque tener la prueba delante, a sólo un metro, resultaba inquietante cuando menos.

La mujer mostró el arma en alto, sin duda para que pudiese ser vista por quienes ocupaban la sala situada al otro lado del espejo, e hizo girar el tambor para demostrar que se hallaba descargada. Extrajo una bala de un bolsillo de sus pantalones, y la introdujo en el revolver, tras lo cual hizo girar nuevamente el tambor. Tras depositar el arma sobre la bandeja de plata, le imprimió un movimiento con la muñeca, haciendo que comenzase a girar mientras ella depositaba un fajo de billetes sobre el tapete de la mesa, y salía de la estancia cerrando la puerta tras ella.

TERCER Nº 4 Asociación Vasca de CF Fantasía y Terror

Los cuatro ocupantes de la mesa observábamos el giro del revolver con vivo interés, y aunque nadie había llegado a explicarme nada, algo me decía que no me convenía que cuando éste se detuviese, su cañón se encontrase apuntando hacia mí. Por suerte, eso no sucedió. Pude notar desde mi situación, que al hombre sentado frente a mí se le ponía un nudo en la garganta, pues había sido él el elegido por la fortuna para dar comienzo al macabro juego.

El hombre tomó el revolver en su mano, y tras hacer girar el tambor con los ojos cerrados, situó el arma contra su cabeza, apoyada en su sien. Fueron unos segundos que se me hicieron eternos, pero finalmente apretó el gatillo. Volvió a depositar el arma en su lugar, y repitió la operación que ya hiciese la mujer, haciendo que la ruleta letal volviese a girar en busca de su víctima. Pude oír cómo su respiración se aceleraba, fruto de la excitación que acababa de experimentar.

De nuevo evité ser encañonado por el revolver, que en esta ocasión señaló al hombre situado a mi izquierda. Éste repitió el mismo procedimiento que acababa de ver, con el mismo resultado. Por tercera vez, el revolver giraba sobre la bandeja de plata, y quiso la casualidad que volviese a apuntar a quien acababa de probar suerte con él. Por segunda vez, aquel hombre se llevaba el arma a la cabeza, y apretaba el gatillo. La detonación me sobresaltó, pues no estaba habituado a vérmelas con armas de fuego, y no estaba familiarizado con su sonido. La sangre salpicó el rostro del hombre sentado frente a mí, que trató de limpiársela como mejor pudo, aunque siempre actuando con cierta parsimonia, como sucedía todo en aquella habitación.

Pensé que aquello pondría fin a la sesión, pero me equivocaba. La mujer volvió a entrar, trayendo con ella una nueva bala, que se apresuró a introducir en el tambor del revólver, tras recogerlo del suelo. Nadie se molestó en retirar el cuerpo sin vida que yacía a mis pies; el juego debía continuar.

Hasta en tres ocasiones hube de hacer frente a la muerte, pero en todas ellas, la bala no se hallaba alojada frente al percutor, de modo que la burlé. Contaba con ello al entrar allí. En unos minutos me encontré rodeado por tres cadáveres, aunque después de asistir a la primera muerte me había insensibilizado, de modo que nada de cuanto pudiese ocurrir en torno a mí me afectaba ya. Tomé el fajo de billetes depositado sobre la mesa, y salí de la habitación. Fuera me esperaba la misma mujer, que no dudó en felicitar me por mi buena fortuna. Me señaló el lugar donde se encontraba la ducha, donde podría desprenderme de los restos humanos que cubrían mi cuerpo.

Había encontrado el modo de decir adiós a mis penurias económicas, y no tardé en convertirme en el preferido de los magnates que acudían hasta aquel local a apostar fabulosas

cantidades de dinero por mis rivales, a la espera de que llegase el día en que mi buena estrella me abandonase. Ellos ignoraban lo que yo sabía, y es que era imposible que la muerte acudiese a su cita conmigo, ya fuese en aquel lugar, o en cualquier otro.

Pronto se corrió la voz de la nueva sensación, y las cantidades de dinero depositadas sobre el tapete comenzaron a aumentar, hasta multiplicarse por cinco, por diez, ¡por cien!. Pocos eran los que se atrevían a compartir mesa conmigo, pues mi nombre había comenzado a convertirse en leyenda por los bajos fondos. Me reclamaban fuera de la ciudad, incluso en el extranjero, y pagaban auténticas fortunas por contar con mi presencia. Me entregué a un tren de vida con el que jamás habría podido soñar: coches caros, lujosas fiestas, mujeres, todo estaba a mi alcance, y no estaba dispuesto a privarme de las oportunidades que la vida me ofrecía. Quizás, después de todo, no estuviera mal vivir de ese modo eternamente.

Pero mi buena suerte cambió el día en que recibí una llamada inesperada en mi mansión:

—¿Es usted el señor Guisado, Mario Guisado? —preguntó una voz masculina con un tono atemperado.

—Así es. —Hacía tiempo que no empleaba mi verdadero nombre, y me sorprendió oírlo en la voz de aquel hombre—. ¿Con quién hablo, por favor? ¿Quién le ha dado este número?

—No creo que eso deba importarnos demasiado. Lo que debería usted considerar es la oferta que me ha llevado a ponerme en contacto con usted.

—Si quiere hablar de negocios, puede llamar a...

—No, no se trata de eso, no se equivoque. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea que llegó a hacerse incómodo—. Sé lo que es usted.

—¿Cómo dice? —No tenía costumbre de recibir llamadas de bromistas por aquella línea.

—Sé lo de su inmortalidad. Va a recibir un fax en este mismo número. Ahí podrá ver el lugar donde habremos de encontrarnos. Buenos días, señor Guisado, ha sido un placer hablar con usted.

Antes de que pudiera darle mi réplica, la comunicación se cortó. La llamada me dejó en un mar de dudas, pues nunca antes, en los quince años transcurridos desde mi encuentro con mi creador, me había encontrado con nadie que me hablase de aquel modo. Se trataba de un misterio que debía desentrañar, si bien no podía negar que una sensación que hacía tiempo que no experimentaba me asaltó; era el miedo a lo desconocido. ¿Quién podía ser aquel

hombre? ¿Cómo podía saber lo mío? Con su llamada se había asegurado mi presencia en esa cita.

El lugar, una nave abandonada en un polígono industrial, no parecía especialmente atractivo. Había llegado a pensar en la posibilidad de llevar conmigo algún tipo de escolta, pero mi condición hacía que no temiese por mi vida. De todos modos, había tomado las precauciones habituales, y llevaba en mi correa un localizador que permitiría a mis hombres saber dónde me encontraba en todo momento. Habían pasado ya cinco minutos de la hora fijada, cuando el sonido del motor de un coche vino a anunciar que la espera llegaba a su fin. Se trataba de un modelo de alta gama, que se detuvo frente a mí. De él descendió un hombre de avanzada edad, que me tendió la mano tan pronto como se encontró fuera del vehículo.

—Encantado de conocerle, señor Guisado. Mi nombre es Juan Machuca.

—¿Cómo está? —dije mientras estrechaba su mano—. Espero que no se lo tome a mal, pero si no le importa, me gustaría zanjar el asunto que nos ha traído hasta aquí cuanto antes.

Aquel hombre me observaba de un modo extraño, como si tuviese frente a sí algún tipo de atracción de feria, un fenómeno de la naturaleza. No me gustaba el modo en que me miraba.

—Entiendo que si ha acudido usted a esta cita, debe ser porque mi llamada le causó un gran impacto. Imagino que no esperaba oír aquellas palabras.

—Así es. Por ello, me gustaría que se explicase usted. ¿De dónde ha sacado esa extraña idea?

—¡Ah, ya entiendo! De modo que todavía va a mantener usted una actitud de negación. Como usted prefiera, no seré yo quien se lo censure, pero como ya tuve ocasión de decirle, conozco su secreto. Han sido muchos años los que he dedicado al estudio de ese fenómeno, aunque si he de ser sincero, nunca hasta el día de hoy me había encontrado frente a uno de ustedes.

—¿Uno? ¿Quiere decir que hay más? —pregunté tratando de saber más acerca de mí mismo a través de lo que aquel hombre pudiera contarme.

—Supongo que no pensará usted que es único, ¿verdad? Mis estudios me han llevado a seguir la pista de varios casos, por todo el mundo, pero las pistas siempre se difuminaban en vaguedades, impidiéndome alcanzar mi meta. Tengo mis alarmas, una red de observadores que me informan de cualquier anomalía, cualquier hecho extraordinario que pueda apuntar a la presencia de alguien que pueda haber engañado a la muerte. He de decir que en su caso particular, las evidencias eran innegables; nadie tiene tanta suerte.

—¿Y eso le ha llevado a pensar que soy inmortal? ¿Me está hablando en serio?

—Traté de burlarme de él, pero parecía inmune a mi ironía. Tenía las cosas muy claras.

—Entre nosotros no tenemos por qué andarnos por las ramas. Creo que podemos prescindir de las medias verdades, y hablar con total franqueza. Mis investigaciones me han llevado a saber que, en la mayor parte de los casos, lo que en un principio puede ser visto como un don, termina convirtiéndose en un mal que acompaña a la persona hasta el fin de los tiempos, si ésta no halla el modo de ponerle remedio. Conozco bien el caso del señor Arjona, su antecesor, por llamarlo de alguna forma.

—¿Qué sabe de él? —pregunté con vivo interés, pues siempre quise conocer más acerca de aquel hombre, y el misterio que debía haber tras su existencia.

—Su rastro se remonta hasta muchos siglos atrás, y aunque llegado un momento perdí su pista, podría asegurar que vivió alrededor de mil años. Su trágica muerte me causó un gran pesar, pues estuve a esto de dar con él, de poder tener un encuentro similar a éste que ahora tenemos usted y yo, pero el tiempo jugó en mi contra, como toda mi vida. Como puede ver, los años no me han perdonado, y sé que muy pronto los achaques me impedirán seguir adelante con mi cruzada personal. Es por ello que usted representa la que será mi última oportunidad de ponerle remedio.

—Creo que no le sigo. ¿A qué se refiere?

—No me gustaría que le pasase a usted lo mismo que al señor Arjona, que pudieran llegar a pasársele por la cabeza esas ideas de desaparecer, de poner fin a su existencia. Por eso necesitaba verle, para hacerle una propuesta que nos beneficiaría a ambos, o al menos así lo creo.

Podía ver el brillo en los ojos del anciano, cuyas variaciones en el tono de voz transmitían la emoción que sentía en aquel momento.

—¿De qué propuesta me habla?

—Le ofrezco la libertad, la posibilidad de llevar una vida normal, como todos los seres humanos, dejando de lado el pesar que supone la carga que depositaron sobre usted sin que lo hubiera pedido.

—Creo que se equivoca conmigo. La vida que llevo ahora mismo me gusta, y no tengo la menor intención de cambiarla. Mi condición no supone ningún tipo de problema para mí.

—Claro, créame que le entiendo, pero entiéndame usted a mí también. Son muchos casos los que he podido documentar, y siempre acabaron del mismo modo. Permítame que sea

la llave que abra para usted las puertas de una vida más plena, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Tarde dice? ¡Claro, ya lo entiendo! Tarde para usted. Quiere apoderarse de mi don para burlar a la muerte, a la que sin duda ya debe haber visto rondándole. No crea que soy estúpido, señor Machuca, usted no ha pensado en mi bienestar en ningún momento. Si hace esto, es sólo por usted. Créame que agradezco su generosa oferta en lo que vale, pero mucho me temo que seguiré llevando esta carga a cuestas durante muchos años. No le niego que pueda llegar el día en que también yo me canse de este mundo, pero creo que para entonces, usted no será más que polvo.

—Es una verdadera lástima que piense usted así. Sinceramente le digo que llegué a creer que entendería la bondad de mi proposición. En cualquier caso, soy una persona práctica, y había contemplado esta posible contingencia. Juan Machuca sacó la pistola que ocultaba bajo su chaqueta, y me apuntó con ella. En un principio me causó sorpresa, pues he de confesar que no lo esperaba, pero no tardé en echarme a reír.

—¿En serio pretende disparar al rey de la ruleta rusa? ¡Ja, ja, ja, no me dirá que no tiene gracia la cosa!

El hombre apretó el gatillo mientras mantenía su rictus imperturbable. Siguiendo la lógica que los hechos habían llevado hasta entonces, había esperado que la pistola se encasquillase, o que sucediese cualquier otro hecho inesperado que le impidiese acertar sobre mí, pero sentí cómo el disparo me alcanzaba. Me miré el pecho, y comprobé aliviado que no se trataba más que de un dardo. Apenas tuve tiempo de observarlo, pues los efectos del narcótico del que iba cargado se manifestaron con rapidez, haciendo que me desvaneciese.

Al abrir los ojos no noté ninguna diferencia en relación a mantenerlos cerrados, pues la oscuridad me envolvía. Me hallaba tumbado, apoyado sobre mi brazo derecho, y un profundo olor a humedad llegaba a mi nariz; olía a cemento fresco. Traté de moverme, pero tenía las manos atadas a la espalda, y mis piernas también se hallaban inmovilizadas. Al intentar doblar la cintura, mi frente chocó contra una pared. Traté de echar la cabeza hacia atrás, y obtuve el mismo resultado. No había duda, estaba recluido en un espacio de apenas treinta centímetros de ancho, entre dos paredes, ¡me habían emparedado! Intenté gritar para pedir auxilio, pero también se habían encargado de cerrarme la boca con cinta americana, o eso supuse, pues no podía ver si se trataba de simple cinta aislante. Aquella sensación de frío en todo mi cuerpo me convenció de que me encontraba completamente desnudo.

Sabía que mi naturaleza me permitiría resistir en aquella situación sin necesidad de ingerir alimento, ni de beber agua, pero aquellas condiciones resultaban igualmente

infracoronas. Necesitaba hablar con alguien, saber qué pretendían de mí, y cuánto duraría aquel encierro, aunque intuí que la respuesta estaba en mí. Era evidente que aquel maldito había encontrado el modo perfecto de conseguir su propósito. Le bastaba con dejarme allí el tiempo suficiente para que la desesperación me llevase a aceptar su propuesta, cediéndole de buen grado mi inmortalidad, único modo por el que podía apropiarse de ella, dado que no podía ser tomada sin el consentimiento de su poseedor.

Que estaba a su merced resultaba evidente, y no me cabía duda de que me había derrotado. ¿Cuánto tiempo sería yo capaz de resistir allí encerrado? ¿Un día, una semana, tal vez dos? ¡Terminaría por volverme loco! No, por mucho que me costase admitirlo, era preferible vivir una vida mortal en libertad, que permanecer hasta el fin de los tiempos en un lugar donde nadie acudiría a buscarme. ¿Nadie? ¡No, un momento, había olvidado por completo el localizador de mi cinturón! Gracias a él, mis hombres podrían dar conmigo cuando comenzasen a echarme en falta. Sólo esperaba que el tal Machuca no se hubiese desecho de él en algún otro lugar alejado de allí.

Aunque había intentado sobreponerme al cansancio, tras varias horas de angustiada espera el sueño me venció.

Desperté sobresaltado; alguien me hablaba desde el otro lado de la pared:

—¡Hola amigo! ¿Está usted ahí? —era la voz de Juan Machuca, que sonaba amortiguada por la pared de ladrillo que nos separaba—. ¡Pero qué pregunta más estúpida!, ¿no le parece? ¿Dónde podría haber ido? ¡Ja, ja, ja! Sólo quería que supiese que no me he olvidado de usted, simplemente le estoy dejando madurar. Imagino que no es necesario que le explique cuál es el plan, usted es inteligente, y ya lo habrá intuitido. No se preocupe, volveré por aquí dentro de unos días. Estoy seguro de que para entonces nuestra conversación será más fructífera, al menos para mí. Mientras tanto, espero que disfrute de su nuevo hogar. Después de todo, de usted depende que su estancia en él no sea más que un mero trámite, o se convierta en definitiva. Tal vez piense usted que no tiene más que esperar a que alguien aparezca por aquí, y decida echar esta pared abajo, pero... seamos realistas, ¿quién podría pensar que alguien se esconde detrás de la pared de una vieja bodega? Es absurdo, ¿no le parece? Piense en ello, creo que tiene tiempo de sobra. Ahora, sintiéndolo mucho, me temo que otros asuntos me reclaman, de modo que...

Los disparos de armas automáticas llegaron hasta mis oídos pese a los muros que me rodeaban.

—¿Cómo lo ha hecho, cómo saben que esta usted aquí? —preguntó mi captor, cuya voz había abandonado aquel tono calmado y melodioso, para mostrarse vacilante.

Los disparos continuaron durante un tiempo, pero pronto se hizo el silencio. Me preguntaba cuál habría podido ser el desenlace del enfrentamiento, aunque confiaba en el buen hacer de los hombres que trabajaban para mí, dado que no había escatimado en gastos para hacerme con los mejores. Pegué el oído a la pared para captar cualquier posible sonido que pudiese proporcionarme una pista acerca de lo ocurrido. Alguien había bajado a aquel sótano. Podía oír ruido, como si cientos de botellas estuviesen siendo arrojadas al suelo.

—Aquí ya no hay nada que hacer, vamos para arriba.

¡Era la voz de Miguel, uno de mis hombres! Así que efectivamente se trataba de ellos, y al parecer habían salido vencedores del enfrentamiento. Golpeé con mi frente repetidamente contra los ladrillos, hasta el punto de hacer que la sangre brotase de ella, pero nadie pareció oír los golpes. Volví a pegar el oído, para oír lo unas palabras que me llegaban muy lejanas:

—Deben haberle matado, seguramente se han deshecho del cuerpo. Aquí sólo está su ropa.

—Vámonos entonces. Aquí ya no estamos haciendo nada. —Reconocí la voz de Carlos.

—¿Qué hacemos con los cadáveres? —preguntó Miguel.

—¿Están todos muertos?

—Todos.

—Olvídate entonces. Sin testigos no hay miedo. Vámonos.

¡No, volved aquí, no seáis estúpidos! ¡No podéis dejarme aquí, regresad!

Silencio.

Comencé a llorar como un niño, mientras el frío comenzaba a entumecer mis miembros. Por un momento tuve una visión horrible: los años, los siglos, las eras se sucedían, y yo permanecía en aquel lugar olvidado. Deseé morir, pero no era así como funcionaba. Pronto me quedé inmóvil. Cerré los ojos, y dejé que mi mente volase lejos de allí. La eternidad me aguardaba.

Juan José Tapia (Nueva Carteya, Córdoba, 1975) es ingeniero industrial, y cursó estudios en el Conservatorio Superior de Música de Sevilla. Comenzó a escribir en 2004, pasando rápidamente de los relatos cortos a la novela, por la posibilidad que ofrecen para desarrollar en ellas sus historias con mayor libertad. Gusta de aventurarse en distintos géneros, con obras de terror, policíacas, de suspense, de la Roma clásica, del oeste, y cómo no, de ciencia ficción. Compagina sus labores técnicas y literarias con su vertiente musical, como integrante de una banda de rock. Ha publicado relatos en varias antologías como HISTORIA ALTERNATIVA, de Libro Andrómeda, o BOXING DAY, de Editorial LCK15, y la novela ENARMONÍA, de Editorial C&M, seleccionada entre las finalistas del Premio Planeta de Novela 2007.



Algunas estadísticas del Canal TerBiCCFF

Desde 08/06/2010 hasta 12/11/2012

CANAL Vídeos: 39

-Fecha de creación: 08/06/2010

-Reproducciones totales: 10.552

-Minutos de reproducción estimados: 41.567

Vídeo	Reproducciones
1. TerBi presenta, Máquinas de movimiento perpétuo - César Higuero (parte 1)	3.939
2. TerBi presenta, Máquinas de movimiento perpétuo - César Higuero (parte 4)	1.530
3. TerBi presenta, Máquinas de movimiento perpétuo - César Higuero (parte 2)	1.450
4. TerBi presenta, Máquinas de movimiento perpétuo - César Higuero (parte 3)	866
5. Luis Alfonso Gámez - Klaatu, Ultimátum a la Tierra.avi	298
6. César Higuero - El ascensor espacial. Una escalera a las estrellas	157
7. Mikel Rodriguez - Sacamantecas y otros relatos vascos de terror	151
8. 5 Mariano Terra Nova	142
9. Mesa de Debate - La Ciencia-Ficción en la Red	133
10. Angel Rodriguez-La novela popular española	124

Solo están disponibles los 10 vídeos principales. 1 - 10 de 10

Área geográfica	Reproducciones	Área geográfica	Reproducciones
1. España	4.588	14. Costa Rica	47
2. México	1.526	15. Francia	42
3. Argentina	1.005	16. Panamá	40
4. Colombia	959	17. Puerto Rico	37
5. Chile	508	18. Reino Unido	35
6. Perú	331	19. Alemania	33
7. Estados Unidos	286	20. Paraguay	29
8. Venezuela	219	21. El Salvador	25
9. Brasil	192	22. Italia	23
10. Ecuador	127	23. Marruecos	22
11. Uruguay	109	24. Bolivia	20
12. República Dominicana	104	25. Suiza	18
13. Guatemala	50		

***Extracto de un total de 71 países.**

¿A QUÉ ESPERAS? SUSCRÍBETE AL CANAL TERBI DE YOUTUBE Y RECIBIRÁS LAS ÚLTIMAS NOVEDADES DEL ESPACIO ALTERNATIVO SOBRE LAS JORNADAS TERBI



**ACTIVIDADES
E INICIATIVAS DE LA TERBI**



**TerBi, Asociación Vasca
de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror**

<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi somos una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en BBK N° cta. 2095.0350.40.91-1053337-8

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte.



¿QUIERES SABER MAS...?

NOS PUEDES ENCONTRAR EN:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo TerBi de Facebook

Y en el Canal TerBiCF de YouTube:

<http://www.youtube.com/user/TerBiCCFF>